

el cuadro principal de este Sagrado Misterio, e hizo la traza del retablo, y de la caja del órgano; como también el cuadro de San Francisco de Paula, con la traza del retablo del Altar Mayor de su Convento de la Victoria; con otro cuadro de la vida del Santo Patriarca, que está en la ante-sacristía, y todos los retratos de los reverendísimos Generales de la Orden, y otros Venerables y señalados varones, que están en la portería de dicho convento; en los cuales hay pasmosas cabezas, y pedazos de arquitectura, y perspectiva excelentes. Y en la capilla de Nuestra Señora de la Soledad, son también suyas las pinturas de las dos hornacinas de los dos altares colaterales, y un San Francisco de Sales, que está en la sacristía.

Es también de su mano el cuadro de la Encarnación del Altar Mayor de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto; y otro del mismo Misterio, que está en un altar colateral del Evangelio en la iglesia de los Basílios, con otro arriba del Sueño de San Joseph, y otros cuatro pequeños en el banco del pedestal. Y también hizo otro cuadro excelentísimo de la Canonización de San Pedro Alcántara, de más de tres varas en cuadro, que está en la capilla de la Concepción de este convento de San Francisco de Madrid. Hizo también muchos para diferentes iglesias de estos reinos, como en la Ciudad de Valencia, en la capilla de la Comunión del convento de la Merced Calzada, dos cuadros grandes, y otro en la ante-sacristía, que son de lo más regalado que hizo, recién salido de la Escuela de Carreño. Y en la Santa Cartuja de *Valde-Christo* de aquel reino, junto al Puche, toda la pintura del altar mayor es suya; como también la del altar mayor del monasterio de *Ara-Christi*, de la misma religión, en la ciudad de Segorbe. Y en la ciudad de Corella, para la iglesia del Convento de Benitos, hizo otros dos cuadros excelentes, en compañía de Claudio Coello, que hizo otros dos.

Retocó también el cuadro de Don Francisco Rici, que está en el altar mayor de San Ginés, cosa que no pareció muy bien; pero lo pagó, con que Francisco Ignacio le retocó otro suyo, que es el de San Phelipe Neri, en el altar mayor de esta Sagrada Congregación en esta Corte, ¡y es muy excelente cuadro! Hizo también el de el altar mayor de la Parroquial de San Millán, y la traza del retablo y órgano; que uno y otro pereció en el incendio lastimoso del año de 1720, a 16 de marzo. Pintó también Dono-

so otros seis cuadros de la vida del glorioso Patriarca San Benito, que están en el convento de San Martín de esta Corte, como se sale de la ante-sacristía al claustro. Es de su mano también una pintura en óvalo de la Concepción de Nuestra Señora, que está en el presbiterio de la Parroquial de San Nicolás de esta Corte, al lado del Evangelio, y es de lo más excelente y de mejor gusto que hizo; como también un cuadro de San Nicolás, Obispo de Bari, con el Milagro de los Niños en la cuba de escabeche, que está en una capilla, a los pies de la iglesia del Caballero de Gracia.

Trazó también el claustro del colegio de Santo Tomás de esta Villa de Madrid, que executó Rodrigo Carrasco, hasta donde hoy se halla. Hizo también la traza de la panadería en la Plaza Mayor, y la del sepulcro de los señores Marqueses de Mejorada, que está en la iglesia de Recoletos Agustinos de esta Corte. Trazó también la portada de la Parroquial de Santa Cruz. Y para otras muchas obras, que se ven en esta Villa y en todo el Arzobispado de Toledo, hizo trazas, como pintor, y maestro mayor que fué de aquella Santa Iglesia.

Era de genio muy mordicante nuestro Donoso, y o bien fuese porque no logró el ser pintor del Rey (aunque lo merecía muy mucho), o fuese porque en aquel tiempo se dieron algunas plazas a sujetos de corta habilidad. Hallándose en una conversación, le dixo uno de los presentes: ¿Vmd. no es pintor del Rey? A que él respondió: *No soy tan mal pintor como todo eso: no me haga usted tan poco favor.*

Sucedió un día un cuento muy gracioso con una criada nueva que tenía Claudio, a el cual fué a buscar Joseph Donoso. La criada respondió que su amo no estaba en casa; dixo él: Pues dígame vmd. que ha estado aquí *Donoso*. Tardó en venir el amo, y olvidósele el nombre a la criada, y como no le conocía, no sabía como atinarle, y así le dixo al amo: Señor, aquí ha venido a buscar a vmd. un señor que dixo se llamaba Don, Don... ¡Válgate Dios! Viendo el amo que no acertaba con el nombre, comenzó a nombrar algunos de sus amigos; y dixo la criada: Que no, señor, que tiene nombre de animal. El amo, reventando de risa, le dixo: ¿Pues qué, es caballo o jumento? No, señor, dixo, que es animal de monte. ¿Pues qué, es león?, dixo el amo. No, señor, replicó la criada. ¿Pues qué, es tigre u oso?, dixo el amo. ¡Ay!, sí señor,

dixo la criada: *Oso, con Don*. Y fué el cuento muy celebrado entre los dos y todos los amigos de Claudio y *Don-Oso*.

Pintó también dos historietas de la vida y martirio de los dos Santos Niños Justo y Pastor, que están sobre los caxones de la sacristía de la Parroquial de su nombre en esta Corte, y otra de la Cena de Christo Señor Nuestro, con excelentes pedazos de Arquitectura y perspectiva, que ilustran de suerte las historias, que parecen cosa de Pablo Veronés. Y asimesmo tiene en una capilla, a los pies de dicha iglesia, los dos Santos Justo y Pastor, del tamaño natural, en dos lienzos, ¡cosa superior!

Ultimamente trazó la iglesia de San Luis de esta Corte y asistió la obra, hasta donde entonces se hizo (que fué menos el primer tramo de la portada) y executó la pintura al fresco de la capilla de Don Diego Ignacio de Córdoba (hoy de los Marqueses de Canillejas, sus herederos), la cual está muy ilustrada de arquitectura, adornos y figuras, executadas con grande acierto y excelente dibujo. Fué la última pincelada de esta capilla, la última respiración de su vida, pues sobreviniéndole una noche una apoplejía de sangre, se quedó muerto, a los cincuenta y ocho años de su edad, y en el de mil seiscientos y ochenta y seis, y se enterró en la iglesia de San Ginés de esta Corte.

Quedó la pintura de esta capilla tan recién acabada, que no se había tratado de ajuste, y fué menester que se nombrasen tasadores por ambas partes, y así fué nombrado Don Claudio Coello por parte de la viuda, y yo por la de Don Diego Ignacio de Córdoba, y tasamos la dicha pintura en tres mil ducados, en que se incluía la del retablo, que era al óleo, de mano de Don Claudio y es un San Diego en lo alto y la Cena de Christo Señor Nuestro en la puerta del Sagrario*.

Dexó nuestro Donoso escrito un libro excelente de cortes de cantería y otras curiosidades de arquitectura, y muy curiosos papeles de perspectiva, rompimiento de ángulos y figuras fuera de la sección, que cierto era un tesoro, porque fué esmeradísimo en estas cosas, y hoy no se sabe dónde paran.

* La Iglesia de San Luis, con las obras de arte que contenía, fué destruída por un incendio intencionado, el 14 de marzo de 1936.

CLXXVI.—*MANUEL GUTIERREZ, ESCULTOR*

Manuel Gutiérrez, natural de la villa de Palacios de Benayel, en la cercanía de Burgos, fué eminente escultor y contemporáneo de Pedro Alonso de los Ríos, en esta Corte, y muy imitador de su estudio, cuya eminente habilidad acredita el célebre Simulacro de San Elías, que se venera en su capilla particular en el convento del Carmen Calzado de esta Corte, y también el San Juan Bautista, en la misma iglesia, y los cuatro Angeles, que están en el altar mayor de la iglesia del Noviciado de la Compañía de Jesús, y el San Pablo y San Mateo en la Parroquial de San Pedro, y el paso de Nuestra Señora de Belén, que está en su capilla en la iglesia de los Trinitarios Descalzos, todo en esta Corte, y una estatua de mármol en la portada de los Agustinos Calzados de la ciudad de Toledo. Murió en esta villa de Madrid, de edad de poco más de cincuenta años, en el de mil seiscientos y ochenta y siete.

CLXXVII.—*DON SIMON DE LEON LEAL, PINTOR*

Don Simón de León Leal, natural y vecino de esta villa de Madrid, hijo de Diego de León Leal (oriundo del Principado de Cataluña, vecino de esta Corte) y de su mujer, Doña Juana Durán; fué discípulo, en los principios del arte de la Pintura, de Pedro de las Cuevas, debajo de cuya doctrina y dirección salió muy aventajado. Y continuando su estudio por el natural, y copiando pinturas eminentes, llegó a ser uno de los grandes pintores de esta Corte, como lo acreditan sus muchas y famosas obras, siendo una de ellas la pintura principal del altar mayor de la iglesia del Convento de Premonstratenses de esta Corte, en que pintó el Triunfo de San Norberto, de mayor tamaño que el natural, con la insignia del Santísimo Sacramento en la mano derecha, y con la izquierda, señalando a la Concepción Purísima, en una Gloria de Angeles y Serafines; y a la parte baxa del lienzo está la Heregía vencida a sus pies, en significación de haber triunfado de ella este glorioso Santo. Y en la ante-sacristía de dicha casa tiene en el techo otro cuadro del mismo Santo recibiendo

de la Virgen las vestiduras sacerdotales. Y en la iglesia de los Capuchinos del Prado, un cuadro de la Concepción, en la última capilla, al lado de la Epístola. Y en el Hospital de los Niños de Nuestra Señora de la Inclusa hay una pintura de su mano, donde está la Virgen en la Gloria intercediendo con su Hijo Bendito por las ánimas de los congregantes de aquella casa y piadoso instituto. Y también hizo toda la pintura del techo de la iglesia Nueva del Noviciado de la Compañía de Jesús, que es la infancia de Jesu-Christo, repartida en veinte y un lienzos, de a cuatro y cinco varas; y el lienzo principal del altar mayor, en que pintó aquella aparición maravillosa, en que el Padre Eterno le dixo a su Hijo Santísimo, estando con la Cruz acuestas, y en su presencia San Ignacio: *Ves ahí tu compañero*. Este lienzo será de siete varas de alto, y las figuras mayores que el natural; hízolo Don Simón de orden del eminentísimo señor Cardenal Everardo, de la Compañía de Jesús, y confesor de la Reina Nuestra Señora Doña María Ana de Austria. Y en atención a esta obra tan lucida, le premió su Eminencia (demás de pagarle espléndidamente) con la plaza de Ugier de Saleta de la casa de la Reina, de que después ascendió a la de Guarda Damas de la Reina Nuestra Señora Doña María Luisa de Orleans, en cuyo empleo le conocí yo.

Hay también otro cuadro suyo excelente en Toledo, en el cuerpo de la iglesia de las Madres Capuchinas, enfrente de otro de Carlos Marati.

Y asimismo fué este virtuoso artífice tan aplicado e inclinado al trabajo, que hizo otras muchas y excelentes obras, en que acreditó lo que había aprovechado en el Arte, ganando fama eterna y dignamente lugar entre todos los insignes hombres de esta facultad. Siguió la escuela de Vandio, así en grande como en pequeño, con mucha belleza y frescura.

Murió siendo Guarda Damas en Palacio (oficio de grande honra y confianza) en tiempo de la Reina Nuestra Señora Doña María Luisa de Orleans y Borbón, por el año de mil seiscientos y ochenta y siete, a los setenta y siete de su edad, y se enterró en la Parroquial de San Marcos.

CLXXVIII.—DON LORENZO DE SOTO, PINTOR

Don Lorenzo de Soto nació en Madrid por el año de 1636, aprendió el arte de la Pintura con Benito Manuel, insigne paisista, y así Don Lorenzo más se dedicó a los países que a las figuras, aunque no le faltó en esto habilidad, pero no tan cultivada como en los países, en que fué, sin duda, excelente, y los hizo muy semejantes a los de su maestro.

Practicó este ejercicio algunos años en esta Corte, haciendo juegos de países diferentes para casas particulares, y algunos con historiejas o Santos y Santas Anacoretas, con singular crédito y estimación, sin negarse a cuadros de figuras y de historia, de que da testimonio el de Santa Rosa María, que tiene en un retablo que está en uno de los pilares de la iglesia del Convento de Atocha, al lado de la capilla de Nuestra Señora. Hasta que habiéndose ofrecido el repartimiento del Soldado, que intentaron los Ministros Reales, que pagara nuestra profesión (como diximos en la vida de Alfaro), él, que se preciaba de muy caballero (como verdaderamente lo era), se dedicó a ser Administrador de Rentas Reales, como lo fué en Yecla y otros puertos secos (cosa que entonces era refugio de muchos hombres honrados), y en este empleo gastó muchos años, aunque no dexaba por ello de exercitar su afición, ya en pintar, ya en dibujar de aguada, lápiz o carbón algunos países de aquellos sitios naturales, que le parecían más ocasionados y caprichosos, de que yo tengo algunos, con que me favoreció, y especialmente del Peñasco de la Magdalena de Yecla, muy célebre y caprichoso sitio, y harto bien dibujado de aguada.

Volvió a Madrid nuestro Soto, donde comenzó luego a exercitar su habilidad en algunos juegos de países, que ya por la edad, que sería de más de cincuenta años, ya por la falta de práctica en tanto tiempo, no eran tan superior cosa como antes. Respecto de lo cual y de haberse ya adormecido su crédito en tan larga ausencia y mudanza de empleo, fué menester ponerlos en público a vender en Palacio y en la Puerta de Guadalajara, con harto poca fortuna y estimación. ¡Verdaderamente que la pintura es una señora muy grata con quien la sirve, pero muy esquivada con quien la desprecia! Supe, cierto, que este artífice y Alfaro

se desdeñaban del nombre de pintores, y cuando le quisieron tener no le encontraron, aunque para ello parece que tuvieron algunos honrados motivos, ¡pues no se desdeñaban del arte, sino del vilipendio!

Ultimamente, despechado y consumido de su poca fortuna, murió por el año de mil seiscientos y ochenta y ocho, y a los cincuenta y cuatro de su edad, y está sepultado en la Parroquial de San Justo de esta villa, en la bóveda de la capilla de San Joaquín, que era de sus abuelos.

CLXXIX.—*DON PEDRO ATHANASIO, PINTOR*

Don Pedro Athanasio Bocanegra fué natural de la ciudad de Granada y discípulo del Racionero Alonso Cano en el arte de la Pintura, en que sobresalió con un gran gusto y dulzura de colorido; no desayudándole para esto las obras de Pedro de Moya con la manera abandicada, a que se aplicó mucho, y la consiguió con tal felicidad, que con ello y su buen modo y gran porte que tuvo siempre, disfrutó en gran manera el aplauso popular. Porque su casa era muy frecuentada de la primera Nobleza de Granada, hasta de los Oidores de aquella Real Chancillería, ¡que es más que todo!, portándose en esto Don Pedro con gran garbo de refrescos y chocolate a sus horas; con que tuvo siempre muchísimo que hacer, así para el público como para particulares. Especialmente hay en aquella Santa Cartuja muchos y muy buenos cuadros de su mano, no sólo en la iglesia, sino también en las celdas y capillas, y con singularidad dos cuadros de historias de la Orden y testimonios de la protección de la Reina de los Angeles en ella, que los hizo para el presbiterio, y hoy están en la capilla de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, que son cosa excelente.

Tiene asimesmo dos cuadros de la Pasión de Christo Señor Nuestro a los lados de la capilla mayor en aquella Santa Iglesia. Y especialmente en el claustro de Nuestra Señora de Gracia tiene muchos y buenos, y con singularidad uno de la Concepción Purísima, ¡cosa peregrina! Y en el colegio de la Compañía de Jesús tiene muchas pinturas, y en especial la del altar mayor, que es

de la Conversión de San Pablo (advocación de aquella casa), ¡cosa excelente!

Pintó siempre en las festividades de Corpus, en oposición de Juan de Sevilla, con grande acierto en misterios alusivos a aquel soberano Sacramento.

Estuvo una temporada en Sevilla, donde hizo demostración de su habilidad en algunas obras particulares. Y después de algunos años pasó a esta Corte por el de 1686, y favorecido de los señores Marqueses de Montalvo y Don Pedro de Toledo, su hermano (que fué Marqués de Mancera), logró el servir a Su Majestad con una pintura, jeroglífico de la Justicia, con lo cual y la protección de dichos señores logró el título de pintor de Su Majestad *ad honorem*. En cuyo tiempo hizo diferentes pinturas para regalar a algunos señores, y a Don Cristóbal Ontañón, que era el trujimán de todos los aventureros.

Tenía gran ventolera nuestro Athanasio, y con el título de pintor del Rey ya le parecía estaba canonizada de suerte su habilidad, que en el mundo no tenía igual, y así despreciaba a todos los pintores de Madrid; en que yo le iba a la mano, por paisano y por amigo (porque antes de conocernos nos habíamos comunicado por carta), y sólo decía que cedía a Lucas Jordán (sin duda, por complacer a Ontañón, su valedor, que era muy jordamista), pero a otro ninguno, no. Sucedió que un día, viendo algunas cosas de mi mano (bien que era yo entonces muy principiante, que aún no tenía treinta años), las celebró mucho, diciendo que no creyera que había en Madrid ¡quien hiciera otro tanto! (sin duda, sería por estar yo presente), a que yo le respondí que no tenía razón, porque había hombres en Madrid de quien yo me honraría mucho, de parecer discípulo; y era así, porque vivían Claudio Coello, Joseph Donoso, Matías de Torres, Francisco Ignacio y otros muchos mozos de grandes esperanzas.

Estas y otras farfantonadas llegaron a oídos de Don Matías de Torres, el cual, o por menos sufrido o por más desocupado, le envió un papel de desafío a pintar y dibujar, dándose asuntos el uno a el otro de repente, y de invención, delante de testigos; añadiendo que aunque él decía que sólo temía a Lucas Jordán y no a pintor alguno de España, que él, que era el menor de todos, esperaba desengañarle de su vanidad, etc. Turbóse con este papel nuestro Athanasio, y acudió con él a dicho señor Don Pedro de

Toledo (en cuya casa estaba hospedado entonces), acriminando la osadía de enviarle papel de desafío, estando en casa de Su Señoría, quien como Ministro que era entonces del Consejo Real, quiso proceder en todo rigor de justicia y llamar a un Alcalde, etc. Y sin duda lo hubiera executado si no se hubiera interpuesto persona que le templase, diciendo: que las cuestiones de ingenio no pertenecían a la voluntad, y que antes era loable aquel ardimiento por la emulación de el Arte y la defensa de sus compañeros y amigos. Con esto y con haber templado también a Don Matías de Torres, cesó aquel empeño, y después decía nuestro Athanasio ¡que ni a Lucas Jordán cedía!; debió, sin duda, de soñar que había quedado victorioso en la palestra. Lo cierto es que si, como él tenía el dominio en las colores y en el buen gusto, le tuviera en el dibujo, bien podía tendérsela a cualquiera; pero fué totalmente amanerado y nada naturalista, y por el consiguiente muy tibio en el dibujo, dexándose llevar sólo del aura lisonjera del vulgo: de todo lo dicho fuí testigo.

Volvióse, pues, a Granada nuestro Athanasio, y a pocos días acertó a pasar a aquella ciudad Don Teodoro Ardemans (que entonces era pintor y arquitecto en esta Corte) a oponerse a la plaza de maestro mayor de aquella Santa Iglesia, en cuyo tiempo hizo Ardemans algunas pinturas, que habiendo parecido bien, se suscitaron algunos rumores de oposición entre Athanasio y Teodoro, y éste, con los fervores de la edad (que entonces apenas tendría veinte y cinco años), a pocos lances se presentó al certamen, y porque no fuese muy sangriento el combate, se conformaron en retratarse el uno al otro, y el primero que se plantó en la palestra fué Ardemans, y sin dibujarlo ni aun con el pincel, comenzó a meter colores, y en poco más de una hora retrató a Athanasio, tan parecido, que más no podía ser, y a vista de un concurso muy numeroso que acudió al certamen; y a la verdad, yo lo ví (en poder de un Beneficiado de la Parroquia de la Magdalena, Don Simón de Costela) el año de doce, cuando estuve en Granada, y al instante le conocí, habiendo pasado veinte y seis años desde que le había visto en vida, y en lo dibujado y pintado no se podía hacer más, con estar hecho de la primera, sin haberle vuelto a tocar, sino cosa muy poca.

Visto esto, enmudecieron todos los de la parcialidad de Athanasio, y a él se le debieron de enmudecer los pinceles, pues habien-

do quedado aplazado día para que executase el retrato de Teodoro y concurrido a este acto lo primero de aquella ciudad, los dexó a todos burlados, sin concurrir ni avisar a Don Francisco de Toledo, en cuya casa era la función. ¡Cosa que pareció a todos muy mal!, y después de día en día fué dilatando el retrato de Teodoro, y por último, dentro de muy pocos días se murió sin hacerlo. ¡Gran cosa es la modestia!, pues ella sola desarma insensiblemente la más engreída oposición, cuanto una altivez presumptuosa despierta la emulación más dormida!, cierto que fué desgraciado nuestro Athanasio en sus contiendas, pues la primera le costó la fama y la segunda le costó la vida. Así lo discurren muchos, y pudo ser que no fuese así; pero no se puede negar que le cogió la muerte en mala ocasión. Y no sería maravilla que viéndose él constituido en el primer crédito de aquella ciudad, y aun de toda España, en su concepto, ya que no me alargue más, se repudiese interiormente de verse en cierto modo sojuzgado de un barbiponiente. Murió, en fin, Don Pedro Athanasio por el año de 1688 *, y a poco más de los cincuenta de su edad. Y lo cierto es que dexando aparte estos deslices de nuestra miseria, pues *nemo sine crimine vivit*; fué, sin duda, hombre eminente, por su camino, y por tanto muy digno de este lugar, pues dexó immortalizado su nombre con la fama póstuma que le merecieron sus muchas y loables obras públicas, y particulares dentro y fuera de Granada, pues aun en esta Corte hay muchas. Aseguro que vi en poder de la Excelentísima señora Duquesa de Béjar (mi señora Doña Teresa Sarmiento de la Cerda) una Mater Dolorosa, del tamaño del natural, de mano de Athanasio, con unos angelitos abaxo llorando y con algunos instrumentos de la Pasión, que no parece se podía hacer cosa de más tierna expresión y de más excelente gusto, sin otras muchas que dexó en las casas de dicho señor Don Pedro de Toledo Sarmiento, ¡que son cosa excelente!

CLXXX.—DON NICOLAS DE VILLACIS, PINTOR

Don Nicolás de Villacis, natural de la ciudad de Murcia, hijo de Don Nicolás Alonso de Villacis y de Doña Juana Martínez Arias (ambos de ilustre y bien conocido linaje y abundantes de

* El 17 de enero de 1689.

bienes de fortuna), fué excelente en el arte de la Pintura, la cual aprendió en dicha ciudad de un mediano pintor; pero sus padres, deseando su mayor adelantamiento, le enviaron a Madrid, donde se mejoró mucho en la escuela de Don Diego Velázquez, y después pasó a Roma, para perfeccionarse del todo, como lo consiguió en los primores más exquisitos del arte. Volvióse a su patria, donde lo ejerció con muy acordado dibujo, siendo en extremo primoroso y prolixo en concluir sus obras. El estilo de su colorido, al fresco y al óleo, fué muy agradable, como lo había aprendido en la Italia. Hizo en Murcia diferentes obras particulares y públicas, y en unas y en otras era más impelido del deseo de complacer a sus amigos que del estímulo de sus intereses.

Entre las obras públicas de su mano, la principal es la de la capilla mayor y costado entero de toda la iglesia del lado del Evangelio del Real Convento de la Santísima Trinidad de Calzados de aquella ciudad, donde pintó al fresco la vida de San Blas, con elegante estilo y agradable composición; obra, aunque no acabada (por haber muerto), bien celebrada de cuantos inteligentes la han visto, pues en la fachada del altar mayor no tienen más retablo que el que fingió la grande habilidad de Villacis, con bizarra arquitectura y perspectiva, y sobre las cornisas un gran tarjetón, donde pintó la Trinidad Santísima, y está con tal arte fingida la perspectiva, que los pájaros que casualmente entran por las ventanas se van a poner sobre los vuelos de la cornisa, y suelen caer revoloteando hasta las gradas del altar, el cual conservan con tanta veneración, que sólo tienen en el medio un sagrario de nogal, sin más ornato.

La pintura del costado, que diximos, de la iglesia se compone de cuatro estaciones o intecolonios, donde están cuatro historias de la vida del glorioso San Blas, con sus marcos fingidos y sus molduras y tarjetas, que parecen verdad. En el primer caso está el Santo predicando a diferentes animales, executados con gran propiedad, y un bello pedazo de país. En el segundo está poniendo la mano en la garganta a un niño ahogado, que su madre le tiene en los brazos, con grande aflicción, y dos soldados con el preciso estupor del caso. En el tercero está el Santo en la prisión, puesto en un cepo, con singularísima propiedad. En el cuarto está caminando sobre la aguas a vista de un numeroso concurso. Y encima de estos cuadros hay fingidos unos corrodo-

res, con balaustres de piedra, y en ellos algunas figuras, y algunos retratos de caballeros de aquella ciudad, muy conocidos entonces, y también religiosos de la casa, que los daban algunos pañuelos con panecillos, o rollos benditos del Santo; ¡que todo parece verdad! Y en los pilares, que dividen las capillas, hay sobre unas repisas algunos retratos de los Reyes de España, plantados con estupenda gallardía, como también algunas virtudes entre las dos columnas, que hacen división a los cuatro espacios de las historias.

Otro lienzo grande hizo para el lado siniestro de la escalera del Real Convento de Santo Domingo de la misma ciudad, de San Luis Beltrán, en aquel caso del Marqués de Albayda; que el frontero es del mismo Santo, de mano de Conchillos. Otro en la Librería, de Santo Tomás y San Alberto Magno, en que pintó unas fachadas de la célebre fábrica de la torre de la Santa Iglesia de dicha ciudad, en que manifestó especial acierto en la arquitectura y perspectiva. También hay en dicho convento otro cuadro de San Lorenzo, de mano de Don Nicolás, en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, ¡cosa excelente!, sin otras muchas obras particulares.

Floreció este grande artífice hasta los años de mil seiscientos y noventa, en que murió, de no muy crecida edad. Hoy se hallan en poder de una señora, hija suya, diferentes cartas, que le escribía su maestro Don Diego Velázquez, llamándole para emplearle en servicio del Rey y hacerle pintor de Su Majestad, lo cual nunca aceptó, por no abandonar el sosiego, que le ofrecían las conveniencias, que le dispensaba su honrado patrimonio.

CLXXXI.—ANTONIO CASTREJON, PINTOR

Antonio Castrejón, natural y vecino de esta Corte, fué pintor práctico, y aunque amanerado, tuvo gran facilidad en la invención; y especialmente hizo muy bien historietas pequeñas, de que se ven muchas en las perspectivas de Don Roque Ponce y de Joseph García y en algunas guirnáldas de Gabriel de la Corte.

En grande también pintó mucho, como se ve en los dos cuadros que están en el crucero de la Parroquial de San Miguel de esta Corte, que el uno es de la Revelación del Purgatorio a San

Patricio, el otro del Triunfo de San Miguel contra el dragón del Apocalipsi, y otro cuadro del Martirio de Santa Lucía, que estaba en el remate del retablo colateral del lado de la Epístola en la iglesia de San Phelipe, el cual pereció en el incendio de aquel magnífico templo el día 4 de septiembre de 1718 años. También es de su mano otro cuadro de la Presentación en el templo, en el colateral de la Epístola, en la Parroquial de San Ginés, de esta Corte, y los de la Vida de la Virgen en la capilla de Nuestra Señora de la Cabeza, de dicha iglesia, y los Angeles que están en la sacristía, y otro de la Concepción de Nuestra Señora en la iglesia del Carmen Calzado, en la capilla del Santo Christo, que está junto a la puerta de las gradas. Y los que están en los remates de los retablos, en la capilla de los siete altares de la Pasión de Christo Señor Nuestro, en la Virgen de Gracia; sin otros muchos en casas particulares. Murió por el año de seiscientos y noventa, a los sesenta y cinco de su edad, y se enterró en la Parroquial de San Luis de esta Corte.

CLXXXII.—*DON SEBASTIAN MUÑOZ, PINTOR DEL REY*

Don Sebastián Muñoz fué natural de la Villa de Navalcarnero y discípulo de Claudio Coello, de los más adelantados que sacó, y habiendo aprovechado muy bien en su escuela, pintó mucho al temple en las obras de la entrada de la Reina nuestra Señora Doña María Luisa de Orleans, con cuyo producto pasó a Roma a los veinte y seis años de su edad, donde asistiendo en las Academias y al estudio de las estatuas y otras obras públicas de aquella gran ciudad, debaxo de la escuela y corrección de Carlos Marati, vino muy aprovechado a los treinta años de su edad, y habiéndole avisado de su venida a su primer maestro (que a la sazón se hallaba en Zaragoza pintando al fresco aquella célebre capilla de Santo Tomás de Villanueva, en el colegio de la Mantoría), le respondió que se viniese por allí y le ayudaría en aquella obra, como lo hizo, y concluída, se vinieron juntos a Madrid, donde comenzó a mostrar su grande habilidad, así en las Academias, en el dibujo, como en diferentes pinturas al óleo y al fresco que se le ofrecieron, y especialmente en Palacio pintó el techo de un gabinete del cuarto de la Reina, en que executó la fábula de An-

gética y Medoro, con muy buenos ornatos de arquitectura, en que tenía excelente gusto, y después pasó a ayudar en la pintura de la galería del Cierzo, del cuarto de la Reina (que hoy está dividida en parte), y habiendo caído malo de un gran tabardillo, mandó el Señor Carlos Segundo que le fuese a visitar uno de los médicos de Cámara y que se le asistiese por la Botica de Su Majestad con cuantos medicamentos hubiese menester, además de enviarle Su Majestad veinte y cinco doblones de ayuda de costa, y todos los días un plato de su Real mesa; circunstancias todas de singular honra y estimación, y más no siendo todavía formalmente criado de Su Majestad, de que puedo deponer, como testigo de vista, siendo (como lo era yo entonces) compañero suyo. Y la Reina nuestra Señora Doña María Luisa de Orleans también le envió veinte doblones de ayuda de costa, y convalecido que fué (en lo cual tardó mucho, porque la enfermedad había sido gravísima), pintó al óleo una de las historias de aquella bóveda, que era de la fábula de Psiches, o Siquis, y Cupido; el caso en que habiéndola llevado Cupido a su Palacio, le tuvo un célebre convite, con música y danzas y todo linaje de placer.

Concluida esta obra por el año de 1686, Su Majestad le hizo merced de su pintor, junto con el otro, que le había acompañado, dándoles asimesmo cien doblones de ayuda de costa, por fin de la obra, además de sus mesadas; y después logró el retratar a la Reina (por su mandado) con grande acierto (cosa que su maestro sintió mucho, por ser regalía suya); también retrató a una señora camarista, Doña Juana Rey; y fuera de Palacio hizo otros retratos muy parecidos, porque en esto especialmente tenía singular habilidad. Executó también en este tiempo seis u ocho cuadros apaisados de la Vida de San Eloy, que se pusieron en la fiesta, que celebró la Hermandad de los Plateros a dicho Santo en la Iglesia Parroquial de San Salvador de esta Corte, a costa, y para el que fué Mayordomo aquel año: cosa, cierto, excelentísima, en dibujo y colorido.

Después hizo un cuadro del Martirio de San Sebastián, de cosa de tres varas de alto y dos de ancho, muy estudiado y con estremado gusto y acierto, que se puso en público un día de Corpus, con muy crecidos aplausos, y hoy está en poder de Don Francisco Mezcorta, muy aficionado a la pintura. A esto se siguió la inopinada, quanto bien sentida muerte de la Reina, en lo más

florido de sus años, de una cruel apoplejía en el de 1689, y a los veinte y siete de su edad; y habiendo Su Majestad determinado enterrarse con el Santo Hábito del Carmen (como se executó), quiso el convento de Carmelitas Calzados de esta Corte dexar perpetuada esta memoria, y así le mandaron a dicho Don Sebastián pintar el cuadro de este funeral en la misma forma y aparato que estuvo puesto el Real cadáver en Palacio; lo cual executó Muñoz con grande estudio y acierto, procurando hacerlo todo por el natural, de suerte que los Reyes de armas, el sacerdote y el acólito, que están allí, todos son retratos de los mismos sujetos que asistieron en dicha función. Y habiéndolo llevado al convento, como el simulacro de la Reina, ya por difunta, ya por lo extraño del traje, ya por lo escorzado y diminuto, según la distancia en que se suponía, no conformaba con las especies que todos tenían de cuando viva; todos a una voz, con el Prior, comenzaron a despreciar el cuadro, diciendo que no estaba la Reina parecida, y así que no estándolo no lo habían menester. El pobre mozo, que se halló con toda una Comunidad acuestas, sin bastarle razones para convencerla, y casi perdido el trabajo de un cuadro de tanto estudio, se vió en términos de desesperación; y se resolvió a convocar todos los pintores del Rey y otros de crédito, a ver si podía su voto y aprobación contrastar el dictamen de la Comunidad. El Padre Prior (que entiendo lo era el Reverendo Padre maestro Barrientos), que vió toda aquella turba pintoresca, dijo: Señores, ¿para qué es esto? Vmds. entenderán mejor que yo de lo bien pintado y organizado, según arte; pero de si está o no está parecida la Reina, no sólo yo, pero cualquiera entiende tanto como Vmds. A esta razón del Prior todos enmudecieron. Sólo un compañero de Muñoz dixo: Padre Reverendísimo, el no parecerse ese retrato a la Reina cuando viva es la mayor perfección que tiene, porque la Reina, cuando difunta, no se parecía a sí mesma, cuando viva. Dixo el Prior con gran risa: Señor mío, ese argumento, tan agudo como sofisticado, sería muy del caso, como Vmd. estuviese aquí a todas horas, para decírselo a cada uno que llega a ver el cuadro. Y si yo hallase medio (replicó el dicho) para que haya quien a todos lo diga, ¿será bastante para que el cuadro se quede en casa? Como eso pueda ser, soy contento (dixo el Prior), juzgando imposible la empresa. Pues ponga Don Sebastián (dixo el compañero) en aquel vacío (señalando al sitio donde está) una

medalla con el retrato de la Reina, como estaba en vida, que la traigan dos Cupidillos llorosos, con un lema que dé a entender que la diferencia que hay de aquel retrato a el otro es la que hay de lo vivo a lo muerto. Pareció bien a todos y al Padre Prior la proposición, y así se executó y se le puso por lema: *Nec semper lilia florent*, y está hoy colocado dicho cuadro junto a la puerta que sale de la iglesia de dicho convento al claustro chico.

Todo esto fué menester para que aquella santa Comunidad admitiese un cuadro como aquél, que es honra de la nación española, y creo que le dieron por él solos docientos ducados, que no es la mitad del justo precio. Pero él decía que como el cuadro quedase allí, más que no le dieran un cuarto; en que se califica lo desinteresado, modesto y honrado de su natural, que verdaderamente lo era.

Después de esto se ofreció en el Retiro pintar los techos de algunas piezas del cuarto de la Reina para las segundas nupcias del Señor Carlos Segundo, con la Serenísima Reina Doña María Ana de Neuburg, y en esta sazón pintó al fresco Don Sebastián una de las piezas de la cámara de Su Majestad con grande acierto, por las trazas que para ello hizo Don Claudio Coello de orden del Rey, como pintor de cámara de Su Majestad.

Concluído esto, se ofreció en el convento de Nuestra Señora de Atocha reparar la cúpula de la capilla de esta Santa Imagen, cuya pintura al fresco de mano de Don Francisco de Herrera estaba maltratada de los accidentes de la fábrica, y fué para este efecto nombrado nuestro Muñoz, junto con Don Isidoro Arredondo, también pintor de Su Majestad. Era Don Sebastián sumamente aficionado a la música y a el danzar, y uno y otro lo hacía con primor; pero era su afición con tal extremo, que cuando estaba pintando solía estar cantando y cuando se levantaba solía hacer algunas mudanzas de danzado. Viendo él, pues, un día que aquel tablado, que se había hecho para dicho reparo, se cimbraba lindamente para danzar, comenzó a cabriolear de tal suerte, que falseando por un nudo una de las soletas, donde cargaban las carreras, dió todo el andamio abaxo, y los que en él estaban, que era un peón y un oficial (porque Don Isidro no había ido aquel día a causa de un resfriado) y Don Sebastián, que se levantó al punto muy ligero, diciendo que no se había hecho mal; se cayó luego en el suelo, echando un gran golpe de sangre por los riño-

nes, a causa de haberse metido por ellos una de las manzanillas de bronce de la barandilla del altar de la Virgen. Y fué tan súbita su muerte, que no dió lugar a más Sacramentos que absolverle apretando la mano, y allí se quedó muerto, junto a la misma barandilla, con increíble dolor de toda aquella santa Comunidad, que acudió a tan inopinado estruendo, contribuyendo todos con sus preces y oraciones a un espectáculo tan doloroso. Los otros dos, aunque se maltrataron, no fué cosa de consideración.

Fué este fatal suceso lunes Santo del año de 1690, y el día antecedente (Domingo de Ramos) había cumplido con la iglesia nuestro Don Sebastián, lo cual, junto con los sagrados medios que permitió la súbito del suceso, además de su mucha virtud y exemplo, nos dan seguras prendas de su salvación. Y más habiendo muerto a los pies de aquella gran Reina, Dispensadora de las Divinas Misericordias, y en tan santa y religiosa casa, cuyos sufragos a favor del difunto fueron muy repetidos, y le dieron honorífica sepultura en la Sala de Capitulo, celebrando a su costa las exequias con gran solemnidad. Murió a los treinta y seis años de su edad, con poca diferencia, con gran dolor de toda la profesión, que esperaba de tan fragantes flores muy sazonados frutos, pues estaba en lo más florido de su edad, y aseguraban sus compañeros que era el único que les ponía estímulo en el estudio para no quedarse atrás.

El Señor Carlos Segundo lo sintió mucho, y envió para tocas a la viuda veinte y cinco doblones, señalándola una ración perpetua de cinco reales al día. Estaba Don Sebastián a esta sazón para hacer un cuadro muy grande del Martirio de San Andrés, para la Iglesia Parroquial de Casa-Rubios, de que tenía ya hecha la traza y el cuadro imprimado, el cual executó Don Francisco Ignacio por el mismo borroncillo.

CLXXXIII.—DON JUAN DE VALDES, PINTOR, ESCULTOR
y Arquitecto

Don Juan de Valdés Leal, natural de la ciudad de Sevilla y oriundo del noble solar de las Montañas, nació de padres ilustres por los años de 1630 *; crióse con buena doctrina, y habiéndose re-

* Fué bautizado el 4 de mayo de 1622.

conocido en sus primeros años la grande inclinación que tenía al arte de la Pintura, no se sabe cierto de quién fué discípulo en ella, aunque se presume que del clérigo Roelas; pero más debió Valdés al Cielo, a su estudio y aplicación, que a la enseñanza de los maestros.

Pasó a Córdoba después de algunos años, en que venció con grande adelantamiento sus principios, y allí se casó con Doña Isabel de Carrasquilla (de familia muy ilustre en aquella ciudad), la cual pintó también al olio, no se sabe si con la instrucción de su marido o si tenía antes algunos principios.

En este tiempo, ya colocado Valdés en opinión y perfeccionado en la habilidad, hizo diferentes obras particulares en Córdoba, y especialmente en lo público la del retablo principal de la iglesia del Carmen Calzado, extramuros de aquella ciudad, donde, además de las historias del Santo Profeta Elías, hechas con gran magisterio y bizarría, tiene en el sotabanco unas Santas de medio cuerpo, hechas con tanta belleza en dibujo, colorido y manejo, que parecen de Velázquez, y sin duda son hechas por el natural, porque tienen aquella misma viveza y verdad.

Hizo también en este tiempo el cuadro célebre del Apóstol San Andrés, que está en un altar de la iglesia de San Francisco, estupenda figura, mayor que el natural, y a los pies un libro, como caído al descuido y descompuesto, con un desaliño muy caprichoso. Hizo también el cuadro de la Concepción, que está en la platería, con San Eloy y San Antonio, muy bien historiado y enriquecido de gloria y acompañamiento de ángeles. Pintó también el retrato del doctor Don Enrique de Alfaro (hermano de Don Juan de Alfaro, de quien hacemos mención), sumamente parecido, cuando estaba todavía de Licenciado, con tal viveza, que parece el mismo natural, y que promete las grandes prendas de que se enriqueció su ingenio, con el ornato de todas buenas letras, sin olvidar las de la Poesía, de que fué siempre tan fecundo aquel delicioso suelo cordobés.

Volvióse nuestro Valdés a Sevilla, donde hizo repetidas obras públicas y particulares, y en especial un célebre cuadro para la Caridad, del Triunfo de la Cruz, ¡cosa maravillosa! Y allí mesmo tiene otros dos, correspondientes a otros de Murillo, de unos jeroglíficos del tiempo y de la muerte, y un cadáver corrompido y medio comido de gusanos, que causa horror y espanto el mirarlo,

pues está tan natural, que muchos al verle, inadvertidamente, o se retiran temerosos o se tapan el olfato, temiendo ser contaminados del mal olor de la corrupción.

Asimesmo tiene en las gradas de aquella Santa Iglesia dos lienzos en unos nichos, el uno de Christo Señor Nuestro Crucificado, y el otro de Su Majestad a la Columna, donde está una figura de un sayón, de los que le están azotando, ¡que es una admiración!, pues siendo mayor que el natural, está con tal arte escorzado y con tal valentía contrapuesto, que no ocupando más que tres cuartas del lienzo toda la figura, parece desde abaxo que se sale fuera del cuadro, por no caber en él.

Fué, en fin, nuestro Valdés grandísimo dibujante, perspectivo, arquitecto y escultor excelente, pues aunque no se ven obras señaladas suyas de escultura, aseguran que hizo algunas, y especialmente en el modelar de barro fué facilísimo, como lo manifestó en todas estas facultades en aquella celeberrima función tan plausible de la canonización del Santo Rey Don Fernando, que celebró aquella ínclita ciudad, con sus dos ilustrísimos Cabildos y el afectuoso celo de sus opulentos moradores el año de 1671, donde manifestó nuestro Valdés los grandes caudales de su talento, acudiendo con sus trazas, modelos y dirección de arquitectura, ornatos, historias y jeroglíficos a tan estupendas máquinas, y tanto número de oficiales como concurrieron al desempeño de tanto asunto, que fué la admiración de toda España y aun de la mayor parte de Europa, por las muchas naciones que concurren siempre en aquella gran ciudad, cebadas del interés de su aplaudido quanto envidiado comercio.

Después pasó a Córdoba por el año de 1672, donde yo, llevado de mi afición, aunque muchacho, le visité, y viendo algunos ligeros principios míos de aquella edad y que allí faltaba quien pudiese entonces darme la luz conveniente para mi adelantamiento, me dió algunos documentos para mi gobierno, que estimé y aprecié mucho, como de hombre verdaderamente erudito y práctico en la facultad.

Pintó en este tiempo diferentes cuadros para particulares, y en especial un juego de lienzos de diferentes Vírgenes para el Jurado Tomás del Castillo, en que yo le vi pintar algunas veces, y de ordinario era en pie, porque gustaba de retirarse de cuando en cuando y volver prontamente a dar algunos golpes, y vuelta

a retirarse, y de esta suerte era de ordinario su modo de pintar, con aquella inquietud y viveza de su natural genio.

Volvióse a Sevilla, donde presidió muchos años en la Academia, y era el que con mayor magisterio y facilidad dibujaba en ella, porque Murillo la tenía en su casa, por no tropezarse con lo altivo de su natural, pues como decía el mismo Murillo, Valdés en todo quería ser solo, y así no podía su genio sufrir, no digo superior, pero ni igual en cosa alguna. Sucedió una vez un caso gracioso con un pintor tunante italiano, que habiendo arribado a aquella ciudad, pidió licencia para entrar a dibujar en la Academia. Valdés, que era el que presidía, no se la quiso dar. Valióse del Marqués de Villa-Manrique (protector que era de la Academia), y con eso pudo entrar a dibujar. Tomó su asiento y sacó unos carbones como dedos y un pliego de papel blanco de marca mayor, a el cual lo estregó todo con un carbón, y hecho esto comenzó a limpiar unos claros con miga de pan, y fué descubriendo y determinando contornos y apretando los oscuros, de suerte que en breve concluyó una figura, muy bien dibujada, y de esta suerte hacía dos cada noche, y con tal destreza y blandura, que Valdés se quedó corrido y no consintió entrarse más que tres o cuatro noches. El tal, picado de esto, compró dos lienzos imprimados, y en el uno hizo un Christo Crucificado y en el otro un San Sebastián, todo plumado con las colores, ¡cosa excelente!, y por tan extraño camino que causó admiración, de suerte que, habiéndolos puesto en gradas en un día de función, hicieron tanto ruido, que picado Valdés, pareciéndole que venía a hacer befa de la Academia), dicen le quiso matar, y le precisó al pobre salirse huyendo, habiendo vendido muy bien los lienzos: cosa que le afearon todos mucho a Valdés, y especialmente Murillo, pues dijo que la soberanía de Valdés era tanta, que no admitía competencia. A tanto como esto llegaba la altivez de su genio.

No dió lugar a esto otro pintor viandante y desharrapado que llegó por aquel tiempo a Sevilla en casa de un flamenco pintor, que tenía obrador público y se llamaba Juan Famón; pidióle que hacer, y preguntándole el flamenco ¿qué cosa sabría pintar? Respondióle que lo que le mandase. Púsole un cuadro de vara y tercia (que es lo que ponían a los menos adelantados), y díxole hiciese un San Antonio; el viandante hizo una media tinta de blanco y negro y carmín, y dióle una mano a todo el cuadro, muy tirada;

después tomó carmín y sombra, y fué delineando el Santo, y lo demás; después fué metiendo colores y empastando, de suerte que aquel día dexó enteramente acabado su cuadro y de su propia invención con tal acierto, que no sólo el flamenco, sino otros pintores que trabajaban en su obrador lo admiraron tanto, que el flamenco le dixo si se quería quedar en casa se le haría muy buen partido. El le respondió que le pagase aquel cuadro y después se vería en ello. Con esto, por acariciarle, le dió dos doblones por el cuadro (y valía cada doblón entonces mucho más que ahora, por ser mucho antes de la baxa de la moneda del año de 80). Nuestro viandante, que se vió con los dos doblones, le dixo al flamenco: Vmd. se quede con Dios, que ya tengo yo con esto para trajinar unos días, que si yo quisiera estar sujeto no anduviera como ando, pues mi designio es ver mundo, y si anduviera bien portado me desnudaran los ladrones por esos caminos, y viéndome de esta suerte voy libre de contingencias; y con esto marchó y nunca más se supo de él.

Volviendo, pues, a nuestro Don Juan de Valdés, estuvo también en esta Corte, y tiénese por cierto fué por el año de 1664, para ver las célebres pinturas que hay en ella, y especialmente en los Palacios Reales y el Escorial, lo que admiró mucho. No se sabe que hiciese cosa de pintura; sólo sí me dixo Claudio Coello que había ido a la Academia, y que dibujaba dos o tres figuras cada noche (debiera de seguir la pauta de aquel viandante), galantería que muchos la han executado por bizarrear. Pero como allí se va a estudiar y no a destajo, cuanto más se especulare y considerare el natural, tanto más se logrará el intento, bien que no todos los genios se pueden medir con un módulo mesmo, porque la suma vivacidad de algunos les hace romper los márgenes del común estilo.

Finalmente, hallándose ya Valdés con sesenta años de edad, le dió un accidente de perlesía, a tiempo que tenía ajustado con Don Pedro Corvete el pintar de diferentes historias sagradas toda la iglesia de los Venerables Sacerdotes, que por la imposibilidad de Don Juan las hubo de executar su hijo Don Lucas, muy heredero de las aventajadas prendas de su padre, quien murió cosa de dos años después de este accidente, en el de mil seiscientos y noventa y uno, el día catorce de octubre*.

* Fué enterrado el 15 de octubre de 1690.

dicho Don Lucas), dos hijas, la una Doña María (que se entró Religiosa) y la otra Doña Luisa, ambas condecoradas con la habilidad de la pintura, así en miniaturas como a el óleo, y especialmente en retratos con gran felicidad.

Fué Don Juan de Valdés de mediana estatura, grueso, pero bien hecho; redondo de semblante, ojos vivos y color trigueño claro. Dexó muy buena escuela en aquella gran ciudad y muchos discípulos. Era espléndido y generoso en socorrer con sus documentos a cualquiera que solicitaba su corrección o le pedía algún dibujillo o traza para alguna obra en todo linaje de artífices; al paso que era altivo y sacudido con los presumptuosos y desvanecidos.

CLXXXIV.—DON JUAN DE LAREDO, PINTOR

Don Juan de Laredo, natural de Madrid, fué discípulo de Ricci en el arte de la pintura. Aplicóse a la asistencia de los teatros de perspectiva que se hacían en el Retiro y sobresalió en el manejo del temple en todo lo que allí se ofrecía, y en especial para bosques, jardines y cabañas, en cuya atención le hizo el Señor Carlos Segundo merced de su pintor *ad honorem*. Muy de caída anduvieron en este tiempo los pintores del Rey, pues nuestro Don Juan de Laredo, habiéndose encerrado en su casa en un aposento separado que tenía en lo alto de ella, para trastear en algunas cosas de la pintura, y prevenir algunos recados para ella, en que tenía singular gracia y primor, se le ofreció alcanzar de un sobradillo o anaquel que había en dicho aposento no sé qué cosa, para lo cual, por no alcanzar bien, se subió en un banquillo alto, que, o por mal asentado o porque se le desvaneció la cabeza, cayó de cerebro y dió un porrazo tan grande, que habiéndolo oído abaxo, subieron a ver lo que había sido, y llamándole una y otra vez por su nombre, viendo que no respondía, trataban de romper la puerta, porque estaba echado el cerrojo; a tiempo que el pobre Laredo, como pudo y arrastrando, quitó el cerrojo y le hallaron todo quebrantado y sin habla. Lleváronle como pudieron a su cuarto, donde a pocas horas murió, con gran sentimiento de los que le conocían, porque era amabilísimo, de gran discreción y placer en su trato y de singular providencia e inteligencia para aquel gobierno de las mutaciones, en que había subs-

tituído a Don Francisco Rici. Murió a los sesenta años de su edad, con poca diferencia, en el de 1692, y está enterrado en la parroquia de San Luis, de esta Corte.

Fué hombre de lindo humor, y para dar un chasco tenía gran discreción y disimulo. Sucedió, pues, que hablándose un día de varios secretos de naturaleza delante de un sujetó muy sencillo (pero tan frecuente moledor, que deseaban echarle del salón, donde pintaban en el Retiro, porque los embarazaba mucho), dixo Laredo con gran disimulo: Para secreto el que yo sé de enfriar sin nieve. Saltó el otro tan aprisa y dixo: ¡Y cómo es eso, amigo, porque eso es gran cosa! No se puede decir (respondió Laredo), porque he dado palabra y juramento de callarlo, por el perjuicio que se les seguiría a los Obligados de la Nieve. Yo doy palabra de callarlo (replicó el otro); pero Laredo, teniéndose firme, después de grandes instancias y ofrecimientos, le dixo: Amigo, lo que yo puedo hacer para no quebrantar mi palabra ni el juramento es que Vmd. me traiga mañana una buena merienda, y yo me obligo a enfriar sin nieve la bebida, de modo que Vdm. lo vea, y con eso lo sabrá Vmd. sin decírselo yo. Soy contento, dixo al punto el amigo, y habiendo acudido al otro día con su merienda y dos garrafones, uno de vino y otro de agua. Laredo, que ya estaba prevenido, sacó gran cantidad de yelos (que es lo que más de ordinario venden en Madrid para este efecto) y comenzó a echarlos en las corcheras. El otro, que tal vió, dixo: ¿Pues no había Vmd. ofrecido enfriar sin nieve? ¿Pues acaso esto es nieve? (dixo Laredo). Sí, señor, replicó el otro. No es sino yelo (dixo Laredo), y en todo el mundo no habrá quien diga lo contrario. El hombre se quedó tan corrido, que escapó al instante, sin catar su merienda, y nunca más volvió a poner los pies allí. Y en fin, son tantos y tan célebres los cuentos de Laredo, que fuera nunca acabar el referirlos todos. Tuvo muy especial habilidad para aquellos teatros y también para monumentos de perspectiva, que hizo muchos y excelentes.

CLXXXV.—DON BARTOLOME PEREZ, PINTOR DEL REY

Don Bartolomé Pérez, poco después de Laredo, fué también precipitado, pues pintando la sobrescalera de las casas del Duque de Monteleón (que están en esta Corte, en el barrio de las

Maravillas, y se arruinaron con el incendio del mes de septiembre del pasado de 1723), le mandó a un mozo que le asistía le traxese una regla que estaba al otro lado de donde pintaba, para lo cual era menester pasar por un tablón que estaba algo torcido y se meneaba. Fué el mozo, y como vió que se meneaba el tablón, dixo que no se atrevía a pasar. Viendo esto Bartolomé, dixo (burlándose de él): *¡Que haya hombre tan cobarde, que esto tema!* Y diciendo esto fué a pasar, y cayó abaxo, y allí se quedó muerto.

Fué, cierto, cosa dolorosa este suceso y de gran quebranto para toda la Corte, porque era también amabilísimo, de linda pasta y de muy buena habilidad para cualquiera cosa. Fué natural de Madrid y yerno de Arellano, y así llegó a hacer las flores tan bien como su suegro, y a éste le pintaba el yerno las figuras en algunas guirnaldas que hacía.

Asistió también mucho tiempo a las funciones del Coliseo, y casi siempre que se pintaba cortina lo hacía él, porque tenía especial gracia y primor para ello; y tuvo título de pintor del Rey *ad honorem*. Fué su muerte el año de 1693, a los cincuenta y nueve de su edad, y está sepultado en la Parroquial de San Ildefonso, de esta Corte.

CLXXXVI.—DON CLAUDIO COELLO, PINTOR
de Cámara y Arquitecto

Don Claudio Coello, oriundo del reino de Portugal y descendiente de aquella ilustre familia de los Coellos, de donde lo era también el gran Alonso Sánchez Coello (de quien hicimos mención), fué natural de esta villa de Madrid*. Su padre se llamó Faustino Coello, natural de la villa de Fulbusiño, Obispado de Viseo, en dicho reino, y fué excelente bronceista; y deseando que su hijo le pudiese ayudar en el dibujo de aquellas cosas que se le ofrecían, y especialmente para reparar y cincelar los vaciados, le puso a dibujar en la escuela de Don Francisco Rici, pintor de Su Majestad, donde viendo lo mucho que iba aprovechando, le dixo Rici al padre que era lástima no dexarle continuar en la pintura, porque daba infalibles esperanzas de ser en ella hombre eminente. Hízose así y fué continuando en el estudio con la di-

* Bautizado el 2 de marzo de 1642.

rección de tan gran maestro, de suerte que en pocos años se aventajó a otros muchos de su tiempo. Y ponderándole Rici un día a cierto religioso la habilidad de aquel muchacho, dixo el religioso que la fisionomía no demostraba grande ingenio. A que respondió Rici: Pues, Padre, virtudes vencen señales. Lo cierto es que el semblante no era muy grato, y además de esto adusto y melancólico; pero la frente espaciosa y los ojos vivos y reconcentrados mostraban ser de genio agudo, especulativo y cogitabundo, como verdaderamente lo fué, con gran felicidad, gusto y capricho en lo que pensaba y concebía en su mente, y gran facilidad en producirlo y actuarlo.

Hallábale muchas veces su maestro dibujando en horas desusadas, y decía Rici: *¡Estos si que son los verdaderos genios y que dan seguras esperanzas de aprovechar!, aquellos, que es menester reñirles, porque se ponen ahora a dibujar. No aquellos a quien es menester agujonearles para que dibujen. ¡Sentencia digna de observación!*

Tenía costumbre su maestro de hacer en cualquiera papelillo algún rasguño o apuntamiento de lo que se le ofrecía, ya fuese de historia o ya fuese de perspectiva, y luego los rompía y los arrojaba; pero Claudio tenía gran cuidado de recogerlos y juntarlos y estudiar en ellos y observar con aquella demostración los documentos que había oído a su maestro.

Ultimamente salió tan aventajado, así en la Historia como en la arquitectura y perspectiva, y en el temple y fresco (por haber asistido a su maestro en obras de todas calidades), que se hizo un artífice verdaderamente completo. La primera obra que sacó a luz aun estando todavía en casa de su maestro fué el cuadro de la Encarnación del altar mayor de la iglesia de las Monjas de San Plácido, de esta Corte, en que muestra bien la valentía de su espíritu y el gran genio que le asistía, pues además de lo bien expresado del Misterio, le acompañó en la parte inferior con aquellos Profetas y Sibilas que anunciaron la venida del Mesías. Y después continuó con los cuadros colaterales de Santa Gertrudes, y los demás que allí tiene, hechos con extremado gusto y excelente dibujo. Y en los vaciados de los pedestales y las dos pinturas del Nacimiento de Christo Señor Nuestro y Adoración de los Reyes a los lados del Sagrario del altar mayor, junto con el frontis del arco a la entrada de la capilla del Santo Sepulcro, a

los pies de la iglesia. Y bien de sus principios es también la pintura del retablo de San Roque, que está en la Parroquial de San Andrés, de esta Corte, donde hay una Magdalena en la tablica del Sagrario, y dos retratos de medio cuerpo a los lados, que parecen de Velázquez. Y también las pinturas de la capilla de los Ajusticiados, a los pies de la Iglesia Parroquial de Santa Cruz, que son la Encarnación del Verbo Divino, en lo alto, y abaxo San Juan Bautista y su padre San Zacarías. Como también lo es otra pintura apaisada de la Presentación de Nuestra Señora en el Templo, que está en la sacristía de la Parroquial de San Juan, de esta Corte. Y el cuadro de la Cena, que está en el refectorio de los Padres Capuchinos del Prado.

Aun dicen también que el cuadro que tiene en el altar mayor de dicha Parroquia de Santa Cruz le hizo estando todavía en casa de su maestro, y que éste le dixo que si quería que saliese en su nombre se lo pagarían mejor; pero él más quiso el crédito que el interés. Hizo también el que está en lo alto del retablo, del Triunfo de la Cruz. Y asimesmo pintaron al fresco el presbiterio entre él y José Donoso, que estaba entonces recién venido de Roma. Y luego tomó Claudio grande amistad con Carreño, el cual, con la ocasión de pintar de cámara, le permitió copiar en Palacio muchos originales de Ticiano, Rubens y Vandic y otros. Y con efecto se mejoró mucho desde entonces en el colorido, como lo manifestó en un célebre cuadro de San Luis, Rey de Francia, muy historiado, que hizo para Don Luis Faures (Archero de la Noble Guardia de Corps), que hoy está en la ciudad de Bilbao*.

Después hizo aquel Angel San Gabriel, que está en uno de los pilares de dicha iglesia. Figura verdaderamente angélica, por la hermosura, gallardía y ligereza que demuestra, tan significativas de aquellos dotes celestiales de estas soberanas inteligencias. A que acompaña otro cuadro de la Encarnación, que está en la parte superior de el retablo, y en la inferior dos retratos grandemente hechos. También executó la pintura del Apóstol San Felipe, que está en uno de los cuatro pilares del crucero de Santa Isabel, de esta Corte**.

Después fué Claudio con José Donoso a pintar el techo de la sacristía pequeña de la Santa Iglesia de Toledo, que executaron.

* Núm. 661 del Museo del Prado.

** Donde se conserva.

con extremado gusto y acierto. Como también las dos historias de hacia los escaños del techo de la Sala de Capítulo de la Santa Cartuja de el Paular, que la del medio es de Claudio, como también el San Joseph, que está en la segunda capilla, como se va a el Capítulo. Siguióse a esto la pintura de la capilla de San Ignacio (que llaman de los Borjas), en el Colegio Imperial de esta Corte, que está a el lado del Evangelio, la cual pintaron al fresco los dos, con excelentes compartimientos de arquitecturas, bellísimos adornos, tocados de oro con gran gusto. Cuatro historias de aquel glorioso Patriarca sobre las cuatro puertas, y las cuatro partes del mundo en los intermedios, en demostración del fruto que ha logrado esta Sagrada Religión de la Compañía, en todas ellas mediante la semilla del Santo Evangelio, y el infatigable celo de sus operarios. Rematando el ornato de esta preciosa capilla con el triunfo de este glorioso Capitán de tan Sagrada Compañía, llevado por ministerio de Angeles a gozar del premio que le merecieron sus heroicas empresas, lo cual está executado en el cañón del cupulino de dicha capilla, con singularísimo primor, que desde abaxo no se conoce, porque satisface a la vista como debe. Pero desde arriba se ve la deformidad de pies y piernas de los Angeles, para que degradando la vista oblicua aquellas cantidades, vengan a quedar desde abaxo en debida proporción. Siguióse a esto la pintura de la bóveda de la sacristía de dicha Casa, donde alternaron los dos en las cuatro historias, que allí están executadas al fresco, siendo la que está encima de la puerta de mano de Claudio, y la siguiente de Donoso, etc. Y éste hizo después dos cuadros al olio, el uno de San Francisco Xavier y el otro de San Ignacio, diciendo misa, que están sobre los caxones de dicha sacristía, como se dixo en su vida.

Después pintaron también los dos el techo de aquella gran sala de la panadería (que se reedificó después del formidable incendio de la plaza el año 673), donde Sus Majestades concurrían para ver las fiestas de toros que se celebraban en aquella Plaza Mayor, lo cual executaron al temple con extremado gusto de arquitectura y adornos, enriquecido con el escudo de las armas reales, subtenidas de las cuatro virtudes cardinales, y a los lados de la longitud unas medallas con las Fuerzas de Hércules, y a los de la latitud otras con las armas de esta coronada villa. Pintaron también los dos la antecámara de este salón con bellísima arquitec-

tura y adornos, y unos chicuelos con festones de flores; como también la sobrescalera, con otra diferencia de adornos y arquitectura, y en medio el escudo de armas de Castilla y León.

Pintó también Claudio solo los Angeles de la cúpula de la capilla del Santo Christo en el Colegio Imperial de esta Corte, y lo que hay de cornisa arriba en la ante-capilla, con la medalla de las Pechinas, todo con tan excelente primor, que decir que parece de Aníbal no creo que es ponderarlo, porque verdaderamente no se puede aventajar.

Después pintaron los dos (Claudio y Donoso) el techo o bóveda de la torre del cuarto de la Reina de este Palacio de Madrid, por traza que para ello hizo Don Francisco de Herrera, maestro mayor entonces y pintor de Su Majestad, con el motivo de la venida de la Reina Nuestra Señora Doña María Luisa de Orleans, a las primeras nupcias del Rey Nuestro Señor Don Carlos Segundo (que sea en gloria), lo cual executaron con grande acierto, concurriendo también a esta obra Don Matías de Torres, no sólo por su habilidad, sino también por lo que importaba se concluyese a tiempo, y más habiendo de acudir estos mismos a la disposición de los arcos triunfales y otros ornatos de la entrada, que se prevenía para dicha Sereníssima Reina, que fué de las más espléndidas y solemnizadas que se han visto en España. Tomaron a su cargo la pintura y las más trazas de esta función Claudio y Donoso, y especialmente trazó Claudio el arco célebre del Prado y la calle del Retiro, que uno y otro se dió a la estampa, donde estaban todos los reinos de esta Monarquía, ofreciendo a la Reina nuestra Señora sus coronas, frutos y riquezas; cosa verdaderamente de extremado gusto y capricho. Como también lo fué la traza del ornato de la Plazuela de la Villa, en que se executaron las Fuerzas de Hércules, por traza de Claudio, de mano de Don Francisco de Solís, con elegante disposición y bizarría. De todo lo cual trataba este nobilísimo Ayuntamiento sacar libro estampado, que por las intercadencias del tiempo y omisión de algunos de los señores comisarios, se fué olvidando; estando ya tan adelantado, que además de lo escrito se habían ya abierto diferentes láminas, cosa verdaderamente lastimosa, porque hubiera sido una obra heroica, y que con dificultad se verá otra entrada semejante en España.

Hizo también Claudio las pinturas de los dos retablos cola-

terales de la iglesia de San Martín de esta Corte, con aquel acierto que acostumbraba en todas sus obras. Y también las siete pinturas del retablo principal de las Monjas del Caballero de Gracia, que son el de Jesús, María y José, los dos San Juanes, San Miguel, S. Francisco, S. Antonio y S. Bernardino de Sena. Y también el de S. Pedro de Alcántara, que está sobre la capilla de este Santo en la iglesia de San Gil, de esta Corte. Y un San Juanico mancebo, que está en un pilar de la Iglesia Parroquial de San Nicolás, ¡cosa peregrina! También hizo el célebre cuadro de la Magdalena para la iglesia de la villa de Ciempozuelos. Y otro de no menor tamaño para la villa de Torrejón, en la capilla mayor de su iglesia, y es del Martirio de San Juan Evangelista en la tina de aceite, que es un cuadro de mucha historia y grandemente estudiado *. También hizo dos cuadros de San Ignacio de Loyola y San Francisco Xavier, del tamaño natural, para la iglesia de Valdemoro, que están puestos a los lados de la puerta de la sacristía **. También pintó otros dos cuadros en compañía de José Donoso (que hizo otros dos), que están en el convento de Religiosas Benitas de la ciudad de Corella, el uno del Martirio de San Plácido y el otro de Santa Gertrudis, ¡cosa excelente!

Después, por el año de 1683, se le ofreció la obra célebre, que executó al fresco en Zaragoza, en el colegio de Santo Tomás de Villanueva, en la Mantería, en que estuvo más de un año, y la executó muy a la satisfacción de todos los interesados e inteligentes en el arte, y en especial de aquel señor Arzobispo. A cuya instancia y devoción logró Claudio el retratar por el mismo sagrado bulto, y en la capilla angélica, aquel celestial simulacro de María Santísima del Pilar, primitivo honor de España, en el feliz Oriente de la Religión Católica en ella, por la predicación del glorioso Apóstol Santiago, y dispensado a aquella ínclita ciudad de Zaragoza, por la presencia física real viviente de la Reina de los Angeles, como lo refieren nuestras historias y lo acredita su inmemorial tradición; lo cual executó Claudio con tanto acierto, que dexó satisfecha asaz la devoción de aquel gran Prelado, y se traxo acá el primer diseño que hizo por aquella Sacratísima imagen, el cual pára hoy en poder de sus herederos. Habiendo, pues, Coello vuelto a Madrid y vacado la plaza de pintor del Rey por muerte

* El retablo es obra excelente.

** Allí permanecen.

de Don Francisco de Herrera, se la confirió Su Majestad a Don Claudio, por los buenos informes de Carreño, que era voto de Justicia.

Después executó el gran cuadro de Santo Domingo, con Nuestra Señora del Rosario, que está en la iglesia del convento de este nombre (que vulgarmente llaman *el Rosarito*, en la calle Ancha de San Bernardo, de esta Corte) *, y está colocado en el presbiterio, al lado del Evangelio. Son también de su mano las pinturas de los dos colaterales de San Jacinto y Santa Catalina de Sena, hecho todo con singular gusto y belleza, que hoy están en la capilla de Santo Domingo de aquella iglesia. Y otros dos colaterales antiguos de Santo Domingo y Santa Rosa, que también los quitaron de su sitio **. Y también pintó las figuras de las cuatro pechinas de la capilla de Nuestra Señora de los Siete Dolores, sita en el Colegio de Santo Tomás, de esta Corte. Y las dos colaterales en la capilla de Nuestra Señora de los Remedios, de San Ginés.

En este tiempo, habiendo muerto Carreño y Don Francisco Rici también, el cual había comenzado el cuadro de la Colocación de las Santas Formas para la gran capilla que Su Majestad hizo edificar en aquella gran sacristía de San Lorenzo el Real del Escorial, con la dirección de dicho Don Francisco, hubo de ir Don Claudio a suplir la asistencia de su maestro y proseguir el cuadro comenzado. Y porque le pareció que el punto de la historia y perspectiva estaba muy elevado, hubo de baxarle y hacer nueva composición, de que hizo un borroncillo admirable. Y respecto de que el asunto del cuadro era la procesión solemne de la Colocación de dichas Santas Formas, con asistencia del Rey nuestro Señor y toda la primera Nobleza, hubo de hacer retratos, no sólo del Rey, sino de todos los asistentes a la función. Fué un cuadro, cierto, de increíble trabajo y estudio. Y habiendo ido el Rey en el discurso de este tiempo a ver el estado de aquella obra, pidió licencia Claudio a Su Majestad para retratarle en dicho cuadro. Lo cual concedido y executado por él con el acierto que acostumbra, dixo el Señor Conde de Benavente (que ya estaba bien informado de los méritos de Claudio): Señor, ya tiene Vuestra Majestad pintor de cámara, y así fué, porque luego el Rey ex-

* Hoy en la Academia de San Fernando.

** Núms. 662-3 del Museo del Prado.

pidió su Real Decreto declarándole por tal y concediéndole todos los gajes, casa de aposento y llave de furriera a ello accesorios.

Durante esta obra, por el año de 1686, se trató de pintar el techo de la galería del Cierzo del cuarto de la Reina. Y habiendo venido Claudio para este efecto y trazado la arquitectura y adornos concernientes a la distribución de historias o casos de la fábula de Siquis y Cupido, que allí se executó; y deseando Su Majestad que Claudio no hiciera falta a la continuación de la obra del Escorial, le preguntó: ¿De quién podía fiarse la ejecución de dicha pintura de la galería? Y entonces le debí yo que me prefriese a muchos, que, sin duda, lo merecían mejor. Y avisado de la orden de Su Majestad por el Excelentísimo Señor Conde de Benavente (mi protector), fui a verme con Claudio, para tomar la orden; y en virtud de ella comenzamos los dos dicha obra, y habiendo pintado juntos algunas tareas al fresco, se partió Claudio al Escorial, dexándome de orden del Rey la instrucción de todo lo que se había de executar en dicha galería.

Concluído, pues, el cuadro y la obra de dicha capilla de la sacristía del Escorial, y celebrada la fiesta de la Colocación de las Santas Formas, se vino Claudio a Madrid, quedando Su Majestad muy satisfecho de su buena conducta, y él bien remunerado de su trabajo, como lo merecía.

Después se ocupó Don Claudio en diferentes retratos y otras cosas de la obligación de su empleo: como en reparar y limpiar las pinturas, que estaban muy deterioradas del humo de las luces y tomadas del tiempo. Y a pocos días sucedió la dolorosa muerte de la Reina nuestra Señora Doña María Luisa de Orleans en lo más florido de sus años, en el de 1689, y a los veinte y siete de su edad. Retrató también a la Reina madre nuestra Señora Doña María-Ana de Austria, con superior acierto; de cuya orden executó para Jerusalén dos cuadros grandes, para los intercolumnios del retablo de aquel gran templo, el uno de la Circuncisión del Señor y el otro de la Adoración de los Santos Reyes; que los demás fueron de diferentes manos, según la voluntad de los devotos que los ofrecían. También hizo en este tiempo el cuadro de San Diego de Alcalá, dando limosna a los pobres, que está en el remate del retablo de la capilla de Don Diego Ignacio de Córdova, sita en la iglesia de San Luis de esta Corte, junto con la tablita del Sagrario, que es de la Cena de Christo Señor Nues-

tro *. Y habiéndose celebrado el segundo matrimonio del Señor Carlos Segundo en el año de 1690. Retrató también Claudio a la Reina nuestra Señora Doña María-Ana de Neoburg, hoy Reina viuda de España.

Por este tiempo, deseando el Señor Carlos Segundo, por la gran fama de Lucas Jordán, especialmente en la pintura al fresco, ver cosa de esta calidad pintada de su mano en España, determinó pintase este artifice al fresco la escalera del Escorial y otras cosas (como decimos en su vida); le hizo venir para este efecto por el mes de mayo del año de 692, cosa que a la verdad fué para Claudio muy sensible ponerle otro delante, cuando él estaba preferido a todos; mas las determinaciones de los Soberanos sólo toca a los inferiores obedecerlas, pero no examinarlas. Era Claudio de un genio muy podrido y recóndito y no sé si diga envidioso. Con que verdaderamente que este caso, con los repetidos aplausos del Jordán (aunque tan merecidos) no le hizo a Claudio buen estómago. Y así solo acabó el cuadro, que ya tenía comenzado, del Martirio de San Esteban (que no pareció acaso el que fuese martirio) para la capilla mayor del Colegio de este Santo, en Salamanca, por orden del Reverendísimo Padre maestro Fray Pedro Matilla, confesor del Rey. Y luego que le hubo concluído le llevó a Palacio y lo puso en la Galería de Grandes, para que todos lo viesen, y también el amigo Jordán, a quien pareció muy bien, y con razón, porque es excelentísimo cuadro.

De allí a poco tiempo murió Claudio el año de noventa y tres, a veinte de abril, y se enterró en la Iglesia Parroquial de San Andrés, de esta Corte, con gran sentimiento de toda la profesión, que le amaba por su grande habilidad, que por lo demás era en su trato desabrido y poco amistoso; pero tanto como esto puede el mérito de la habilidad, que subsana cualesquiera otras nulidades; las mercedes que el Rey le hizo ya las diximos en el primer tomo, fol. 156. Todos los que le conocían fueron de sentir que la venida de Jordán le costó la vida; y si ello no fué así, tuvo la desgracia de morir en tan mala ocasión. Dexó muchos y buenos discípulos, y en especial Don Sebastián Muñoz, que fué pintor del Rey, y Don Teodoro Ardemans, hoy maestro mayor y pintor de cámara de Su Majestad.

* Destruídos en el incendio de 11 de marzo de 1936.

Era también Don Claudio muy agudo y satírico en sus dichos, y así sucedió un día que Don Cristóbal Ontañón le dixo: *Aora vendrá Jordán a enseñarles a ustedes a ganar mucho dinero.* Y le respondió Claudio: *Sí, señor, y a absolvemos de muchas culpas y quitarnos muchos scrúpulos.* Y lo cierto es que fué dicho muy sentencioso, pues Jordán más atendía a el todo que a las partes; pero Claudio, por mejorar un contorno, daría treinta vueltas a el natural.

CLXXXVII.—DON PEDRO DE MENA, ESCULTOR

Don Pedro de Mena y Medrano, eminente escultor, fué natural de Adra, una de las siete villas de la Alpujarra, en el reino de Granada, hijo de padres ilustres. Aprendió el arte de la escultura de su padre (que fué de la misma Facultad) con toda perfección, siendo el único entre todos los de su tiempo*.

Y habiendo venido a Granada el racionero Alonso Cano, pasó Mena a dicha ciudad, donde reconoció la gran ciencia que Dios había depositado en él, haciéndole igual en las tres artes de Pintura, Escultura y Arquitectura, por cuya razón solicitó desde luego el verle y obsequiar a hombre tan célebre, dexando su obrador, su mujer y hijos en la forma que puede decirse, y sujetándose, como el más humilde siervo y discípulo, a empezar de nuevo a seguir tan eminente escuela, y a poco tiempo logró sus deseos, pagándole Alonso Cano este buen celo con no ocultarle cosa que pudiese conducir a su adelantamiento. Empezó después por sí algunas obras, sin apartarse de la luz viva de su maestro, y fué la primera una imagen de la Concepción de Nuestra Señora, del tamaño natural, para la villa de Algendín, en que empleó las tareas de su estudio, saliendo tan a satisfacción de su maestro, que no tuvo cosa que corregirle; fué la admiración de todos, y habiéndola depositado en un Convento de Religiosas, solicitaron quedarse con ella por el tanto, alegando propiedad por la posesión, de lo cual formaron pleito, que perdieron. Vino todo el lugar por ella, lleváronla en procesión, a la que concurrió la mayor parte de Granada, con tal celebridad, que fueron danzas, tarasca y gigantes, como en la fiesta del Corpus, y con disparos de Ar-

* Nació en Granada en 1628, a 20 de agosto. Su padre se llamaba Alonso y fué un buen escultor.

tillería. Salieron todas las doncellas del lugar a recibir su imagen a la mitad del camino, desde donde fueron acompañando hasta la iglesia de la villa de Algendín, quedando dicho Don Pedro de Mena con grandes créditos de esta obra.

Después executó las que hoy se veneran en el santuario de las monjas de el Angel de dicha ciudad de Granada *, que son una efigie del Patriarca San José, con el Niño Dios; otra de San Antonio de Padua, también con el Niño; otra de San Pedro de Alcántara, y la otra de San Diego de Alcalá, todas de más del natural, las cuales executó con el mayor arte y expresión de afectos que es ponderable, pues son la admiración de Granada. Se hicieron con asistencia y modelos de su maestro, quien dió las últimas encarnaciones; en cuyo tiempo hizo otras diferentes obras, con las cuales acabó de sentar su crédito en toda Andalucía, y aun en toda España.

Después pasó a Málaga en compañía de su maestro, quien fué llamado del Señor Don Fray Alonso de Santo Tomás (Obispo de dicha ciudad) para la execución del tabernáculo y adorno de esculturas y de la sillería de la Santa Iglesia. Y habiendo executado la planta y diseño del tabernáculo Alonso Cano, dió todo lo demás de la obra a dicho su discípulo, por la entera confianza que tenía de su grande habilidad, quien concluyó toda la sillería, que hoy pudiera ser octava maravilla del mundo a no haber otra que se lo disputase.

En este tiempo executó un Santísimo Christo de más del natural de orden de dicho Señor Don Fray Alonso, y asimismo una imagen de Nuestra Señora con el Niño, del natural, que está en el transparente de el Convento de Santo Domingo de dicha ciudad, en el cual Convento está también el Crucifixo en la Sala de Profundis, siendo estas obras la admiración de cuantos las ven **

En este tiempo corrió de suerte su fama, que no pudo evadirse de tantos empeños como fueron de la Corte y diferentes partes de España, solicitando lograr alguna cosa de su mano, haciendo de orden del Señor Don Juan de Austria una imagen de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, con Santiago a sus pies arrodillado, en el cual echó todo el resto de su habilidad, saliéndole la cabeza del Santiago tan admirable, que se la hurtaron,

* Derribada la iglesia, las imágenes se guardan en la Catedral.

** Destruídas en los incendios de mayo de 1931.

estando sólo en madera, lo cual sintió mucho, por parecerle que no podría executar otra que le igualase, y al cabo de muchos días se la restituyeron por haber sacado censuras, la cual obra se concluyó, para regalar dicho Señor Don Juan de Austria a la Reina Madre nuestra Señora.

También executó una efigie de un Santo Christo de la Agonía, de una tercia, con poca diferencia, para el Príncipe Doria, en que gastó mucho tiempo, estudiando por el natural, y en lo que puso su mayor cuidado, saliendo tan a su satisfacción, que se le oyó decir no haber hecho otra cosa como ella, el cual remitió a Génova a dicho Señor, quien habiéndola hecho ver a los primeros hombres de la Facultad en aquella tierra, le envió muchas honras y aplausos en su carta y un superabundante regalo.

Fué general en madera, piedra y marfil (aunque en esta materia última hizo poco), mas en la piedra hizo diferentes estatuas, y hoy se hallan en la Catedral de Granada las de los Reyes Católicos, que son de mucha mayor grandeza que el natural, y junto a ellas hay otras dos cabezas de Adán y Eva de su maestro.

Asimismo hizo para Córdoba por el año de 1673 un San Pedro de Alcántara para la capilla de su nombre, en el Convento de Nuestro Padre San Francisco, ¡que es una admiración! Y después, por el año de 79, hizo otras efigies de orden del Señor Don Fray Alonso Salizanes (Obispo de dicha ciudad) para la célebre capilla, que fundó su Ilustrísima en aquella Santa Iglesia. Y por estas y otras muchas obras que se atravesaron no pudo concluir las esculturas que se habían de poner en el tabernáculo de la Santa Iglesia de Málaga, las cuales hizo un buen escultor de dicha ciudad, llamado Jerónimo Gómez.

En el Colegio de la Compañía de Jesús de Málaga se veneran cuatro efigies, de medios cuerpos, del natural, de los Santos de la Religión, que admiran por su mucha excelencia. Como también las efigies de María Santísima Dolorosa, San Juan y la Magdalena, que están en la célebre capilla del Santo Christo, en el Colegio Imperial de esta Corte; pero la del Crucifijo es de otra mano, como hemos dicho.

Asimismo executó una Magdalena Penitente de cuerpo entero, del natural, que hoy se venera en la casa profesa de la Compañía de Jesús de esta Corte, que admira su perfección y expresión de afectos. Como también otra de la misma disposición en

la capilla de Santa Gertrudes, de la iglesia de San Martín, aunque en menor tamaño.

También guardan, entre las cosas preciosas que hay en la sacristía de la Santa Iglesia de Toledo, para enseñar a los forasteros, un San Francisco de Asís, tan peregrino como da a entender la estimación con que le enseñan y guardan; es del tamaño de una vara, con poca diferencia; dícese le dieron por él una gran suma, y le enviaron el título de maestro de la Santa Iglesia, que apreció mucho dicho artífice.

Asimismo hizo innumerables obras con igual estimación y crédito, aunque es verdad que hay algunas cosas que corren por de su mano que no lo son, por haberse valido algunos de la industria de firmarlas con el nombre de Mena, por no ser fidedignos los agentes de algunas obras, que no quiso executar por bajos precios.

Tuvo el gusto de enseñar a dos hijas suyas tan noble arte, que aprendieron con primor, y después entraron Religiosas de la Sagrada Orden del Cister, las cuales pasaron por fundadoras a la ciudad de Granada.

Fué Don Pedro de Mena muy discreto e igualmente caritativo; tuvo muchos discípulos, y entre ellos el más aventajado fué Don Miguel de Zayas, natural de Ubeda. No recibió ninguno en su casa sin que primero hiciese información de su nacimiento y limpieza de sangre, cosa digna de alabanza y de observar en todos los artífices de tan nobles facultades.

Fué hombre de la primera estimación, y así nunca se acompañó sino con la primera Nobleza, llevándole el Señor Don Fray Alonso a su lado en los paseos públicos y recreos de la caza.

Murió de calentura continua por el año de mil seiscientos y noventa y tres, siendo ya de crecida edad, y se enterró en el Convento de las Religiosas del Cister, de la ciudad de Málaga*.

CLXXXVIII.—*JUAN ARNAU, PINTOR*

Juan Arnau, natural de la ciudad de Barcelona, tuvo allí algunos principios del arte de la pintura, y después pasó a esta Corte, donde se perfeccionó en la escuela de Eugenio Caxés (pin-

* Murió en 1688, el 13 de octubre, en Málaga. Véase sobre Mena la monografía de R. de Orueta (Madrid, 1913).

tor que fué del Señor Felipe Cuarto); volvióse a su patria, donde manifestó su grande habilidad en diferentes obras, y especialmente en la mitad de los lienzos del claustro de San Agustín, de la vida de este Santo Doctor. Y también un cuadro del Apóstol San Pedro, vestido de pontifical, a quien los Angeles le están entregando las llaves de la Iglesia, que está colocado en la capilla de dicho Santo, en la iglesia de Santa María de la Mar, de dicha ciudad. Y otro de San Francisco de Paula y San Francisco de Sales, que está en una capilla de la iglesia de los Mínimos. Murió en Barcelona por los años de mil seiscientos y noventa y tres, y a los noventa y ocho de su edad.

CLXXXIX.—*GABRIEL DE LA CORTE, PINTOR*

Gabriel de la Corte fué hijo y discípulo de Francisco de la Corte (pintor de perspectivas); nació en esta villa de Madrid el año de 1648, y habiéndose inclinado a la pintura y no habiendo aprovechado mucho en la escuela de su padre, o porque es achaque de los hijos o porque le faltó de poca edad, se aplicó a pintar flores, copiando algunas del natural y otras de Arellano y Mario, y así llegó a hacerlas prácticamente con gentil bizarría y manejo, de que hay muchos juegos en diferentes casas, así de cestillas y jarrones de flores como de tarjetas y guirnaldas con historiejas, de mano de Antonio Castrejón, de Matías de Torres y de otros; pero como no sabía hacer otra cosa, vivió siempre con gran miseria, ya pintando en las tiendas, ya haciendo juegos de floreros de diferentes tamaños y poniéndolos en público a vender, donde la fuerza de la necesidad hacía darlos por muy baxo precio. Murió el año de mil seiscientos y noventa y cuatro, a los cuarenta y seis de su edad, y se enterró en la Parroquial de San Sebastián.

CXC.—*JUAN DE SEVILLA, PINTOR*

Juan de Sevilla Romero y Escalante, natural y vecino de la ciudad de Granada * tuvo sus principios con Andrés Alonso Argüello, y después se perficionó en la escuela de el eminente Pe-

* Bautizado el 17 de mayo de 1643.

dro de Moya, y siguió muy bien la manera fresca y avandicada de su maestro; y aun habiendo adquirido unos borroncillos de Rubens de unas fábulas, donde había muchos desnudos, hechos con gran frescura de color (que yo vi en Granada, estando allí el año de doce); se aplicó tanto a seguir aquel estilo y buen gusto, que verdaderamente su manera de pintar parecía ser de la escuela de Rubens.

Casóse con Doña Teresa de Rueda, y continuando su habilidad, pintó diferentes capillas en el Convento del Carmen y otras iglesias de aquella ciudad, como es en la de San Agustín Calzados, y otros muchos cuadros en el Colegio de la Compañía, especialmente el de la Cena, que está en el refectorio; también otros en la Santa Iglesia, y el de San Pantaleón, mártir, en San Felipe Neri, y otros en la sacristía del Convento de San Jerónimo. También hizo muchos cuadros para fuera de Granada, de los cuales hay tres en los ángulos del claustro grande de San Agustín, de la ciudad de Córdoba; que el uno es de la Concepción de Nuestra Señora, el otro de la Natividad de la Virgen y el otro de la Encarnación del Hijo de Dios, que hoy están muy deteriorados de la inclemencia del tiempo. Yo los vi recién puestos, y eran cosa regaladísima, de gran dulzura de color y gran gusto de tocar de luces.

Pintó mucho nuestro Sevilla, así al temple como al olio, para las festividades del Corpus Christi, que se celebran en aquella ciudad y reino de Granada, con grande solemnidad, haciendo excelentes altares y pinturas para el ornato, siendo todo de nueva invención, en que tuvo siempre por opositor a Pedro Atanasio, y en que ambos lucían y se desempeñaban muy bien. Murió Juan de Sevilla en dicha ciudad de Granada por los años de mil seiscientos y noventa y cinco, a veinte y tres de agosto, y a poco más de los sesenta y seis de su edad, y se enterró en la Parroquia de San Miguel. Fué hombre rígido y fuerte de natural, y así tuvo pocos discípulos, y ninguno dentro de casa, por ser muy celoso.

CXCI.—DON JOSE DE CIEZAR, PINTOR DEL REY

Don José de Ciezar, natural de la ciudad de Granada, fué hijo y discípulo de Don Miguel Jerónimo de Ciezar, de cuya escuela salió muy aprovechado, y de que dió testimonio en diferentes

obras en aquella ciudad, y especialmente en las fiestas de Corpus, con cuya ocasión se hizo muy gran templista. Y aunque todo lo hizo bien, sobresalió con especialidad en los países y en las flores, que las hacía con superior excelencia y con tal primor, propiedad y delgadeza, que aun siendo hechas al temple en algunos biombos, parecía que el aire las había de mover.

Vinose a esta Corte, siendo de edad de unos treinta años, y mostró muy bien su excelente habilidad en las mutaciones del Coliseo del Buen Retiro, mediante lo cual y buenos padrinos que tuvo (especialmente del Señor Condestable Don Iñigo de Velasco, entonces Mayordomo Mayor), le hizo merced de su pintor *ad honorem* el Señor Carlos Segundo.

Pintó también muchas cosas a el óleo nuestro Ciezar, y en especial para el público dos cuadros de los que hay en el Cuerpo de la iglesia de San Francisco de Paula, en esta Corte, que el uno es de una batalla, de donde tomó el nombre *la Victoria*, con el patrocinio de la Reina de los Angeles, y el otro cuando el Santo glorioso hizo ver a el Rey de Nápoles que era sangre de los pobres el dinero que le mostraba. También hizo otros muchos cuadros para la iglesia nueva de las Mercenarias Descalzas, del barrio del Barquillo. Y últimamente murió en esta Corte de calentura continua por los años de mil seiscientos y noventa y seis, en lo más florido de su edad, pues apenas tenía cuarenta años. Fué muy modesto y virtuoso, y habiéndole quedado aquí un hermano suyo menor, llamado Don Vicente, obtuvo éste la plaza, que vacó por muerte de Don José, y habiéndose retirado a Granada por muerte del Señor Carlos Segundo, murió de allí a muy poco tiempo en dicha ciudad.

CXCII.—*JUAN CANO DE AREVALO, PINTOR*
de la Reina

Juan Cano de Arévalo fué natural de la villa de Valdemoro, cuatro leguas distante de esta Corte, donde tuvo sus principios en el arte de la Pintura, y habiéndose aplicado a pintar en pequeño, llegó a hacerlo con tal primor, que algunos amigos le aconsejaron que pintase abanicos, y lograría mejor el fruto de su trabajo. Hízolo así, y llegó a pintarlos con tal excelencia, que en esta línea fué el único que se ha conocido en España, tanto, que ha-

biendo hecho un invierno una gran partida de abanicos, y viendo que por ser hechos en España no tenían estimación, fingió que le habían venido de Francia, y de este modo logró el despacharlos a muy gran precio. ¡Oh desventura de nuestra nación!

No pudo contenerse la viveza de su genio y ardiente espíritu en los estrechos márgenes de su Patria, y aun de la Corte, y así pasó a el Andalucía, donde mostró muy bien su grande ingenio en esta habilidad, como su inclinación a el manejo y destreza de la espada, a que se aplicó mucho, y en este tiempo trató con Don Antonio Reinoso (pintor excelente), quien me dió muchas noticias del Juan Cano antes que yo viniese a Madrid, a donde se había vuelto ya en esta sazón.

Casóse, pues, Juan Cano en esta Corte, con lo cual trató de sentar el pie, pintando sus abanicos, en que llegó a adquirir tal crédito, que granjeó plaza de abaniquero o pintor de abanicos de la Reina, con muy honrados gajes y emolumentos, en que continuó muchos años, con grande aceptación de la Reina nuestra Señora y de todas sus damas, como también de las primeras Señoras de la Corte.

Sucedió, pues, que habiendo ido a Alcalá de Henares en ocasión de una fiesta de toros, tuvo Cano unas palabras en el andamio sobre los asientos con un sujeto de aquella ciudad, con quien estuvo muy demasiado, y habiendo quedado allí mal compuesto el lance y estimulado del gran ardimiento de su espíritu y satisfacción de su destreza, acabada la fiesta, le desafió Cano, diciéndole a su contrario que llevara padrino, que él llevaría otro amigo, que estaba con él. Salieron, pues, al sitio señalado; y el contrario, poco satisfecho de sus bríos, tenía prevenidos otros dos amigos, además del padrino, por si se viese apretado. Y habiendo llegado el caso, dió voces, acudieron los otros, y no obstante que él se defendió valerosamente, le dieron una estocada en mitad del pecho, de que cayó mal herido. Huyeron los contrarios, y el padrino lo traxo a su posada, de donde habiendo preparado su alma y curándole la herida como se pudo, se vinieron a Madrid, donde continuando su curación, y pareciendo que ya estaba bueno; bien que él no estaba satisfecho; comenzó a sentir grandes dolores y a reconocerse mortificado y amoretado todo el sitio alrededor de la herida, por ser en el hueso esternón. Volvieron a llamar al cirujano, y habiendo éste dicho que era menester volver a mani-

festar la herida, él no lo quiso consentir, pues estando ya penetrado y putrefacto de la sangre lo esponjoso del hueso, era impracticable la curación, y así murió, cuando apenas tenía cuarenta años, por el de mil seiscientos y noventa y seis.

No pintó solamente los abanicos, pues también pintó algunas obras de diferentes capillas, como es en la de las Santas Formas de el Colegio de la Compañía de Jesús, de Alcalá de Henares; ayudó a otro pintor de Madrid, que fué a ejecutarla, y también en la pintura de la capilla mayor y colaterales de la iglesia de Santa María de dicha ciudad. Y pintó él solo una capilla de Nuestra Señora del Rosario, que está al lado del Evangelio, en la iglesia de Valdemoro, de donde era natural; todo esto fué al temple, y aunque también pintó algunas cosas al olio, no fué tan aventajado; pero en los abanicos lo fué tanto, que habiéndome presentado uno para mi mujer, por otra cosa en que yo le serví, después de haber usado de él muchos años (porque no servía a todos aires), y estando ya inútil para su ministerio, le guardé yo, y le conservo, por una alhaja de grande estimación.

CXCIII.—*DON DIEGO GONZALEZ DE VEGA, PRESBITERO
y pintor*

El Licenciado Don Diego González, natural y vecino de esta villa de Madrid, fué primero seglar y casado, y en el arte de la pintura excelente, en que fué discípulo de Don Francisco Rici y de los más adelantados que tuvo y que más imitasen su manera, como lo acreditan repetidas obras suyas, públicas y particulares. De su mano es aquel célebre cuadro de los Santos Mártires de la Compañía de Jesús, que está en la capilla de San Francisco Xavier, a los pies de la iglesia del Colegio Imperial de esta Corte, en que se conoce su buen gusto en el colorido y gran capricho en la composición, variedad de actitudes y expresión de afectos. Donde también tiene otros dos cuadros excelentes de la Pasión de Christo Señor Nuestro, en la calle de la Amargura, y el Descendimiento de la Cruz, que están en la bóveda de la Congregación de los señores abogados en dicha casa.

También hay muchos cuadros de su mano en el claustro alto del Convento de Nuestro Padre San Francisco, de esta Corte, de la vida de Christo Señor Nuestro, y de su Madre Santísima.

Como lo son también todos los del claustro del Convento de Religiosas Mercenarias de Don Juan de Alarcón de la Vida de Nuestra Señora; pero a todos aventaja en el buen gusto el que tiene colocado en los Carmelitas Descalzos de esta Corte, encima de la puerta de la iglesia que sale a el claustro, y es de San Juan de la Cruz escribiendo y el Espíritu Santo ilustrándole, y con un gran pedazo de Gloria y acompañamiento de Angeles niños; todo executado con gran gusto y belleza de colorido. No lo es menos el que está en la escalera principal del Convento de la Merced, de esta Corte, en el segundo tramo que sube a el claustro alto, donde Christo Nuestro Bien corona a San Ramón Nonato, en atención a la caridad que usó con aquel pobre, a quien le dió su sombrero para que se defendiese de el agua que llovía, en que se conoce su excelente gusto en el colorido y buena invención.

Fué hombre de muy señalada virtud, y así, habiendo enviudado, se ordenó de sacerdote, continuando su profesión, la cual se consideró por parte de congrua, en cuyo tiempo hizo las pinturas del claustro del Convento de la Merced, de la ciudad de Segovia, que son de las vidas de San Pedro Nolasco y San Ramón, y están firmados todos en esta forma: *Didacus González Presbiter faciebat*. Antes de este tiempo hizo otros dos cuadros excelentes de la vida de Santa Teresa, que están en el crucero de la iglesia de las Carmelitas Descalzas de la villa de Alba de Tormes.

Y deseando seguir Don Diego una vida recogida y verdaderamente sacrificada a Dios, como buen Ministro suyo, entró en la exemplar Congregación de Sacerdotes del Salvador, en esta Corte, de donde después de algunos años (no sé con qué motivo) se mudó a la de los italianos, asistiendo allí a la escuela de Christo con mucho exemplo, y donde murió con grande edificación de sus compañeros a 23 de junio del año de 1697, y a los setenta y cinco de su edad, y se enterró en público en aquella iglesia el día 24.

Tenía una casa propia enfrente del Colegio de San Jorge, que rentaba más de mil y quinientos reales, con lo cual y otros efectos de la villa que le agregó fundó una Capellanía de docientos ducados de renta, la cual dexó a la dicha Congregación del Salvador, con calidad que a una hermana suya la asistiesen con cincuenta ducados en cada un año, mientras viviese, y después la heredase dicha Congregación, donde hoy se mantiene, y donde

Hay también muchas pinturas de su mano, especialmente las del retablo de la Virgen, que está al lado del Evangelio en dicha iglesia, y en ella el Apostolado de cuerpo entero, y en la sacristía el de medios cuerpos.

CXCIV.—*DON JUAN NIÑO DE GUEVARA, PINTOR*

Don Juan Niño de Guevara, pintor insigne en la ciudad de Málaga, fué natural de esta villa de Madrid, hijo de Don Luis Niño de Guevara y de Doña Mariana Enríquez; nació a 8 de febrero del año de 1632, y pasando su padre en el empleo de capitán de la Guarda del Excelentísimo Señor Don Fray Antonio Enríquez, Virrey y Capitán general del reino de Aragón, llevóle consigo, y después a Málaga, de donde fué electo Obispo dicho Señor; el cual, habiendo reconocido la habilidad que mostraba aquel muchacho dibujando únicamente de su genio cuanto se le ponía delante (no omitiendo la principal aplicación a las letras), habló Su Excelencia al Capitán Don Miguel Manrique, natural de Flandes y discípulo de Rubens, para que le recibiese a su escuela, como lo hizo, y fué con quien tuvo los primeros principios, con muy lucidas muestras de adelantamiento. Después dicho Señor Obispo le envió a Madrid a la dirección del Marqués de Montebelo, su cuñado (que fué excelente pintor), y éste le encomendó a la escuela de Alonso Cano, entonces seglar y vecino de Madrid, que después fué racionero de la Santa Iglesia de Granada, el cual le acabó de perficionar en el arte de la Pintura, con tan superior excelencia, que llegó a igualar, si no aventajar, las pinturas de su maestro, porque siempre conservó aquella primera leche que había recibido, derivada de la escuela de Rubens.

Pasó después a Málaga, llevado del amor de sus padres y de su gran protector el Excelentísimo Señor Don Fray Antonio Enríquez, y allí casó con Doña Manuela de León y Hermosilla, de familia muy ilustre y conocida en aquella ciudad. Recibióse en la Hermandad de la Santa Caridad, donde sólo entran personas muy calificadas.

Pintó en aquella iglesia de la Caridad el Triunfo de la Cruz por el Emperador Heraclio, que es una admiración en lo numeroso de figuras, bien historiado y de gran gusto. Y asimesmo otro cuadro de igual tamaño, en que está la virtud de la Caridad y

todos los Patriarcas de las Religiones que profesan el ejercicio de algunas obras de esta soberana virtud, que no sé a cuál de los dos cuadros se pueda dar la ventaja; sin otras muchas pinturas de las demás Virtudes Teologales y otros asuntos que executó en dicha iglesia. Y en la Catedral la de San Juan de Dios difunto, abrazado con el Crucifijo y un Angel coronándole con una guirnalda de flores. Y en otra capilla dos cuadros grandes, el uno de la Ascensión del Señor y el otro de la Asunción de su Madre Santísima, ambos con apostolado y gloria, de lo superior que se ha visto. Y también para la capilla de la Encarnación de aquella Santa Iglesia hizo un célebre cuadro de San Miguel, arrogantísima figura, y otro de San Francisco Xavier, para la capilla del Santo Christo. Como también dos pinturas de a dos tercias en cuadro, la una del Pretorio de Pilatos y la otra del Calvario con Christo Señor nuestro Crucificado, que están a los lados del Sagrario de la capilla del Santo Christo de la Humildad, en la iglesia de San Francisco, de la Observancia, ¡cosa maravillosa!

En el Real Convento de la Victoria pintó la vida de San Francisco de Paula con superior excelencia. Y para el claustro del Convento de San Agustín de la ciudad de Córdoba, el año de 1676, los dos costados, que caen hacia la iglesia y portería, de la vida de este glorioso Doctor, y varios retratos, especialmente el del Señor Don Fray Antonio Enríquez y del Señor Don Fray Alonso de Santo Tomás, que verdaderamente parecen de Rubens o de Vandic. También pintó el claustro del Convento de San Agustín de la ciudad de Granada (aunque en él hay algunos cuadros de otra mano), sin otras muchas pinturas públicas y particulares que hizo, en que se conoce la eminencia de su pincel, que le constituyó acreedor legítimo de los inmortales aplausos de la fama, por su gran dibujo, fresco y galante manejo y superior gusto.

Además de esto fué nuestro Don Juan Niño muy dado a la virtud y de la escuela de Christo, con tanta aceptación, que estando alguna vez indispuerto el Superior, le enviaba a mandar, en virtud de santa obediencia, que hiciese la plática a la escuela, lo cual executaba con grande admiración y edificación de los que le oían, porque era hombre versado en buenas letras y de virtud muy sólida, de muy amable trato y conversación.

Estuvo siempre cargado de obligaciones, y así vivió muy corto de medios, porque al mismo tiempo era sumamente desintere-

sado y poco atareado al trabajo. Sucedióle que un mercader muy rico de Cádiz, viendo que en aquella ciudad había algunos cuadros de Concepción de mano de Murillo y que había llevado a cien doblones por cada uno, deseando tenerle más barato y tan bueno, le mandó hacer a Niño un gran cuadro del mismo asunto, en que echase el resto. Hízolo cuanto alcanzó su habilidad (que aseguran ser cosa superior). Envióselo, y cuanto al precio, lo dexaba a su arbitrio. Libróle el mercader una cantidad corta, como cien pesos. Don Juan le respondió que no ignoraba que Murillo había llevado a cien doblones por las suyas, y que lo que él le enviaba era un precio muy desigual. El mercader le replicó que a querer gastar cien doblones en aquella pintura, hubiera acudido a Murillo y no a él (y cierto que no tenía razón, porque yo no les hallo diferencia, si no es en la fortuna). Ultimamente resolvió Don Juan Niño que si la quería presentada, eso muy enhorabuena, pero que habiendo de ser pagada, o cien doblones, o el cuadro. El mercader, que vió la resolución, le envió el cuadro. Llegó, pues, a tiempo que al desarrollarle se halló presente un amigo suyo, y ponderándole mucho la belleza del cuadro, le contó Niño toda la historia que le había pasado con el mercader. A que exclamó el amigo diciendo: Se holgaría él tener los cien doblones para llevarsele a su casa. Díxole Don Juan: Pues Vmd. no se detenga en ello, sino llévesele, y deme lo que quisiere o pudiere. No puede ser, amigo (dixo el otro), que tasadamente me hallo con trecientos reales. Pues aunque fueran trecientos maravedís fuera lo mismo, que más quiero darlo a un amigo de balde que lo sepa estimar, que a un extraño por el dinero, no sabiéndolo pagar. Este maravilloso cuadro está hoy colocado en el altar mayor de la iglesia de San Pedro de Alcántara de dicha ciudad de Málaga, con la debida veneración y culto.

Lo cierto es que, en mi concepto, no fué inferior a Murillo, como dixe, sino en la fortuna, y aun en el dibujo, creo que Niño le llevaba ventaja. Pero verdaderamente que a la constelación de cada uno no la pueden mudar de aspecto los méritos, y así no todos encuentran la condigna remuneración del premio. Murió Don Juan Niño en dicha ciudad de Málaga en 8 de diciembre de 1698 años * y a los sesenta y siete de su edad, con créditos, no sólo de pintor eminente, sino de virtuoso, docto y discreto.

* Error rectificado por Viñaza: murió en 1686.

CXCV.—ALONSO DEL ARCO, PINTOR

Alonso del Arco (llamado por antonomasia *el sordillo de Pereda*) fué natural de Madrid y discípulo de Don Antonio Pereda; era sordo de nacimiento y consiguientemente mudo, porque la causal de la mudez es la sordera natural, pues no oyendo no aprenden, y no aprendiendo no pronuncian, y así, por falta de el uso, se entorpecen los órganos de la pronunciación (como diximos en otra parte). Bien se acredita esta experimentada verdad en nuestro Alonso del Arco, pues en edad ya crecida entró totalmente mudo en casa de Pereda, y o bien porque la sordera no era total, o bien porque se hubiese algo moderado, llegó a experimentarse que oía alguna cosa, con lo cual y el trato de los mancebos (que harán hablar los mudos, y más que Pereda tenía muchos), llegó a prorrumpir poco a poco en hablar, aunque con gran balbucencia, pues aun habiéndole yo conocido en los años mayores, se explicaba con tal torpeza y con palabras tan siniestramente pronunciadas y entendidas, que era la risa de cuantos le escuchaban, de suerte que una conversación suya era un entremés muy divertido.

De esta manera, pues, prosiguió nuestro Alonso del Arco en casa de Pereda aprendiendo el arte de la pintura, en que aprovechó más que medianamente y llegó a hacer cosas muy buenas, y especialmente retratos los hizo muy excelentes y parecidos. Bien lo acreditan los que tiene de su mano de los Reverendísimos Generales de San Juan de Dios, Orden de Hospitalidad, en el salón del Convento de esta Corte, llamado de Antón Martín (que fué su fundador), donde los hay muy parecidos y muy gentilmente pintados. No lo son menos otros, que tiene en la Merced Calzada de esta Corte, y otro de la señora fundadora de las Mercenarias, del título del Santo Rey Don Fernando, también muy parecidos y bien pintados, junto con otros cuadros de historia en una y otra parte, hechos con muy buen gusto, porque su manera de pintar era de muy grato colorido, aunque en el dibujo no muy especulada, especialmente en la mayor edad.

Bien se califica en los cuadros que tiene en el claustro de los Trinitarios Descalzos de esta Corte, que son de la Concepción y Asunción de Nuestra Señora, hechos en su mocedad con superior gusto en el colorido y muy especulados en el dibujo, y todo de

su invención. Que aunque se hallan muchos cuadros suyos tomados o hechos por estampas, es porque los discípulos los hacían por ellas, y él los retocaba o los acababa.

Son de su mano todas las pinturas que están en el retablo, lunetos y pechinas de la capilla de Nuestra Señora de la Novena, que es de los comediantes de esta Corte, sita en la Parroquial de San Sebastián, y es de lo más adelantado que hizo. Como también otro cuadro de San Juan Bautista, que está en la misma iglesia, con un retrato de un clérigo con su sobrepelliz, harto bien hecho.

También es de su mano la pintura de una Santa Teresa, que está en la capilla del Santo Christo de San Salvador, hecha con muy excelente gusto. Como también otra del Patriarca San José, que está en la Ermita del Angel (extramuros de esta Corte), en el colateral del Evangelio. Es de su mano también el cuadro de la Presentación de Nuestra Señora, que está en el altar mayor de las Niñas de Leganés. También tiene muchas pinturas de su mano en el Real Monasterio de San Jerónimo, de esta Corte. Y en el Convento que diximos de Antón Martín, en el Hospital General, en el Convento de Nuestro Padre San Francisco el Buen Pastor del Sagrario, y otros cuadros en la capilla de los Luxanes, pero sobre todo las dos historietas que tiene en la capilla de San Isidro *, detrás del Tabernáculo, que la una es de los celos de San Isidro y la otra del Nacimiento de la Virgen, y a los lados de ésta San Joaquín y Santa Ana, que son de lo mejor que he visto suyo. Como también el cuadro de San Joaquín con su Hija Santísima, que está enfrente de la puerta principal en la iglesia de San Bernardo de esta Corte.

Tiene también algunos lienzos en el Convento de los Capuchinos del Prado, pero muchos más en los del Pardo, en la capilla del Santo Christo. Y finalmente pintó tanto, que apenas hay iglesia o casa en esta Corte donde no haya algo suyo, y asimesmo en los lugares del contorno, hasta en la ciudad de Toledo, donde he visto muchas cosas suyas. Pintó también al temple con excelencia, como lo manifestó en las entradas de Reina, funerales y canonizaciones que se ofrecieron en su tiempo. Pero llegó en la mayor edad a estragarse de suerte en el pintar, que era una mala vergüenza, porque además de lo decrepito de la edad, la miseria de los tiempos, viendo lo poco que lo pagaban (como estaba ense-

* Sic ¿por de San José?

ñado a mejor fortuna), lo aligeraba mucho, en que especialmente su mujer tenía gran parte, porque llegando a ajuste de cualquiera obra, viendo ella que no se convenían en el precio, se convenía ella con el dueño de la obra, y a su marido (como era tan sordo) le decía que sí, que ya estaba convenido en el precio que él quería, porque no se fuese el pecador sin absolución, a causa de las muchas obligaciones y necesidad que tenían, y así ella luego lo mandaba bosquejar a los discípulos por estampas, y él lo acababa o retocaba, y si en esto se detenía mucho, ella le decía que bueno estaba, que despachase, y si él replicaba que no, porque le daban tanto por aquella pintura, entonces ella le decía la verdad, y con eso aligeraba, porque la mujer era la que recibía y manejaba el dinero, y porque éste no faltase para la manutención de sus obligaciones, se ajustaba con el tiempo, y así acudían todos al baratillo. Ultimamente murió por los años de mil y setecientos, y a los setenta y cinco de su edad, y vino su casa a tan suma pobreza, que el Marqués de Santiago, viendo la necesidad, y que Alonso del Arco le había servido en muchas pinturas (especialmente en las del oratorio, que es pieza excelente), movido de su gran caridad, entró Religiosas a su costa dos hijas que le quedaron y a la viuda también la ayudó mucho.

CXCVI.—*ELOGIO DE FRAY EUGENIO GUTIERREZ*
de Torices

Fray Eugenio Gutiérrez de Torices, Religioso del Real y Militar Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, podemos decir que fué ¡pintor de escultura y escultor de pintura! Porque habiéndose dedicado su peregrino ingenio a imitar con la cera las obras de naturaleza, llegó a ejecutarlo en grado tan sublime, que pintando con las ceras lo abultado y abultando con buril lo colorido, dexaba en dudosa cuestión lo imitado con lo verdadero. Y así fué el mayor (a lo menos en este asunto) que se conoció en su tiempo, de cuya loable habilidad tuvo muchos discípulos, pero ninguno que le igualase, quedando él siempre único en el concepto de los primeros hombres de una y otra facultad. Por lo cual Colona y Mitelli (celebrados ingenios italianos en la pintura, de quienes hicimos mención en la vida de Velázquez), viendo obras suyas, decían: *Che quello era un miracolo della natura.*

Bien lo acredita hoy en esta Corte un escritorio, que cada gaveta tiene un caxón, en que se representa un país con diversas ideas, ¡cosa en extremo peregrina!, que está en poder de Don Juan Gutiérrez de Torices, su sobrino, hijo legítimo de Don Juan Gutiérrez de Torices, criado mayor que fué del excelentísimo señor Conde de Santisteban. Y a este tenor hizo otras muchas obras, de las cuales hay una en el Escorial del glorioso Doctor San Jerónimo, que se guarda y se enseña como joya peregrina. Y algunas están colocadas en los mejores gabinetes de los mayores príncipes de Europa, sin otras muchas que logramos en esta Corte. Y en Truxillo, el Señor Don Francisco de Mendoza, Marqués de San Miguel, conserva unos caxones de mano de Fray Eugenio ¡como unas joyas preciosísimas!

Fué Sacerdote y muy religioso, exemplar y observante, y murió de ochenta años de edad en este Convento de Mercenarios Calzados de esta Villa de Madrid, en donde fué Maestro de Ceremonias y eminente en la inteligencia de este importante y sagrado ministerio, y fué cerca del año de mil y setecientos.

CXCVII.—PEDRO ROLDAN, ESCULTOR

Pedro Roldán, natural y vecino de la ciudad de Sevilla * y de muy ilustre familia; fué eminente escultor, pintor y arquitecto, y el primero que hizo las cabezas de los niños con graciosa compostura de pelo, porque antes las hacían todas con tres moñitos, uno arriba y dos a los lados, y asimesmo en todo lo demás fué superior su habilidad, como lo acredita el San José de su mano con el Niño Jesús en los brazos, que está en la capilla de su nombre en aquella Santa Iglesia, con extremada gracia y donaire. Fueron también de su mano las célebres estatuas del Triunfo del Santo Rey Don Fernando, que erigió aquella gran metrópoli en celebridad de su canonización el año de 1671.

Y entre otras obras públicas que este singular artífice tiene en aquella ciudad, son muy señaladas la Historia del Descendimiento de la Cruz, que está en la capilla de los Vizcaínos. Y la del entierro de Christo (además de otras cosas) en el retablo de la

* Nació en Antequera hacia 1624; Gallego Burin: *Tres familias de escultores*. ARCHIVO, 1925.

iglesia de la Caridad, de figuras aún mayores que el natural. Y no las realza poco el haberlas encarnado y colorido el eminente pincel de Don Juan de Valdés, de quien ya hicimos mención. También es de su mano una imagen de la Concepción Purísima, que está en Córdoba, en la iglesia de los Trinitarios Descalzos, ¡cosa peregrina!, que la hizo en oposición de la de Mena, que está en la capilla del Ilustrísimo Señor Don Fray Alonso Salizanes, en aquella Santa Iglesia, donde también hizo la arquitectura de un retablo. Y en las Becas (Colegio de la Compañía en Sevilla) hizo la traza para el templo y la escultura de piedra, y la figura de la Concepción que está en la portada.

En la Cartuja de dicha ciudad hizo el sagrario y las historias que le adornan. En el Convento de San Pablo (Orden de Predicadores), el Santo Apóstol, que está en la portada, mayor que el natural. Y en la puerta de adentro, el Santo Domingo de piedra, y de la misma materia los Santos Doctores, que están dentro de la iglesia, y unas historias en las pechinas. Y en la capilla de la entrada hizo también la sagrada imagen de María Santísima de los Dolores, que llaman Nuestra Señora de la Antigua, que es la devoción de toda Sevilla. En Santa María la Blanca hizo una capilla de talla de yesería, con historias de medio relieve, ¡cosa excelente! Y otra en Regina por diferente camino.

En Jaén hizo en la Catedral unas historias de piedra de la vida de Christo Señor Nuestro el año de 1675, y también los Doctores y Evangelistas de piedra, y el de 1694 hizo la estatua de el Santo Rey, que está en la fachada de dicha iglesia.

Fué finalmente nuestro Roldán muy timorato, especulativo y solitario y muy sufrido en los agravios. Estuvo casado con una señora muy principal, llamada Doña Teresa de Mena y Villavicencio, de cuyo matrimonio tuvo (entre otros) un hijo de su mismo nombre, muy su heredero en la virtud y habilidad, y una hija, que fué Doña Luisa Roldán, de quien haremos mención. Murió el dicho su padre, y en dicha ciudad de Sevilla, el año de mil setecientos, y a los 76 de su edad, no sólo con créditos de eminente artífice, sino de venerable varón, por su eximia virtud y buen exemplo.

CXCVIII.—DON PEDRO NUÑEZ DE VILLAVICENCIO,
pintor

Don Pedro Núñez de Villavicencio fué natural de la ciudad de Sevilla * y de ilustre familia de los Villavicencios, tan conocida como numerosa en estos reinos, por cuya causa el Señor Carlos Segundo decía que los Villavicencios no eran linaje, sino nación. Fué Caballero Gran Cruz de la Religión de San Juan jerosolimitano, y tan inclinado a la pintura, que después de haber tenido algunos principios en Sevilla, se aplicó en Malta a la escuela del Caballero Matías (por otro nombre el Cabalier Calabrés), que fué de la misma Orden y eminente pintor, y aprovechó tanto en el arte nuestro Don Pedro, que en especial las cosas que copiaba de su maestro no se distinguían de los originales. De esta clase vi yo una Santa María Magdalena de su mano; que verdaderamente la tuve por del Caballero Matías.

Hizo también muchos cuadros de su invención, siguiendo el estilo de Murillo en algunos juguetes de chulillos desharrapados, hechos por el natural, de los cuales yo vi uno, executado con extremada gracia y propiedad, el cual lo presentó a el Señor Carlos Segundo, y está en el Palacio de la Zarzuela, y es un paseo como el de el arenal de Sevilla, con un aguador y otras casualidades de aquel célebre sitio, ¡hecho con extremado primor! ** Otra diferente presentó a el Señor Conde de Monte-Rey Don Domingo de Haro y Guzmán, grande aficionado y protector de estas Artes.

Y, sobre todo, hizo nuestro Don Pedro retratos con superior excelencia, así en lo parecido como en la gran fuerza de lo pintado, siguiendo aquella grande escuela de su maestro, que era la del Guarchino, como lo manifiesta el célebre retrato que hizo del ilustríssimo Señor Don Ambrosio Ignacio Spínola y Guzmán, que anda en estampa, y en extremo parecido. Continuó siempre Don Pedro el servicio del Rey y en decorosos empleos de su religión, en que murió por los años de mil setecientos, y a más de los sesenta de su edad. Tiénese entendido que fué en Sevilla, su patria.

* Bautizado en San Bartolomé el 9 de junio de 1644; murió en 1700.

** Núm. 1235 del Museo del Prado.

CXCIX.—LICENCIADO DON FRANCISCO OCHOA Y ANTO-
línz, pintor

El Licenciado Don Francisco Ochoa de Meruelo y Antolínz (hermano de Don José Antolínz y natural de la ciudad de Sevilla), fué Abogado de profesión, pero tan aficionado a la pintura, que se aplicó a ella tanto en dicha ciudad en la escuela de Murillo, que solamente en los ratos ociosos de su estudio de las Leyes se adelantó de suerte en ella, que viendo yo en esta Corte una lámina de su mano, de cosa de una tercia, de Nuestra Señora con su Hijo Santísimo Niño, como cuando estuvo Su Majestad en Egipto asistiendo algunas piadosas mujeres a lavar y tender la ropa del Niño Dios, la tuve por de Murillo, y la tasé en cien pesos, ¡cosa cierto extremada! Y habiendo venido a esta Corte a diferentes pretensiones (como con efecto fué Alcalde Mayor en varias partes), se ayudaba de la pintura en estos vacíos, y pintaba algunas historiejas de la vida de Christo y de la Virgen, y también de la historia de Abraham, Isac y Jacob en paisitos de muy buen gusto, y en la que se quería detener era superior cosa, y los ponía a vender en Palacio y otros sitios públicos y los despachaba muy bien, porque parecían excelentemente, y así hacía varios juegos de a seis, de a ocho u doce historiejas de a vara o tres cuartas, y al instante las despachaba, y con esto se mantuvo lo más de su vida, sin sacar la cara a decir cuyas eran, por no perjudicar a su empleo, de que sólo tenía el nombre, porque era de genio tan atronado, que si iba a algún lugar con algún empleo de justicia, a pocos lances salía a palos o a uña de caballo, porque tenía fuertes cascos, y luego vuelta a pretender y a pintar, y cierto que, tratado, era hombre de linda conversación, muy noticioso y erudito y de tan feliz memoria, que a cada cosa sacaba un texto, y no sólo de Leyes, sino autoridades de humanistas y de todas buenas letras; pero, por otra parte, era hombre de tecla, extravagante y maniático.

También hacía retraticos pequeños con excelencia, de los cuales yo vi uno de una hija suya que podía competir con todo lo mejor de esta línea; enviudó, y con ánimo de ordenarse de Sacerdote, vistió el hábito clerical; pero por sus extravagancias no llegó el caso. Y, en fin, con esto y con la manía de *Soy letrado*, y no

pintor, le dió el mal de la muerte a los cincuenta y seis años de su edad, cerca del año de 1700, viviendo en el barrio de Lavapiés, y se enterró en la Parroquial de San Millán.

CC.—*PEDRO ALONSO DE LOS RÍOS, ESCULTOR*

Pedro Alonso de los Ríos, natural de la ciudad de Valladolid, donde tuvo sus principios en la escuela de su padre (llamado Francisco Alonso, y muy gentil escultor), fué vecino de esta Corte y escultor de gran crédito, como lo testifican sus obras, dignas del mayor aplauso. De su eminente mano es aquella soberana imagen de la Concepción Purísima, que está en la capilla de los Confiteros, en la Parroquial de Santa Cruz, de esta Corte, que es el esplendor de aquel sagrado templo. También lo es la célebre estatua de San Benito, que está en la capilla mayor de San Martín, y la de Santa Gertrudis la Magna (dilectísima esposa de Christo), que está en la capilla de su nombre en dicha iglesia, como también la de Santo Domingo de Silos y la imagen de Nuestra Señora de Balbanera, que está allí en su capilla particular. También es de su mano la eminente estatua de San Juan de Sahagún, que está en San Felipe el Real de esta Corte, en su capilla. Y la de Christo Señor Nuestro Crucificado (que llaman de la Buena Muerte), que está en el atrio o pórtico del Convento de Nuestro Padre San Francisco, de esta Corte. Y la célebre estatua del glorioso Patriarca San Bruno, que está en el retablo de la Sala de Capítulo de la Real Cartuja del Paular, se dice también ser suya, sin otras muchas estatuas que hizo para fuera de Madrid y casas particulares. Murió en esta Corte de poco más de cincuenta años de edad, por el de 1700.

CCI.—*FRANCISCO GUIRRO, PINTOR CATALAN*

Francisco Guirro, natural de la ciudad de Barcelona, fué muy excelente pintor, como lo acredita el gran cuadro que hizo de Santa Mónica, viuda, que está colocado en el altar mayor del Convento de Recoletos Agustinos, advocación de dicha Santa. Del cual no se ha podido adquirir más noticia de su muerte, sino que fué, con poca diferencia, a los setenta de su edad, por los años de 1700.

CCII.—*MATEO GILARTE, PINTOR*

Fué Gilarte natural de la ciudad de Valencia, donde aprendió con grandes ventajas el arte de la Pintura en la escuela de los Ribaltas, y después de haber cursado las Academias de aquella tierra, pasó a la ciudad de Murcia, donde hizo demostración de su habilidad, con gran fundamento en el dibujo y buen gusto en el colorido, así al olio como al fresco. Pintó la iglesia de Nuestra Señora del Rosario al fresco, a expensas de la ilustre Cofradía de Caballeros de aquella ciudad, donde executó cuatro historias con singular acierto: la una de la Reina Esther, desmayada delante del Rey Asuero. La otra del glorioso Patriarca Santo Domingo cogiendo rosas en compañía de otros religiosos. La tercera es la lucha de Jacob con el Angel. Y el cuarto el Misterio de la zarza, que ardía sin consumirse. Y por premio de sus tareas le honraron aquellos Caballeros haciéndole Mayordomo, siéndolo al mismo tiempo el ilustre Caballero Don Payo Afán de Ribera y otros principales comisarios de la obra, y en elogio de sus aciertos se le escribió un certamen, que se dió a la estampa.

En el refectorio de dicha casa hay otro gran cuadro suyo, apaisado, de aquel célebre caso, en que habiendo faltado pan en un Convento del glorioso Patriarca Santo Domingo, los Angeles milagrosamente lo traxeron, y está el refectorio hecho con admirable perspectiva, con la Comunidad y los Angeles sirviendo con unas cestas de pan. En la dicha capilla, junto a la reja de la iglesia del Convento, está un gran lienzo de la Batalla de Lepanto, en que echó el resto de su habilidad, y se dice que para hacer esta obra tan magnífica se ayudó del célebre batallista Capitán de Caballos Juan de Toledo, que asistió mucho tiempo en aquella ciudad, siendo parciales e íntimos amigos, de suerte que no se desdeñaba el uno de que sus obras las tuviesen por del otro, prueba de su recíproca confianza. Y por eso, habiendo hecho Toledo el lienzo principal de la Asumpción de Nuestra Señora, de la Congregación de Caballeros Seculares, en el Colegio de San Esteban, de la Compañía de Jesús de dicha ciudad (que sólo en él pudiera conocerse lo ingenioso de su autor), pintó Gilarte la vida de Nuestra Señora en la misma Congregación, en diferentes lienzos. Hizo también otras muchas obras públicas, y entre ellas no son de omi-

tir el lienzo de la Concepción, que está en un testero del claustro de la Trinidad, y el de los Sueños de San José, frente del tras-coro de la Santa Iglesia. Y por omitir prolijidad, sólo aseguro que no fueron menos célebres sus obras particulares que las públicas. Murió cerca de los años de 1700 *, en lo florido de su edad, que apenas tenía cincuenta y tres años. Quedó una hija suya, llamada Doña Magdalena Gilarte, que parece le heredó a su padre la habilidad y el ingenio.

CCIII.—*BARTOLOME VICENTE, PINTOR DE ZARAGOZA*

Fué Bartolomé Vicente natural de uno de los lugares de la comarca de Zaragoza; estudió el arte de la Pintura en esta Corte, en la escuela de Carreño, y tuvo forma de pasar a el Escorial a copiar muchas de aquellas célebres pinturas, en que gastó siete años; después de los cuales volvió muy aprovechado, y pasó a Zaragoza, donde hizo muchas y excelentes obras, y especialmente un gran cuadro de su estudio para el teatro de aquella Universidad, cuyo asunto es la cárcel de San Pedro, cuando le libertó el Angel, donde se conoce su caprichoso concepto y hermoso colorido, imitando la manera del Basán; fué muy dado a la matemática, de que daba lección a muchos discípulos.

Hizo también países con excelencia, y pintó al fresco muy bien, como se ve en la media naranja y pechinas de la Virgen de los Remedios, en el Convento de Agustinos Descalzos de dicha ciudad. Murió en ella ya de setenta años de edad, por el de 1700.

CCIV.—*DON FRANCISCO DE VERA CABEZA DE VACA*

Don Francisco de Vera Cabeza de Vaca, natural de la ciudad de Calatayud, en el reino de Aragón, fué persona de tan conocida calidad, que llegó a ser paje del Señor Don Juan de Austria, estando Su Alteza en aquella ciudad de Zaragoza. Y con el motivo de la grande afición que el Señor Don Juan tenía a la facultad de la pintura, tuvo Don Francisco la ocasión franca para lograr su natural propensión a esta arte, en que habiendo aprovechado mucho con las instrucciones de Su Alteza (que aseguran

* Hacia 1690.

fué su principal maestro), llegando el caso de venirse el Señor Don Juan a Madrid, obtuvo licencia Don Francisco para retirarse a su tierra, por gozar de su apetecida quietud, a que le inclinaba su bien templado genio, y allí se mantuvo de su hacienda patrimonial con grande exemplo y decencia, ocupando los ratos ociosos en el virtuoso deleite de la pintura, ya para el ornato de su casa en algunas cosas de gusto, ya para iglesias pobres, y ya para regalar a algunos amigos, especialmente con retratos, que los hizo con excelencia.

De esta suerte pasaba su vida con créditos de eximia virtud, y entre otras cosas que publican de sus loables costumbres y repetidos favores que recibió del Cielo, es fama en aquella tierra que se le apareció María Santísima Señora Nuestra para que la retratase en un gran cuadro que hizo de la Familia Sacra, que hoy se venera en la Sala Capitular de los Canónigos de Santa María la Mayor de aquella ciudad de Calatayud. Y también aseguran que todos los días, antes de pintar, confesaba y comulgaba con singular devoción y exemplo. Murió en dicha ciudad cerca de los años de 1700, a los sesenta y tres de su edad, dexando inmortalizada su fama, aun más que con los rasgos de su pincel, con los esplendores de su virtud.

CCV.—*DE OTROS PINTORES CELEBRES DE LA CIUDAD de Zaragoza*

En la ínclita ciudad de Zaragoza ha habido otros pintores, que aunque su habilidad no ha sido general, la han tenido muy particular en algunas cosas: como en retratos Asensio; en flores, Polo; en países, Pertus; en batallas, Rabiella, y en arquitectura y ornatos Francisco Plano, que aseguran no le hacían ventaja los célebres boloneses Colona y Miteli. Todos los cuales florecieron y acabaron en el reinado del Señor Carlos Segundo, y por los dichos nombres son allí conocidos.

CCVI.—*GREGORIO DE MESA, ESCULTOR*

Gregorio de Mesa, natural de la ciudad de Calatayud, en el reino de Aragón, y vecino de la ciudad de Zaragoza, fué excelente escultor, y aunque no tuviéramos noticia de obra señalada suya,

bastaba para su abono el haberlo celebrado por escultor famoso Don Claudio Coello (pintor de Cámara del Señor Carlos Segundo) cuando vino de Zaragoza de pintar aquella eminente obra del Colegio de la Mantería. Estudió dicho artífice en las Academias de Tolosa de Francia, en que aprovechó tanto, que hizo célebres estatuas y de crecido tamaño y premio, como son el San Miguel de los Navarros de estuco en Zaragoza, mayor que el natural, y otras dos de San Bruno, ¡cosa eminente!, para la Santa Cartuja de *Aula Dei*. Murió en dicha ciudad de poco más de sesenta años, por el de 1701.

CCVII.—*MIGUEL DE RUBIALES, ESCULTOR*

Miguel de Rubiales, natural y vecino de esta villa de Madrid, fué escultor excelente, como discípulo del gran Pedro Alonso, cuya escuela y vecindad siempre observó, siendo muy estudioso y especulativo en sus obras, como lo manifiesta aquel célebre paso del Descendimiento de la Cruz, que se saca la Semana Santa, y está en el Colegio de Santo Tomás, de esta Corte, en la capilla de Nuestra Señora del Rosario. Y también es de su mano el paso de Santa Elena, que está en la iglesia del Carmen Calzado. Y la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, que se venera en capilla particular en la iglesia del Convento de la Merced Calzada. Murió de sesenta años de edad, con poca diferencia, por el de 1702, y se enterró en la Iglesia Parroquial de San Millán de esta Corte.

CCVIII.—*DON ISIDORO ARREDONDO, PINTOR*
de Su Majestad

Don Isidoro Arredondo, natural de la villa de Colmenar de Oreja, nació por el año de 1653, y habiendo reconocido sus padres en él grande inclinación a el arte de la Pintura, lo enviaron a Madrid, a la escuela de Don José García (hombre de raro y extravagante humor), y habiendo estado allí algunos meses, lo traspararon sus padres a la escuela de Don Francisco Rici, donde aprovechó tanto, que en pocos años (habiéndose empleado con su maestro en algunas obras del servicio de Su Majestad) la primera noticia que tuvimos de que tal pintor había en el mundo fué ha-

berle hecho merced de su pintor el Señor Carlos Segundo, y con el goce y gajes desde luego. A esto se siguió el casarle su maestro con una doncella que había criado en su casa desde niña, llamada Doña María Veguilas, mujer de singular virtud y habilidad en todo lo casero y de un natural angélico, y no lo siendo menos el de Don Isidoro, vivían con una paz celestial.

Murió Rici y dejóle a Don Isidoro por heredero de todo el expolio y estudio de la pintura, que era muy cuantioso, pues sólo de borroncillos, dibujos y trazas de Rici no tenían número ni precio. Mucho le importó a Isidoro esta herencia, pues ayudado de este caudal, no se le ofrecía obra en que no encontrase diseño, traza o dibujo de su maestro para su desempeño. Y así hizo muchas obras públicas y particulares, especialmente un gran cuadro de la Encarnación para fuera de Madrid, de veinte y un pies de alto, grandemente historiado, así con el acompañamiento de Gloria correspondiente, como en el de las Sibilas y Profetas (en la parte inferior), que en algún modo anunciaron la Encarnación del Verbo y venida del Mesías.

También hizo dos cuadros grandes para los colaterales de la iglesia del Convento de Nuestra Señora de Constantinopla, en esta Corte. El uno de San Luis Obispo y el otro de Santa Clara, cuando con el Santísimo en sus manos ahuyentó los bárbaros que intentaban asaltar el Convento. Y también es suyo el San Francisco de Asís, que está en el Sagrario del altar mayor. Son también de su mano otros dos cuadros que hizo de la vida de San Eloy, para los costados de la capilla mayor de la Parroquial de San Salvador, de esta Corte.

Pintó también en Palacio un gabinetillo de los del cuarto de la Reina, y en la galería del Cierzo dos historias de la fábula de Siquis y Cupido (que allí se executó), y fué la una cuando su padre y hermanas la fueron a visitar en su Palacio, y la otra cuando Siquis, curiosa, quiso examinar con la luz el amante que la festejaba, estando dormido, y despertó, cayéndole una pavesa de la luz, de que se siguió su ruina y desamparo.

Pintó también mucho Arredondo en los teatros de las comedias al temple y en otras obras de entradas de Reina y exequias de personas reales. También pintó al fresco, especialmente en el Retiro, ayudando a sus compañeros en el ornato de la cámara y cuarto de la Reina y frontis del despacho del Rey, para la venida.

de la Serenísima Reina Doña María-Ana de Neoburg, segunda esposa del Señor Carlos Segundo.

Fué muy querido del Rey nuestro Isidoro, no sólo por su habilidad, sino por su mucha bondad, honrado y apacible genio, y así tuvo el goce completo de su plaza, desde luego, y logró algunas ayudas de costa muy considerables por el real bolsillo de gastos secretos. Pero desde el año de 700 comenzó a adolecer de unos flatos que le molestaban mucho, y después de varios remedios, se le subieron a la cabeza, y especialmente a un oído, donde era tal el tormento que padecía, que apuradas ya las medicinas, le mandaron sangrar; executóse así, y en la misma sangría expiró. Fué este fatal suceso por el mes de marzo de mil setecientos y dos, a los cuarenta y ocho años de su edad, con gran quebranto de sus compañeros y amigos y de todos los que le conocían, por su amable, modesto y apacible trato, además de su grande habilidad.

CCIX.—MOSEN VICENTE BRU, PINTOR

Mosén Vicente Bru fué natural de la ínclita ciudad de Valencia, y desde sus tiernos años inclinado a las Letras, en que aprovechó con tal felicidad, que en todas era el más adelantado de su curso; pues de 18 años había ya concluído el de la Sagrada Teología, con admiración de toda aquella insigne Universidad, de suerte que los Padres Dominicos (en cuya escuela estudió) solicitaban con grandes ansias que tomase el hábito de su Orden, y en medio de esto fué tal su afición a la pintura, que a los 15 años comenzó a dibujar por su gusto en casa de Conchillos, y en breve tiempo aprovechó de suerte que se dejaba atrás a los muy adelantados. Y al mismo tiempo aprendió la solfa, tocar harpa y vihuela con tal felicidad, ¡que verdaderamente parecía un monstruo de ingenio! Llegó, pues, a adelantarse de suerte en la pintura, que fué uno de los sujetos elegidos para las pinturas de los retablos del cuerpo de la iglesia de San Juan del Mercado de aquella ciudad, donde executó tres, que son: la de Todos los Santos, la del Jordán y la de San Francisco de Paula, que verdaderamente acreditan lo elevado de su ingenio; de suerte que parece que, próvida la naturaleza, recopiló en breve tiempo lo que había de conferirle en muchos años, previniendo lo poco que había de vivir, pues murió a los veinte y uno de su edad, en

22 de Febrero de 1703 (sin obtener Ordenes mayores, más que la de Epístola), con gran quebranto de toda aquella ciudad, que admiraba no sólo este portento, sino el de su exemplar vida y dichosa muerte. Y si hubiera vivido, no hay duda que llegara a ser uno de los más lucidos ingenios de aquel reino en el arte de la Pintura, pues dexando en breves días los pocos rudimentos que tomó en casa de Conchillos, no tuvo más maestro que el ver las obras de los otros (y especialmente del que fué a pintar la iglesia de San Juan del Mercado), y su propio estudio y especulación, estimulado de un ingenio altamente dotado del Cielo. Después de su muerte compró un francés (aficionado a la pintura) sus dibujos por mucho precio y estimación.

CCX.—DON VICENTE DE BENAVIDES, PINTOR

Don Vicente de Benavides, natural del Africa, en el presidio de Orán, nació estando allí su padre ocupado en servicio del Rey, y continuándole, pasó a España y a esta Corte con su hijo, donde éste aprendió el arte de la Pintura en la escuela de Don Francisco Rici. Son de su mano las efigies que están debaxo de los portales de Santa Cruz, hacia la Zapatería de Viejo y hacia la callejuela de la Sal. Y aunque en lo que toca a las figuras no tuvo gran gusto, en la arquitectura y adornos fué eminente, y así lo practicó casi toda su vida en la manipulación de los teatros y mutaciones de las comedias que continuamente se executaban en el Retiro, para el servicio y diversión de Sus Majestades, haciendo el dicho Don Vicente muy ingeniosas trazas para este efecto y executándolas con singularísimo acierto, por el gran manejo que llegó a adquirir en el temple y superior inteligencia en la perspectiva, en cuya atención Su Majestad le hizo despachar título de su pintor *ad honorem*.

No tuvo menos inteligencia en el pintar al fresco, como se ve en diferentes obras que se le ofrecieron dentro y fuera de Madrid, y en especial la capilla del Santísimo Christo del Amparo, con su transparente, que está en la iglesia de la Victoria, en esta Corte, junto a la puerta del costado. Y sobre todo la fachada que hoy se ve de las casas de los Señores Marqueses de los Balbases, la cual executó al fresco en compañía de Dionis Mantuano, con grande acierto. También pintó la ermita de Nuestra Señora

de los Angeles, que está en un cerro junto a Getafe. Era hombre rígido y fuerte de condición, como verdaderamente africano, y aunque de muchos años atrás se había dexado ya la moda del bigote levantado, él nunca se lo quitó, y así parecía hombre de aspecto formidable, a que no desayudaba lo personal, por ser corpulento y de muy buena estatura, aunque de un pie claudicaba un poco. Murió en esta Corte por los años de 1703 y a los sesenta y seis de su edad, viviendo en la calle de los Ministriles, y enteróse en la Parroquial de San Sebastián.

Sucedióle una cosa graciosa con Don Juan de Laredo (además de otras muchas), y fué que hallándose Benavides tan prendado de una mujer, que no había forma de sacarle de aquel mal estado por diferentes medios que se habían discurrido. Un día, estando durmiendo la siesta en el Buen Retiro (en tiempo de las comedias del Coliseo), tuvo forma Laredo de meter una caña horadada por el resquicio de la puerta del aposento, y por el otro extremo le decía con voz muy dolorosa: *Vicente, Vicente, mira por tu alma y dexa la comunicación de esa mujer, que te trae distraído, porque si no, serán muy pocos tus días.* Levantóse despavorido Benavides, y como la voz sonaba como si estuviera dentro del aposento quien la pronunciaba, abrió la ventana, examinólo todo, y no hallando a nadie, salió afuera muy asustado; encontró con Laredo, el cual le preguntó qué traía. Contóle Benavides el caso, todo sobresaltado, y Laredo, hallando la suya, le apretó la mano de suerte que se logró el intento de sacarle de aquel mal estado.

CCXI.—DOÑA LUISA ROLDÁN, EMINENTE ESCULTORA

Doña Luisa Roldán, natural de la ciudad de Sevilla *, fué hija y discípula de Pedro Roldán, escultor eminente; no lo fué menos su hija, pues habiendo hecho en Sevilla excelentes obras, ya casada con Don Luis de los Arcos y con dos hijos, se vino a esta Corte, donde apadrinada de Don Cristóbal Ontañón (Caballero del Orden de Santiago, Ayuda de Cámara del Señor Carlos Segundo y gran protector de estas artes), tuvo la fortuna de servir a Su Majestad en diferentes cosas de escultura, y especialmente

* Nació en 1656.

en un San Miguel del tamaño del natural que hizo para el Real Monasterio de San Lorenzo.

Tuvo singular gracia para modelar de barro en pequeño, de que hizo cosas admirables, que yo he visto en esta Corte en diferentes urnas, como de la Virgen con su Hijo Precioso, de Santa Teresa, San Pedro de Alcántara, San Juan de Dios, con un pobre acuestas, y un Angel que le ayuda, y otros semejantes. Pero, sobre todo, dejó hecha una imagen de Jesús Nazareno, del tamaño del natural, de tan extremada belleza y afecto compasivo al mismo tiempo, ¡que fué el pasmo y la admiración de toda la Corte! Hízola de orden del Señor Carlos Segundo (a lo que tengo entendido) para el Real Convento de San Diego, de Alcalá de Henares, y por muerte de Su Majestad (que sea en gloria) se quedó en poder de Doña Luisa. Y después de haber sido pretendido este Divino Simulacro de diferentes personas y Comunidades, fué últimamente colocado en la villa de Sisante, en la Mancha, junto a San Clemente, y en un Convento de Religiosas Descalzas, con el título de Jesús Nazareno, donde tiene su merecido lugar, por la gran veneración con que es frecuentado de los fieles y obsequiado de aquella religiosa Comunidad.

Yo fuí a visitar esta sagrada imagen antes que se la llevaran de esta Corte, cuando estaba en poder del dicho Don Luis de los Arcos, ya viudo, y la tenía en su sala sobre un bufete y cubierta con una cortina; descubrióla, y fué tal el estupor que me causó al verla, que me pareció irreverencia no mirarla de rodillas, porque verdaderamente se me representaba ser su mismo original. Y después de haberle estado admirando y examinando gran rato, nos fuimos a sentar, y volviendo a mirarle, le dije a el Don Luis que si no volvía a cubrir a Su Majestad no me sentaría. Tanto era el respeto y la reverencia que causa, ¡que aseguro me faltan palabras para significarlo!, pues no sólo la expresión que he dicho de la cabeza, sino las manos y los pies estaban tan divinamente executados y con algunas gotas de sangre que corrían, que todo parecía el mismo natural.

A este soberano portento acompañó otra efigie de su Madre Santísima Dolorosa, no menos admirable, cuya descripción omito; ¡con decir que era de la misma mano y nada inferior, por su camino, a la antecedente!, y así fué (como lo hizo en vida) acompañando a su Hijo Santísimo al dicho lugar.

Murió esta eminente escultora, dejando inmortal su nombre, por los años de 1704, en esta Corte, y apenas a los cincuenta de su edad. Yo la conocí y visité muchas veces, y era su modestia, suma, su habilidad superior y su virtud extremada. Y aseguran que cuando hacía imágenes de Christo o de su Madre Santísima, demás de prepararse con cristianas diligencias, se revestía tanto de aquel afecto compasivo, que no las podía executar sin lágrimas.

CCXII.—*EL INSIGNE LUCAS JORDAN, PINTOR DEL REY*

Lucas Jordán nació en Nápoles por los años de 1628 * (aunque oriundo de España, en el reino de Jaén, de la provincia de Andalucía, donde hay familias muy ilustres de este apellido, por ser uno de los que están colocados en los trecientos escudos del arco célebre de Baeza). Su padre fué pintor de obrador público, por lo cual se aplicó en tan tiernos años, que delante de mí le dixo al Señor Carlos Segundo: que de la misma suerte que a los niños les ponen a aprender la cartilla, al mismo tiempo a él le pusieron a dibujar, y de suerte se hizo en él naturaleza la pintura, que a los siete años, dixo, hacía ya cosas, que por ser de un muchacho de aquella edad eran muy celebradas, y con esta ocasión y la de atenderse sólo en su casa a pintar, como de feria, adquirió tal manejo, que se dexaba atrás a los más prácticos, y el padre le decía muy de ordinario, dándole prisa: *Luca fa presto*, y por este nombre era en italiano más conocido que por el suyo propio.

Aplicóse después a la escuela de José de Ribera *el Españolito*, y se arrimó tanto a su manera, que hacía cosas de su propia invención que parecían originales de su maestro, como lo manifestó en el discurso de su vida en varios cuadros que hizo, imitándole, que dexa dudoso el juicio más perspicaz, y que a la primera vista hacen titubear al más inteligente.

Después pasó a Roma, donde estudió y dibujó todas las obras y estatuas de los antiguos, copiando muchos originales de los primeros hombres con extremada atención y diligencia, que haciéndose dueño de la manera de cada uno, llegó a imitar de suerte a todos, que cada día nos engañan sus pinturas: imitando ya a Rafael, ya a Ticiano, a Tintoreto, a Corezo y a cualquiera otro de

* Nació en 1632.

los más eminentes, de suerte que es menester gran perspicacia para distinguirlas.

Aplicóse también en este tiempo a la escuela de Pedro de Cortona, y le asistió en las célebres obras que pintó al fresco en Roma, adquiriendo en esta especie de pintura tan superior manejo, que llegó a lo sumo de lo que en esta materia se puede conseguir, así en la belleza como en la celeridad de el obrar, que era tanta, que lo que él hacía en un día no lo haría otro en una semana.

§ I

Volvióse a Nápoles, donde fué tanto lo que pintó para diferentes Príncipes de Europa, que llegó a extenderse tanto su crédito, así por esto como por lo que todos los Virreyes traían y cambiaban de pinturas suyas al Señor Carlos Segundo, que deseando Su Majestad verle pintar y que hiciese algo al fresco en San Lorenzo del Escorial, le hizo venir el año de 1692, para cuyo efecto le mandó dar Su Majestad mil y quinientos ducados de plata, haciendo franco cuanto viniese en su navío (que fué muchísimo) y honrándole desde luego con el oficio y llave de Ayuda de Furreria, relevándole de servirlo para que tuviese más libre el tiempo. Llegó a Madrid por el mes de mayo de dicho año, y lo primero que pintó fueron dos cuadros grandes, el uno de la batalla y el otro del triunfo del glorioso Arcángel San Miguel contra la rebeldía de Lucifer.

Antes de pasar adelante no puedo dexar de prevenir un error, que está muy valido en el vulgo, y especialmente en los que van a ver las maravillas del Buen Retiro, donde está el primer cuadro de estos dos, del Triunfo de San Miguel, del cual dicen que Jordán lo hizo en veinte y cuatro horas, en competencia con otro pintor (que suponen ser Claudio Coello, que entonces era pintor de Cámara), y que no habiendo el otro podido acabar el suyo en dicho tiempo, se murió de la pesadumbre. Y así, en gracia de la verdad, digo con toda realidad que todo esto es fábula, porque ni hubo tal competencia, ni tales veinte y cuatro horas, pues yo fui testigo de todo. Porque habiendo mandado el Señor Carlos Segundo que ninguno entrase a ver pintar a Lucas, porque no le embarazasen, y sabiendo que yo había ido y obedecido su orden, luego que se me intimó, le debí tanto a Su Majestad,

que me envió a decir con Don Cristóbal Ontañón que conmigo no se entendía la Orden, y así que fuese cuando gustase. Hicelo así, usando de tan grato indulto, y me hallé en todo, y aun el borroncillo para dicho cuadro (que es de blanco y negro); no lo hizo en las veinte y cuatro horas, y el cuadro ni en veinte y cuatro días, ni se soñó tal competencia, pues aunque a Jordán no le contaban los días que pintaba, sino las horas, todavía fueron más de las que corresponden a los veinte y cuatro días que he dicho. Y afirmo que una de las mañanas que yo estuve viéndole pintar, acabó la cabeza del San Miguel, y no la dejó concluída, diciendo que estaba muy blanda la color; y así es menester advertir que le levantan muchos testimonios.

Después se trató de pintar al fresco la escalera de el sagrado Monasterio del Escorial, donde se determinó expresar la batalla célebre de San Quintín, con su principio, asedio y asalto y prisión de el de Memoranci, lo cual se executó en todo el friso de la escalera que va por debajo de las ventanas, por haber sido esta batalla el motivo de la erección de este Real Monasterio, a causa de haberse logrado su victoria (que fué la primera después de la coronación del Señor Felipe Segundo, y que dió principio a una paz general) el día de el glorioso levita San Laurencio, en el año de 1554, en que Su Majestad votó la erección de este Real Sitio. Y así hacia la parte del Oriente se mira ya en este friso la erección, planta y disposición de la fábrica, con asistencia de Su Majestad, como fundador, y que puso la primera piedra.

En la parte superior de la bóveda está la Gloria con la Trinidad Santísima, la Reina de los Cielos, grande acompañamiento de Angeles y Santos, glorificando a Su Majestad, en demostración de celo de su mayor honra y gloria, con que el Señor Felipe Segundo lo fundó, con la advocación de San Lorenzo su devoto, y el Instituto del máximo Doctor San Jerónimo en las repetidas alabanzas de su incesante coro. Y así se miran allí en lugar muy señalado estos dos Santos, como conduciendo a muchas de esta regia estirpe, a quienes siguen el Señor Emperador Carlos Quinto y el Señor Felipe Segundo ofreciendo a el Altísimo Dios sus coronas y dominios.

En los cuatro ángulos están las cuatro Virtudes Cardinales, acompañadas cada una de sus adyacentes, integrales y subjetivas, en demostración de las que practicaron tan ínclitos Monarcas. Y

en los dos espacios colaterales están: en el uno, la Majestad Regia, y en el otro, la Iglesia Católica, por cuya exaltación empeñaron su poder tan excelsas Majestades. En los huecos de las ventanas se ven grabadas, como de pórfido, varias hazañas del Señor Carlos Quinto, y a los lados vemos graciosísimos chicuelos con los escudos de armas de los reinos de esta vasta Monarquía.

Fué tan plausible esta pintura, que hizo Su Majestad varias jornadas para verla, y al principio, a un mes comenzada, envió a el autor de esta obra, su pintor, para que reconociese el estado en que iba y le informase a Su Majestad muy pormenor, así de esto como de la calidad de lo pintado a el fresco, respecto de que hasta entonces en España sólo se había visto pintura de Jordán a el óleo, lo cual executó muy a la satisfacción y gusto de Su Majestad y crédito de Jordán, el cual acabó esta obra en siete meses, que parece no era bastante tiempo para executar los diseños y borrones que hizo para ella, así del todo como de cada grupo de historia particular.

§ II

Con aplausos tan merecidos se hizo digno Jordán de ascender por esta célebre escala al cielo de la iglesia de aquel militante impíreo y celestial emporio, determinando Su Majestad pintase las bóvedas de su excelsa fábrica, que estaban jaharradas de blanco, y principalmente las cuatro donde terminan las dos naves colaterales. La primera que se determinó pintar fué la que cae sobre el altar de Nuestra Señora, al lado del Evangelio, y donde está el depósito de singularísimas reliquias, así de esta gran Reina como de su Hijo Santísimo, y de los tres Santos Reyes que le adoran. Y así hizo una maravillosa unión de la Concepción Purísima de María Señora Nuestra, de la Anunciación, Nacimiento de Cristo y Adoración de los Santos Reyes, como previsto todo en los Decretos Divinos de la Eternidad, donde no hay sucesión de tiempos. Y asimesmo puso la caída de Luzbel, arrojado del Empíreo por el Sagrado Arcángel Miguel, y a los ángeles buenos glorificando al Señor, procediendo efectos tan contrarios de la previsión de tan altos misterios, según la disposición que hallaron en los unos y en los otros.

En las cuatro pechinas de esta bóveda, ocasionadas de los cuatro arcos que la reciben, pintó las cuatro Sibilas que más clara-

mente anunciaron los misterios de nuestra Redención. La primera es la Cumana, que vaticinó la Encarnación del Verbo Divino. La segunda la Cumea, que predixo la abundancia y tranquilidad que lograría el género humano con la venida del Salvador. La tercera es la Pérsica, que vaticinó la predicación del Bautista y el Bautismo en el Jordán. La cuarta es la Libica, que prenunció los milagros de Christo, y especialmente el de los panes y peces.

En la bóveda correspondiente al lado de la Epístola se pintó una tropa numerosa de los Bienaventurados cuyas reliquias se veneran en el relicario de aquella capilla, así de mártires y vírgenes como de confesores. Y en las cuatro pechinas los cuatro sagrados Doctores de la Iglesia, con advertencia que donde había de estar San Jerónimo está sólo el león, como en guarda de su púrpura y librería; y más arriba está un Angel tocando la trompeta del Juicio Final, que tan presente tuvo este Santo Doctor, a quien señala el Angel al mismo tiempo, que está figurado arriba, ante el Tribunal Supremo, desnudo y como llamado a Juicio, que era su meditación continua.

En la bóveda tercera, que cae hacia la parte del Colegio, se pintó el triunfo de la Iglesia militante, que en carro triunfal majestuoso, asistida del Espíritu Divino (como lo fué desde lo primitivo de su ser), enriquecida de sus dones, fertilizada de sus frutos, ilustrada de sus doctrinas y verdades, acompañada de la Fe, Esperanza y Caridad y de las demás virtudes, reforzada con los Sacramentos, de hermoso rostro, como de su cabeza Christo, vestida y coronada con los ornamentos pontificios, va representando en la Silla Apostólica la Majestad Suprema de los Vicarios de Christo, sobre todas las Majestades de la tierra, ahuyentando con sus sacras y divinas luces las horrorosas tinieblas de la herejía y las oscuridades de los vicios y descubriendo el verdadero camino del Cielo.

Acompañan este soberano triunfo la hermosa comitiva de las Virtudes, representadas en doncellas de suma belleza, y las Ciencias, así divinas como humanas, o filosóficas y matemáticas, todas con la debida distinción y significación, representada en sus divisas y trajes. La Sagrada Teología preside a otro lado con cetro en la mano, como Reina de las humanas ciencias, que reconocidas la sirven. Y la Mística, o infusa, ilustrada con luz sobrenatural en suave reposo, y otros afectos virtuosos, repartidos en las cuatro

pechinas; pero los Vicios y los Errores abatidos, las Herejías y Heresiarcas ahuyentados y fugitivos, como las tinieblas de la luz.

Ayudan a tirar este triunfal carro los Santos Padres y sagrados Doctores cuyas reliquias se veneran en las capillas correspondientes, y cuyas cuerdas de oro recoge y une el Doctor Angélico Santo Tomás, que recopilando todas las sentencias y doctrinas de los Santos Padres, colocó la suya en la alta esfera que la goza la Iglesia. Y en el centro de esta bóveda se descubre la Gracia en forma de doncella hermosa, vestida de blanco, en significación de la Pureza, adornada de una estola, por la inmortalidad que nos granjea, y alargando la mano y trabándola con otra que sale de entre unas nubes, da a entender la amistad de Dios para con los hombres que la gozan, repartiendo al mismo tiempo gran copia de dones, significados en la variedad de flores que vierte, de que algunos Angeles forman guirnaldas para solemnizar con hermosos ademanes tan sagrado triunfo.

En la otra bóveda, que corresponde sobre la capilla de las once mil vírgenes, cuyas reliquias insignes enriquecen también esta portentosa basílica, se pintó otro no menos majestuoso triunfo de la Pureza virginal, en el cual María Santísima, con belleza superior a lo imaginable, acompañada de hermosa turba, de aquellas que a costa de tiránicos martirios o voluntarias mortificaciones conservaron intacta la flor de su virginal pureza, va presidiendo en la popa del carro triunfal, como Reina y Virgen de las Vírgenes, suelto el cabello, con tunicela cándida y manto azul en demostración de la Pureza celestial, con cetro de oro y con hermoso ademán, conduciéndolas a las deliciosas nupcias del Cordero Inmaculado, que se apacienta entre azucenas, el cual se mira expresado a la proa del carro, como sobre un lucido trono, y dos Angeles volando llevan la corona imperial en las manos, como que espera a su Madre Santísima para coronarla por Emperatriz de los Angeles y de las Vírgenes (*Veni, coronaberis*), las cuales ayudan a conducir el carro, con los tirantes texidos de las hermosas hebras y obras de sus manos, que vienen a unirse en las del Amor Divino, que las conduce y excita al curso de la Eterna felicidad a que aspiran. Hace compañía al Cordero una festiva tropa de alados niños, con guirnaldas de flores blancas y encarnadas, con palmas y laureles, para coronar los triunfos amantes de las escogidas esposas del Cordero.

A el Amor Divino acompañan los Auxilios en hermosa volante copia de alados espíritus, disparando suaves flechas de amoroso fuego a las Sagradas Vírgenes, y otros Angeles de mayor magnitud vertiendo rosas, llevando uno de ellos un título en que le dice a el Amor: *Ductore fíc te praevio*. Y en el centro de esta bóveda se ve la Vigilancia rodeada de Angeles de bello aspecto, con un reloj en la una mano y en la otra un clarín, cuya sonora voz explica una letra, que dice: *Prudentes Virgines lampades aptate vestras*, y todas parece que a el impulso de esta voz van siguiendo presurosas con sus palmas y trofeos la bandera de Santa Ursula, como la siguieron las once mil de su compañía, cuyo triunfo se venera en dicha capilla.

Discurrén también en otro coro gozosas las Santas del estado conyugal, alegres de ver tan bien logrado el fruto del santo Matrimonio.

Represéntanse también en el recinto inferior y pechinas de esta bóveda, algunas de las insignes matronas de la Sagrada Escritura, que fueron sombras de tan soberanas luces: como María la hermana de Aarón; Débora, juez y profetisa del pueblo de Dios; la hermosa Jael, que triunfó del General Sisara, enemigo del pueblo hebreo; Abisag Sunnamitis; Ruth, con una macolla de espigas; Rebeca, con una hydria o cántaro; Raquel, con su cayado de pastora; Susana, Abigail, Esther y Judith, todas con extremada belleza, ornato y acompañamiento, según lo requiere su significación, con símbolos muy apropiados a las superiores excelencias y privilegios de esta gran Reina y Señora que fué depósito de los tesoros del Amor Divino.

§ III

En consecuencia de estas cuatro bóvedas de los ángulos de la iglesia, determinó el Señor Carlos Segundo que se pintasen también al fresco las otras cuatro bóvedas del crucero, y la primera que se executó fué la inmediata a la de la capilla mayor, donde está pintada la Coronación de Nuestra Señora de mano de Luqueto. Respecto de lo cual, y de estar también expresada su gloriosa Asunción en el retablo, pareció conveniente el delinear en esta bóveda los actos antecedentes de su glorioso tránsito. Este expresó el artífice hacia la parte del Mediodía, sobre el florido lecho virginal

de esta Soberana Reina, a el cual cercan los Apóstoles con dolorosas expresiones de tan lamentable pérdida, y otros que se hallaban en distantes provincias se ven venir conducidos de los Angeles, y de estos asiste numerosa turba, repartidos en diferentes sitios, cercando el sagrado lecho, y teniendo el pabellón, y en lo alto, con piadosa introducción, se ven descender los gloriosos Padres de esta gran Señora, y su felicísimo Esposo, a recibir su Alma Sacratísima; y a los lados de la ventana, en la una parte está Jesé con la floreciente vara que salió de su raíz, símbolo muy propio de esta Gran Reina, y en la otra Josaphat, a cuyo valle había de ser conducido, como lo fué en hombros de los Apóstoles su Sacratísimo Cuerpo desde Jerusalén a el sepulcro nuevo, que por superior providencia estaba allí prevenido. Y en el capialzado de la ventana están Abrahan y Isac en el sacrificio, como principales Patriarcas del árbol genealógico de esta gran Señora, y como los primeros a quien fué revelada la promesa del Mesías, que como Sol de Justicia había de nacer de esta soberana aurora.

A el otro lado, que mira a el Norte, se delineó el sepulcro (en que fué colocado su castísimo y sagrado cuerpo), debaxo del cual, en el capialzado de la ventana, se ve Jacob en el misterioso sueño de la escala, suceso bien aplicado a el tránsito de esta gran Señora, a que llamó San Juan Damasceno gloriosa dormición, que conmovió a los Coros celestiales a baxar y subir con gozosas y suaves músicas a su celebridad; a los lados de la ventana están los Santos Reyes Josías y Ezequías, cuyos nombres (según el Doctor máximo) suenan lo mismo que Fuego y Fortaleza del Señor; prerrogativas bien acreditadas en esta gran Reina. Arriba circundan los Apóstoles el sepulcro en varios afectos de admiración, habiendo echado menos el Sagrado Cadáver; y otros mirando a lo alto a un conducto de Gloria que se descubre, por donde se supone haber sido el camino de su milagrosa Asunción, lo cual acredita numerosa turba de Angeles y Serafines, que con flores, palmas y ramos verdes parece solemnizan la dicha que en su posesión interesan.

La segunda bóveda que se pintó de estas cuatro fué la que está hacia los pies de la iglesia, inmediata a la del coro (donde está executada la pintura de la Gloria de mano de Luqueto), y en ésta se determinó pintar el Juicio universal, en que (además del particular), ha de manifestar la Divina Justicia su rectitud en la

debida distribución del premio eterno para los buenos y castigo sin fin para los malos. Para cuya expresión puso el artífice en el medio de la bóveda el majestuoso Trono del Supremo Juez, con acompañamiento de Angeles, donde está sentado Christo Señor Nuestro, con corona y cetro real, y en la mano derecha una segur, levantado el brazo, como que llegó ya el tiempo de segar las humanas mieses y separar de la cizaña el trigo, apurado y limpio, para colocarlo en las deliciosas trojes del Cielo; y a su mano derecha se mira la Reina de los Angeles majestuosamente vestida, intercediendo con su Hijo Santísimo, como Abogada de los pecadores; y a la una y la otra parte cercan los Sagrados Apóstoles la cumbre del Trono, concurriendo también como jueces en este horroroso y severo Tribunal.

El sagrado estandarte de la Cruz se mira en el aire a la vista del Juez Supremo, cercada de resplandores, y lo restante del aire se representa melancólico y funesto: el sol, luna y estrellas, con desmayadas luces, dan señales de las que han de preceder a aquel tremendo día, que ha de ser parasismo de la naturaleza toda.

Hacia los cuatro ángulos de esta bóveda se miran cuatro Angeles, con sus trompetas, esparciendo a las cuatro partes del mundo aquel horrendo sonido de la Trompeta del Juicio, que ha de resonar en las cavernas más ocultas de la tierra y en los sepulcros más escondidos de todas las regiones del mundo. La Asia y la Europa están a los lados de la una ventana, y a los lados de la otra están el Africa y la América, todas bien expresadas con sus divisas, y a la una y la otra parte se descubren varios sepulcros abiertos, de donde van saliendo algunos esqueletos y otros a medio vestirse de carne, otros milagrosamente subiendo, ya resucitados, en cuya variedad de simetrías y anatomías, con la diferencia de coloridos en la diversidad de sexos, en ésta y las demás historias, se descubre la eminente comprensión que tenía el gran Lucas Jordán de la estructura y organización de la figura humana, en todos los estados y accidentes que la inmutan.

Sobre las ventanas, en término distante, se ven ya congregados numeroso concurso de hombres y mujeres, unos a la mano derecha y otros a la siniestra del Juez, separados por ministerio de Angeles, y conducidos a oír aquella última definitiva sentencia de su felicidad o infelicidad eterna, cuya ejecución se ve en los de la mano derecha, que alegres caminan, acompañados de Es-

píritus angélicos, a gozar del Sumo Bien que les está preparado, y en los infelices de la siniestra, que lamentando con desesperación su desdicha, son violentados de espíritus infernales a precipitarse por la horrible boca de un dragón, que vomitando con extraña ferocidad voraces llamas de azufrado fuego, manifiesta el infeliz y desapiadado tormento a que son destinados por su eterna condenación.

A esta bóveda se siguió la que está a la mano derecha del crucero, en que se representó el viaje de los israelitas por el desierto a la Tierra de Promisión: alegoría muy propia de la militante Iglesia para los fieles, que por el mar sacrosanto del Bautismo caminan seguros a la triunfante del Cielo por las asperezas del desierto del mundo. En ella se ve expresada con tan maravillosa consonancia la numerosa multitud de familias, con la diversidad de trajes, sexos y edades, que causan una deliciosa armonía a la vista más atenta. Moisés está señalándoles el mar Bermejo, que han pasado a pie enjuto, a tiempo que se ve inundado en sus ya trabadas ondas el ejército de los egipcios, que los seguía, y en lo alto se descubre el Señor de los Ejércitos mandando a una turba de Angeles que, con espada en mano, centellas y rayos que despiden horrorosas nubes, muestren su indignación y en ellos ejecuten el estrago.

A el otro lado se ve María, la hermana de Moisés, con otras damas de Israel, cantando alabanzas a el Señor con variedad de instrumentos músicos, en hacimiento de gracias de haber logrado la deseada libertad.

Sobre las ventanas de esta bóveda están, a la una parte, los dos artífices Beseleel y Oliab, que fabricaron el tabernáculo, el arca del Testamento, las mesas y los altares, conforme a las trazas que entregó Dios a Moisés en el Monte Sinaí. A la otra parte están Eliecer y Gerson (sobrinos de Moisés), que alegres salieron de Madian a darle la enhorabuena de sus triunfos.

En las enjutas del formalete o medio punto, donde está la ventana que cae al Norte, delineó Jordán a la una parte la copiosa lluvia del Maná, y en la otra a Sansón sacando de la boca del león el panal de miel: prefiguración una y otra del Augustísimo Sacramento, que en este sagrado templo se venera, y que es el objeto principal de los cultos que en él consagran nuestros íncultos y católicos Monarcas.

La última bóveda del crucero, a la siniestra, contiene la victoria grande contra los Amalequitas, que fué la primera que obtuvo el pueblo de Dios después de haber pasado el mar Bermejo, de que resultó el edificar Moisés a Dios altar en el desierto, en la mansión de Raphidin, a el cual altar puso por nombre *Dominus exaltatio mea*, atribuyendo a Dios la gloria de este primer triunfo; atención que tuvo también el Señor Felipe Segundo, fundador de esta maravilla, de este templo y de este altar fabricado en este desierto, después de haber obtenido la victoria de San Quintín, que fué la primera de su reinado, como ya se dixo.

Descúbrese en esta pintura, en lo alto de un collado, a Moisés orando entre Aarón y Hus, que le tienen los brazos levantados porque no se le cansen, para asegurar el triunfo de los israelitas. Y en medio del campo está Josué a caballo haciendo formidable estrago entre los amalecitas y mandando a el Sol se detuviese hasta que fuesen, como lo fueron, enteramente derrotados; en que califica la importancia de la oración para superar cualesquiera adversidades y triunfar de nuestros enemigos, como se practica de día y de noche en el sagrado Instituto de este religioso Monasterio.

A los lados de esta bóveda, y sobre las ventanas, están cuatro de los más señalados jueces del pueblo de Dios. A la una parte, Othoniel y Aod, el diestro en pelear con ambas manos, mostrando cada uno en la ferocidad de su semblante, traje y armas el esfuerzo con que vencieron, el uno a Chusan, Rey de Mesopotamia y Siria, y el otro a Eglon, Rey de Moab, conservando con esto la paz a el pueblo dilatados años.

A la otra parte están Gedeón y Jepre, ambos héroes celeberrimos; éste por la puntual adimpleción del sacrificio de su hija única, cuando salió la primera a darle la enhorabuena del vencimiento de los amonitas, y el otro por haber sido a quien aseguró el Cielo el triunfo grande de los madianitas soberbios con aquella señal del rocío sobre el bellocino, en que, según San Ambrosio, se prefiguró el misterio de la Encarnación. Y según los historiadores de los Duques de Brabancia, a este bellocino de Gedeón (más que a el fabuloso de Jason en Colcos) atendió Felipe, Duque de Borgoña, cuando instituyó el Orden del bellocino o Toysón de Oro, que fué el año del Señor de 1430, de quien heredaron el Gran Maestrazgo nuestros Augustísimos Reyes, para suscitar en

las repetidas mercedes que franquean a diferentes Príncipes de España y de Europa otros tantos Gedeones católicos, que en defensa de la cristiandad contrasten y sojuzguen el poder de los othomanos y de todos los madianitas enemigos de la paz y de la Iglesia.

Hay también aquí debaxo del arco, donde termina la bóveda otra ventana grande en el medio punto, con la luz del Mediodía, y así se determinó pintar a un lado aquel suceso de Elías, cuando fugitivo de Jezabel yacía rendido debaxo del enebro y reforzado con el pan y el agua que le suministró el Angel, caminó hasta la cumbre del Monte Oreb. Y a el otro lado David recibiendo de Achimelec, Sacerdote, los panes de la Proposición: una y otra figuras del Augustísimo Sacramento que en este sagrado templo se venera, y con cuyo soberano alimento podrán esperar nuestros ínclitos Monarcas el triunfo de sus enemigos aun mejor que lo consiguieron estos dos Profetas, cuando ambos se hallaban perseguidos de enemigos muy poderosos, siendo aquélla la sombra y ésta la verdadera luz.

Acabadas de pintar las cuatro bóvedas del crucero de la iglesia, mandó Su Majestad a Lucas Jordán pintase también otras dos bóvedas, que están a las entradas del coro: la una hacia la parte del Convento y la otra hacia la del Colegio. Y respecto de que cada una de éstas descansa sobre cuatro lunetos o medios puntos, se eligió para cada división diferente asunto. Y siendo aquella entrada de hacia la parte del Convento por donde entran los monjes a cantar a Dios las divinas alabanzas y a los demás santos y religiosos ejercicios, se determinó pintar en la una luneta a el Santo Rey David, que fué el autor de los salmos y alabanzas divinas, que allí se frecuentan en todas las horas canónicas, y así le pintó Jordán penitente y arrepentido delante del Profeta Natán cuando, convencido de las culpas que cometió contra Dios y contra Urías, alcanzó con el dolor y arrepentimiento el perdón y la conmutación de la pena merecida: *Dominus quoque transtulit peccatum tuum*, como se lo dixo el Profeta.

En el otro luneto correspondiente a éste pintó el artífice a el mismo Rey David, arrepentido de la culpa de ambición, por haber hecho numerar el pueblo y obligádole, sin necesidad urgente, a un tributo, y le acompaña el Profeta Gaad, enviado de la Majestad Divina, para que eligiese uno de los tres castigos: o ham-

bre universal por tres años, o guerras sangrientas por tres meses o peste por tres días. Lo cual demuestra un Angel en lo alto entre los dos con las insignias que denotan estos tres horrorosos flagelos, que son: un azote, una espada y una calavera. Representase aquí David como cercado de angustias, profundamente humillado, para dar a entender que tenía por mejor caer en las manos de Dios, cuyas misericordias son infinitas, que no en las de los hombres, cuya saña es implacable, y así la Justicia Divina envió la peste en Israel.

En la otra luneta, que es la del lado derecho, se mira ya a el Rey David ofreciendo holocausto a el Señor sobre el altar que edificó en la era, que compró a Ornam Jebuseo, dando rendidas gracias a Su Majestad por haberse dignado de aplacar su ira mediante sus ruegos y lágrimas, en cuya demostración está en lo alto el Angel envainando la espada de la Divina Justicia, como le vió David y los demás que le acompañaban. Y a el contorno del altar se ven diferentes novillos y reses, executadas con gran propiedad, para ofrecerlas en el sacrificio. Y es de advertir que el sitio donde se edificó este altar fué en el Monte Moria, donde después Salomón, su hijo, edificó el celebrado templo de Jerusalén. Bien semejantes circunstancias a las que concurren en este real, sagrado y magnífico templo, edificado por el católico piadoso celo del Salomón de España.

En el cuarto luneto, correspondiente a el referido, está el Santo Rey cantando en el harpa los salmos, que compuso para alabanza y glorificación del Señor, a quien parece está mirando, puestos con reverente atención los ojos en el Cielo.

En lo alto, entre doradas nubes, se descubre el dibujo o traza que recibió de la mano de Dios para la fábrica del templo, que había de executar su hijo, señalando gozosos los Angeles que lo acompañan, el sitio de su erección, por ver que habría en la tierra lugar donde los hombres imitasen el oficio que ellos exercitan en el Cielo.

La bóveda de la otra parte, por donde entran los monjes del Colegio a el coro (que son los que tratan de la Ciencia y Sabiduría, contiene en sus cuatro lunetos o divisiones otros cuatro sucesos del Sabio Rey Salomón. En la primera se representa cuando le ungieron Rey en Sión, Sadoch Sacerdote y Natán Profeta. En el segundo, cuando el Señor le infundió en sueños la Sabiduría,

que humilde le había pedido, en cuya demostración se ve en lo alto un pedazo de Gloria, de donde se difunden luces y resplandores que a él se encaminan. En el tercero luneto, aquel célebre juicio donde hizo este gran Rey el mayor examen de la verdad, mandando dividir el chicuelo vivo a quien las dos mujeres pretendían por su hijo cada una, y visto el consentimiento de la una en la división, como la repugnancia en la otra, se lo mandó entregar a ésta, como a verdadera madre, pues más le quería vivo en poder ajeno que muerto en el propio. Acción que sublimó mucho sus aplausos y en que acreditó el pueblo de Israel lo justificado de su obrar.

En el cuarto luneto está el suceso cuando la Reina Saba vino a visitarle en Jerusalén, atraída de la grande opinión de su sabiduría, y a experimentarla en disputas y cuestiones ingeniosas, en que la halló superior a la fama.

Tardó Lucas Jordán en pintar estas diez bóvedas, junto con los dibujos y manchas del colorido, cartones y otros estudios, solos dos años, incluyendo también la pintura de la escalera, que viéndolo todo junto parece que es menester la vida de un hombre para ejecutarlo. Muy célebre fué este artífice en la celeridad de pintar a el olio; pero en el fresco sólo él se pudo exceder a sí mismo, porque el manejo era superior a todo cuanto se puede ejecutar: galante, bizarro, enriquecido y bien traxeado, con hermosos aires y gallardos adherentes. Y no podemos negar que le dió a este sagrado templo el último complemento de su hermosura, pues lo desierto de aquellas bóvedas en blanco en una fábrica tan magnífica, en que se tiene por defecto lo bueno, si puede estar mejor, parece acusaban de negligente o menos pródigo el ánimo de tan ínclito fundador, cuanto el suceso nos le acredita de advertido, en que se hubiesen quedado sin ornato alguno, por no fiarlas a menos ingenio que el del gran Lucas Jordán. Habiendo logrado el Señor Felipe Segundo en esta real fábrica tantos eminentes pintores del fresco, como lo testifican el claustro, librería y las dos bóvedas del coro y capilla mayor, que pintó Lucas Cangiaso, llamado Luqueto. Y después, habiéndose procreado en España, y en servicio de nuestros ínclitos Reyes, tantos pintores famosos en este manejo. Pero verdaderamente no podemos negar que el de Lucas Jordán es superior en todo a la manera antigua, tan fatigada y miniada o punteada, que no sé cómo había paciencia para

executarlo. Pero la de nuestro Lucas era una manera labrada, em-
pastada y unida como a el olio, y por esto no le perjudicaba el
manejo del fresco para el que practicaba a el olio, antes le faci-
litaba más, y lo mismo sucederá a todos los que así lo manejen.

§ IV

Acabadas estas obras se vino Lucas a Madrid, donde pintó a
el olio diferentes historias de la Escritura Sagrada, así para el
Buen Retiro como para el Palacio de la Reina Madre nuestra
Señora, en diferentes tamaños, y algunas láminas, así de fábulas
como de asuntos sagrados, imitando (de orden del Rey) a algu-
nos de los eminentes pintores antiguos, como Rafael, Corezo, Ti-
ciano y el Españolito, sin gozar del descanso preciso, ni aun
los días de fiesta, en los cuales hacía diferentes pinturas para
algunos particulares que se las encargaban y pagaban muy bien,
y para regalar a algunos sujetos que había menester gratos para
sus intereses. Y en este tiempo pintó también la vida de Nuestra
Señora para el gran camarín del Real Convento de San Jerónimo
de Nuestra Señora de Guadalupe. Y en el Palacio de Aranjuez
pintó también varios cuadros de historia y de los elementos y es-
taciones del año, y era de suerte lo atareado, que estaba con es-
tos motivos los días de fiesta, que extrañándolo y reprendiéndoselo
un amigo suyo de la profesión, le respondió: *En lasciando un-
giorno uciosi, i penelli, se mi vogliono posare disopra, è io bisogno-
haberli soto i piedi*; que en dexando los pinceles descansar un
día, se le querían subir encima, y que él había menester tenerlos
debaxo de los pies: tanta era su aplicación; o bien fuese con el
deseo de desembarazarse y volverse a su patria, o con la codi-
cia del interés, a que era muy apegado, según opinión de algu-
nos; sin embargo de que su tarea era (especialmente en vera-
no), desde las ocho de la mañana hasta las doce, y de allí has-
ta las dos comía y reposaba, volviendo después a la tarea has-
ta las cinco o seis de la tarde, y después se salía a el paseo en
el coche que el Rey le tenía mandado reservar para sí, siem-
pre que le pidiese, pero sin que él en esto ni en otras franquezas
dispendiese un maravedí, y así se discurría tener un caudal muy
exorbitante.

Hallóse un día presente este tal su amigo de la profesión, a

tiempo que un platero le traía dos pares de pendientes de calabacillas de perlas, ¡cosa superior! Preguntó Lucas el precio, y le respondió el platero que las unas eran trecientos doblones y las otras quinientos. Respondió Lucas que eso era poca cosa; que buscara otras de más estimación. Escandalizose el amigo de oír a un pintor semejante proposición, y Jordán le dixo que de qué se admiraba. Que si no había visto la gargantilla o collar de perlas que había comprado. Y diciéndole que no, la sacó, y era la cosa más peregrina que se puede imaginar, porque sobre ser redondas, blancas e iguales, eran mayores que los más gordos garbanzos, y le habían costado una sin suma de doblones; y dixo que a él le tenía más cuenta el llevar el dinero en aquellas alhajas que no en propia especia, porque sobre ser menos el bulto y embarazo, tenían en Italia mucha más estimación que aquí. Con que el amigo se quedó santiguando de ver un pintor que tenía ánimo de gastar diez u doce mil doblones sin que le hiciesen falta.

§ V

Después de estas pinturas de el óleo, determinó Su Majestad que se acabase aquella gran pieza del Retiro, que por haber estado informe hasta entonces, le llamaban *el Casón*, y ahora es el más célebre salón que tiene Monarca, y sirve para las funciones más regias de Embaxadas y otras semejantes. Habilitado ya, pues, este salón con todos los antecedentes de albañilería necesarios, para poderse pintar, mandó Su Majestad a Lucas Jordán que le pintase a el fresco. En cuya consecuencia se determinó executar la idea y origen de la sagrada Orden del Toysón, lo cual hizo con singularísimo acierto, poniendo en el medio de la bóveda, en el sitio más directo, a la vista, a el gran Felipe el Bueno, Duque de Brabante y Borgoña, a quien Hércules, como primero de los argonautas compañeros de Jasón, le entrega el bellocino de oro (que fué uno de sus triunfos) para que le sirviese de remate a el enigmático Toysón, que le fabrica y entrega la Borgoña (y le ilustró y amplió el Invictísimo Señor Emperador Carlos Quinto), la cual, con los demás dominios y reinos de la gran Monarquía de España, está incorporada en la parte superior, debaxo de la gran corona que los circunda, y más arriba el globo celeste, con todas sus constelaciones y signos, y entre ellos el de Aries, a donde (se-

gún los mitológicos y astrólogos) fué trasladado aquel misterioso ariete del bellocino. Que si bien han querido algunos historiadores que el motivo de esta empresa fuese el bellón misterioso de Gedeón, que significa *Fee incorrupta*, no es tan adecuado, porque éste era sólo un bellón de lana, y el otro toda la piel entera del ariete, cuyo bellón se decía ser de oro, como lo demuestra el que pende de dicho Toysón.

A el otro lado están los Titanes que pretendieron asaltar el Cielo, en cuya defensa se les opone triunfante la Diosa Palas. Así como este Sagrado Orden del Toysón triunfa de los enemigos que pretenden conquistar el cielo católico de esta Monarquía española, que fué el asunto del gran Felipe en su Institución. Hacia el otro extremo de la bóveda está la regia Majestad de la Monarquía de España sobre el globo terrestre, empuñando diferentes cetros, en demostración de los muchos reinos a que se extiende su dominio. Y hacia el lado siniestro varios rendidos y prisioneros, como son indios, etíopes y mahometanos. A el otro lado un gran dragón, que demuestra ser la Herejía, que junto con el furor bédico, se mira encadenada y abrasada en voraz incendio, a los impulsos de un gran león, que empuñando el cetro parece que aterra con sus bramidos.

En la parte superior de esta figura de la Majestad se mira una guirnalda de hermosas ninfas, que demuestran las virtudes y otras especiosas cualidades, que la ilustran, con la Fama, que la ensalza.

Circundan este hermoso teatro las nueve Musas, con Apolo entre las ventanas, cada cual con las insignias que la distinguen. Y sobre el ornato de cada una, dos figuras, imitadas a mármol, de aquellos filósofos insignes que en cada una de estas facultades se señalaron en la antigüedad, como Aristóteles, Platón, Sócrates, Archimides, etc. Y hacia los cuatro ángulos están cuatro figuras, que representan las cuatro edades de Oro, Plata, Cobre y Hierro.

Desde la cornisa abaxo, hasta la barandilla, están pintadas las fuerzas y hazañas de Hércules con extremada expresión, valentía y fiereza, en atención a haber sido el conquistador del bellocino y el primer dominador de España.

En la antecámara de este gran salón executó nuestro Jordán las guerras de Granada en cuatro cuadros a el óleo de cornisa abaxo y de cornisa arriba, en los dos medios puntos, y bóveda di-

ferentes batallas que precedieron a la toma de aquella gran ciudad por el invicto Rey Don Fernando el Católico y su ínclita consorte Doña Isabel. En las pechinas están las cuatro partes del mundo, en demostración de los dominios, que en todas ellas posee esta excelsa Monarquía.

A el otro extremo (que es una pieza aobada, con puerta a los jardines), pintó Jordán en la bóveda el Sol, conducido del Alba, su precursora, en su carro, con los cuatro caballos (respecto de caer esta pieza hacia el Oriente), y allí diferentes reses y otras cosas, que le ofrecían en sacrificio los egipcios y otras naciones que adoraron a el Sol; acompañando a el Sacerdote que los ofrece gran turba de todos sexos y edades, con admirable hermosura y variedad vistosa de trajes, y todo el circo de hermosos jarros y festones de flores, que intenta enredar la travesura de varios chucuelos, con que remata este célebre recinto.

§ VI

Después de esta magnífica obra, que a mi juicio es de lo más elegante que executó Jordán, le mandó Su Majestad que fuese a pintar a el fresco la bóveda de la sacristía grande de la Santa Iglesia de Toledo, lo cual executó pintando en ella el soberano favor que la Reina de los Angeles dispensó a su amantísimo Capellán San Ildefonso, Arzobispo de aquella gran metrópoli. Y así, en el testero principal y parte superior de la bóveda, se mira descender a esta soberana Señora, con grande acompañamiento de Angeles y Vírgenes, a echar la casulla a el Santo, el cual se dispone a recibirla con gran júbilo y admiración, arrodillado sobre unas gradas y abiertos los brazos. A la parte opuesta se ve gran cantidad de figuras, como Canónigos y otros Ministros de la Iglesia, admirados así del extremo de tal favor, como deslumbrados del exceso del resplandor y hermosura de la Gloria.

A la mano derecha de la Virgen está Santiago, como Patrón de España, sobre una refulgente nube, con algunos chucuelos, y sobre otra semejante, a el otro lado, está San Elpidio, Arzobispo de esta Santa Iglesia. Y en lo restante de la bóveda van continuando los coros de Angeles, Vírgenes, Mártires, Apóstoles, Confesores, Patriarcas, Obispos y Pontífices, y en el medio el Nombre de Dios, con los caracteres hebreos, con multitud de Angeles, en

varias y hermosas actitudes, y bien delineados escorzos, con gran número de Serafines, y de allí se difunde copiosísimo resplandor, que baña toda aquella esfera, y especialmente se encamina hacia la Virgen, como objeto más grato a los Divinos Ojos.

En el otro testero, hacia la entrada de la sacristía, está la Justicia en un carro triunfal, con una vara en la mano derecha y en la siniestra el peso y un libro, y a sus pies muchos herejes, precipitados en diferentes y caprichosas posturas. Encima de la Justicia está en el aire Santa Leocadia, como Patrona de Toledo, señalando a la ciudad, que se mira delineada en un pedazo de país. Y después de Santa Leocadia se ve sobre una hermosa nube a San Juan Evangelista escribiendo las maravillas del Apocalipsi, representativas de María Santísima en aquella Ciudad Santa de Jerusalén, que vió descender del Cielo, como en este caso la está mirando, asistido de hermosa copia de chicuelos en diferentes acciones y ministerios, poblando lo restante de la bóveda varios coros de Angeles con papeles e instrumentos músicos, sobre seis tribunillas (tres a cada lado), caprichosamente fingidas a lo mosaico, y debaxo de cada tribunilla una figura como de piedra mármol de uno de los Santos Prelados de aquella Iglesia. A el lado derecho San Eugenio, primer Arzobispo de Toledo; San Eugenio, tercero Arzobispo, y San Eulogio, mártir, de Córdoba, electo Arzobispo de esta Santa Iglesia. A el otro lado, San Eladio y San Julián, Arzobispos, y San Pedro de Osma, Arcediano de Toledo.

En los gruesos de las ventanas están hermosos chicuelos echando flores, y en los lunetos de los lados de las ventanas caprichosos jarrones de flores, y su retrato en la ventana fingida inmediata a la Virgen. Y en el recinto de toda la bóveda, fingidos por debaxo de las nubes, algunos pedazos de arquitectura, todo con grande acierto y consonancia, no obstante que esto lo hizo muy desazonado, según significó a un amigo suyo de la profesión, porque obras de Comunidad, donde cada uno se va a comer a su casa, no tienen dueño, y como ninguno, en particular, se da por obligado, echó menos Jordán algunas atenciones, que por su persona, por su habilidad, por la obra y por quien se lo había mandado, esperaba merecer, de lo cual vino sumamente mortificado, y aun cuentan que el Rey (habiéndolo entendido), envió a Don José del Olmo (Maestro Mayor entonces de las obras reales) a que hiciese quitar los andamios antes de acabarse la pintura, como se comen-

zó a ejecutar, no estando allí Lucas, el cual, habiéndolo entendido, acudió al instante y lo hizo suspender, hasta que suplicase a Su Majestad (como lo hizo) le dexase concluir la obra, siquiera por su crédito, y así se executó.

§ VII

Concluída esta obra, se vino Lucas Jordán a Madrid, donde pintó al fresco de orden de Su Majestad las bóvedas de la Real Capilla, y en ellas executó la historia de Salomón, repartida en diferentes casos, y especialmente en el cuerpo de la capilla, la fábrica de su célebre templo (lo cual expresó con singular gracia y primor), trabajando allí aquellos operarios y maniobras con gran propiedad, y la fábrica como que está a medio hacer. La cual retrató con tal puntualidad nuestro Jordán en este sitio, que hasta en no oírse un golpe a los trabajadores le semeja*.

Prosiguió dicha historia en los cuadros a el óleo que executó de cornisa abaxo. Y en las cuatro pechinas la ley natural, tomando su principio con la creación de nuestros primeros padres, y la escrita en las Tablas de la Ley que entregó Dios a Moisés. Siguiéndose a ésta los sacrificios de los gentiles, y superando a todas la Ley de Gracia, como verdadera luz de aquellas sombras y destierro de las tinieblas de la gentilidad.

§ VIII

Concluída esta obra, le mandó Su Majestad a Jordán que prosiguiese la pintura al fresco de la Real Capilla de Nuestra Señora de Atocha, en que estaba pintada la cúpula, y otras porciones de mano de D. Francisco de Herrera (como lo diximos en su vida), y así lo executó Jordán, ilustrando el anillo de la media naranja con variedad hermosa de Angeles mancebos y niños, especialmente San Miguel y San Gabriel, y otros dos en las pechinas más directas a la vista, y en las otras San Juan Evangelista, que escribió tantas maravillas alusivas a esta gran Señora en su Apocalipsi, y el glorioso Evangelista San Lucas delineando la suma perfección de aquel abismo de la Gracia. Acompañando lo restante

* Sic.

de los arcos otros muchos de los espíritus angélicos con diferentes atributos y flores, que derraman gozosos hermosa turba de alados chicuelos.

Extendióse esta pintura hasta lo restante del cuerpo de la capilla, y así executó Jordán en la primera bóveda el Arbol de la Culpa, donde pecaron nuestros primeros padres. Y en su contraposición el Arbol de la Gracia, María Santísima, debaxo de cuya sombra se ampara el género humano, alimentándose de su fruto y refrigerándose con el copioso torrente de aguas vivas que de sus raíces brota, formándose un mar de gracia de sus deliciosos raudales.

Síguese luego la segunda bóveda, en que executó Lucas Jordán los Sueños de Nabucodonosor, donde está la misteriosa estatua y el árbol frondoso, y en la parte inferior está él dormido, y a su lado el Dios Morfeo, para demostración del sueño, en que aquella piedra misteriosa que derribó la estatua tiene alusión tan notoria a esta gran Reina y el maravilloso monte que de ella se formó.

Síguese a ésta la tercera bóveda, en que está delineada la Ciudad Santa de Jerusalén, que baxa del Cielo, con las calidades que la describe el Evangelista, siendo clara luz de esta misteriosa sombra María Santísima en su sagrada imagen de Atocha, conducida en triunfante carro por el glorioso Apóstol Santiago, que la encamina a España, cuya Monarquía está representada en una regia figura sobre un león, bien que circundada de las tinieblas de la gentilidad, que a impulsos de esta soberana Aurora se van desplegando y de que anhela a salir, mediante este soberano patrocinio y la predicación de este sagrado Apóstol, su Patrono.

En el primer luneto pintó a María, hermana de Aarón (figura hasta en el nombre de esta gran señora), la cual parece que está entonando con su timbalillo aquel célebre cántico: *Cantemus Domine*, etc., que hizo en acción de gracias de haber librado Dios a el pueblo hebreo (que le acompaña gozoso) de la tiránica opresión de los egipcios. Y en el otro luneto pintó Jordán el caso de la prudente Abigail, cuando templó con su mano liberal y su discreta alocución la justa indignación de David, acompañando este acto con diferentes figuras y bestias de carga, todo executado con singular acierto y propiedad.

En las pechinas de estas bóvedas y otros sitios de esta gran

capilla pintó Lucas algunas de las mujeres insignes del Viejo Testamento, que por sus virtudes y gloriosas acciones merecieron ser símbolos de esta gran señora, como la Reina Esther; Termut, la hija de Faraón; Micol, hija de Saúl; etc. Y entre las ventanas de luz algunos Profetas y Patriarcas, ascendientes y progenitores de esta gran señora. Rematando todo este ornato con preciosos tarjetones y otros adornos fingidos de exquisitos mármoles, y dos cuadros grandres a el óleo de la restauración de Madrid del poder de los moros mediante la protección de esta gran Señora.

§ IX

Siguióse a esta portentosa obra, la que executó Jordán en la célebre iglesia de San Antonio de los Portugueses, que de orden de la Reina Madre, nuestra Señora, Doña María-Ana de Austria se llama *San Antonio de los Alemanes*. Difícil empresa borrar de la memoria de las gentes el sello repetido con la inveterada impresión de tantos años. Estaba pintada la bóveda de cornisa arribá excelentemente de mano de Rici y Carreño (como diximos en sus vidas). Puso, pues, Jordán en execución dicha obra, y lo primero que hizo fué retocar en muchas partes la bóveda, que lo necesitaba, así por la injuria del tiempo como por algunas aberturas que se habían reconocido. Puso a el Santo sobre una nube, que antes estaba solo volando en el aire. También inmutó las colunas del recinto de la fábrica, que antes eran lisas, y él las hizo salomónicas y estriadas. También retocó en gran parte las figuras de los Santos y Santas que están en los nichos fingidos en este recinto, en que no las adelantó nada, sino porque siendo (como eran de mano de Carreño y lo mejor que se podía hacer), no degenerasen de su manera.

Prosiguió, pues, Jordán la pintura de esta capilla de cornisa abaxo, fingiendo ser una tapicería de la vida y milagros del glorioso San Antonio de Padua, lo cual executó en diferentes casos de su milagrosa vida, acompañándolos con variedad de Angeles mancebos y niños, como que ayudan a levantar y estirar los tapices. Y asimesmo con elegantes figuras de aquellas más señaladas virtudes que el Santo practicó en aquellos casos.

Termina este ornato en la parte inferior con diferentes Santos y Santas de las regiones de Alemania, España, Hungría, Fran-

cia y Bohemia, para sellar con esto el intento de la Reina nuestra Señora Doña María-Ana de Neuburg, que coadyuvaba este intento. Y así se pusieron a el lado del Evangelio Santa Cunegunda, San Enrique, Emperador; San Luis, Rey de Francia; San Esteban, Rey de Hungría y padre de San Enrique. Y a el lado de la Epístola puso a Santa Idicia; San Fernando, Rey de España; San Hermenegildo, Rey y mártir, y San Hemenerico, Príncipe de Hungría. Rematando la obra con hermosos ornatos y jarrones de flores.

También executó Jordán en este tiempo de orden del Rey el célebre cuadro del Santo Rey Don Fernando en la toma de Sevilla, que está colocado en la iglesia del Hospicio de esta Corte, ¡cosa de excelentísimo gusto! También es de su mano en este tiempo el cuadro de San Juan de Dios en su tránsito, que está en el remate de la capilla mayor del Hospital de Antón Martín, en esta Corte. Como también el del Nacimiento de la Virgen del altar mayor de la capilla de Nuestra Señora de los Remedios, en la iglesia de la Merced Calzada. Acabó también el célebre cuadro del Santo Rey Don Fernando (que dexó comenzado Carreño) para la capilla de las Once mil Vírgenes en la iglesia del Escorial. Y también executó el cuadro de la batalla de Santiago para la capilla mayor de las Señoras Comendadoras de dicha Orden, en esta Corte. Y también son de su mano otros cuadros excelentes, el de Jesús, María y José y el Padre Eterno arriba, que está en la iglesia del oratorio del Caballero de Gracia, en esta Corte, enfrente de la puerta. Como también los dos que están en la Parroquial de San Luis, en la capilla de Don Diego Ignacio de Córdoba, el uno de la Coronación de Espinas de Christo Señor Nuestro y el otro de Herodías con la cabeza del Bautista en la mesa de Herodes. Y también dos cuadros grandes a los lados del presbiterio de la iglesia de los Capuchinos del Prado, el uno de la Conversión de la Magdalena y el otro del Niño Jesús en la disputa de los Doctores.

§ X

Concluídas estas obras, por tantos títulos maravillosas, murió el Señor Carlos Segundo el año de 1700, el primero día del mes de Noviembre, y suspendiéndose, con tan superior motivo, el cur-

so de las obras de Jordán por cuenta del Rey, hizo innumerables pinturas para particulares. Y habiendo venido el Rey nuestro Señor Don Felipe Quinto a enjugar nuestras lágrimas y consolar estos reinos, hizo Lucas de orden de Su Majestad un juego de láminas admirable para el Rey cristianísimo, su ínclito abuelo, el Señor Luis Décimocuarto. Y el año de 702, habiendo determinado Su Majestad pasar a Nápoles en el día 8 de febrero, se fué Jordán sirviéndole, y el año de 704 * murió en dicha ciudad, cumpliéndole Dios sus deseos de no morir fuera de su patria, lo cual le oí exclamar muchas veces, y con un gran suspiro concluía la oración diciendo: *¡O Napole, bene mio!*

Fué nuestro Lucas hombre no sólo eminente, sino singular y único, porque sobre lo excelso de su habilidad en el arte, tuvo una presteza y facilidad suma, y sobre todo, la imitación a otros artífices eminentes, en que ninguno le ha competido. Fué hombre muy rico, pues pasaba su caudal de 200.000 ducados. Murió lleno de honores y mercedes, de que hicimos mención en el tomo primero. Fué muy estimado de todos los Reyes y Príncipes de Europa en su tiempo, tanto, que no habrá alguno que carezca de pintura suya. El Excelentísimo Señor Conde de Santisteban (que fué Virrey de Nápoles) tenía el retrato de Lucas Jordán hecho de su misma mano, y dexó mandado en su testamento que dicho retrato se agregase a el vínculo del Mayorazgo, por ser de un hombre tan eminente, como lo califican las innumerables pinturas que hizo para Su Excelencia, así de historias sagradas y fábulas como de la célebre historia que describió el Tasso de la Jerusalén conquistada, sin otras muchas de las virtudes, elementos y otros diferentes asuntos, que lo pueden ser para la admiración y la envidia.

Otras muchas pinturas hay en esta Corte de mano de Jordán antes de venir a España en sitios públicos, como son el célebre cuadro de las Animas, que está en una capilla del Colegio de Santo Tomás, a el lado de la Epístola; las dos pinturas que están en el presbiterio de Nuestra Señora de la Soledad. Otro cuadro de la Concepción en otra capilla, junto a la sacristía de la iglesia de Nuestra Señora de la Almudena. Otro de San Rafael, en el Convento de la Baronesa, a el lado de la Epístola; sin otras mu-

* El 12 de enero de 1705.

chas en Palacio, como la de la Toma de Mecina, y en el Palacio del Escorial otras imitando a Ribera, a Tintoreto y a otros. Y en la sacristía de la Santa Iglesia de Toledo otro cuadro apaisado del Bautismo de San Juan imitando a Rafael de Urbino, ¡cosa excelente! Y cuatro lienzos apaisados de la Vida de la Virgen en la sacristía de la Casa Profesa de esta Corte, y otros dos en la iglesia del Colegio Imperial, sobre las dos puertas colaterales. Y los dos cuadros de la Encarnación y la Oración del Huerto, que están en la capilla del Santísimo Christo de San Ginés, a los lados del crucero de la cúpula; sin otros innumerables en casas de Señores y de particulares. Y últimamente podemos decir que Lucas Jordán fué padre de la Historia con el pincel, como Herodoto lo fué con la pluma, pues así en la sacra historia, como en la romana, griega, pérsica, gálica, hispánica y fabulosa, fué peregrino, con gran propiedad y caprichosa diferencia en los trajes y singular expresión en los afectos, naciones, sexos y edades, de suerte que dudo que en la universalidad del historiado con armoniosa composición, bien organizada de claro obscuro y contraposición de luces, le haya excedido, ¡si es que le ha igualado alguno!

Tuvo Lucas Jordán innumerables discípulos, pero pocos que aprovecharan, porque era más práctico que teórico, y los discípulos se dexaban llevar de aquella facilidad con que veían pintar a su maestro, y queriendo seguir lo mismo, se perdían, por faltarles aquellos fundamentos de estudio con que fué dirigido Jordán en sus principios por José de Ribera y Pedro Cortona, sus maestros. Pero de los más adelantados discípulos de Jordán, los que hoy sabemos son Simoneli, Pablo de Mateis y especialmente pudiéramos decir que lo es Francisco Solimena, porque éste le imita en todo lo que Jordán hizo mejor, y en lo que no fué tal, lo adelanta con el estudio, de suerte que es lo superior que hoy se conoce en Europa.

CCXIII.—*DON FRANCISCO IGNACIO RUIZ DE LA IGLESIA, PINTOR DE CAMARA*

Fué Don Francisco Ignacio natural y vecino de esta villa de Madrid y discípulo en el arte de la pintura de Francisco Camilo; si bien, después de muy adelantado, pasó a la escuela de Don

Juan Carreño (pintor de Cámara entonces), donde se perfeccionó mucho en el arte, y más con la compañía de Cabezalero, que aunque ya muy adelantado, estaba todavía en casa de su maestro, y así le fué muy aficionado y le imitó mucho, no faltando a las Academias y a el estudio de las estatuas y pinturas de Palacio, con lo cual llegó a lograr la basa fundamental del dibujo, con muy fresco y hermoso colorido, y colocarse en la eminencia del arte y las resonantes voces de la fama. Hizo muchas obras públicas y particulares con singular estudio y acierto, porque fué muy aplicado a la observación del natural y de los modelos, y en cierto modo tan atado a ellos, que el pelo o las barbas que tuviesen los hacía casi tan macizos como los representaba el modelo.

Fué tan amante (como diximos) de la manera de Juan de Cabezalero, que a los principios le imitó mucho, como se manifiesta en el San Juan de la Cruz, que executó para una capilla que está a el lado de la Epístola, en el cuerpo de la iglesia de mi Señora Santa Ana, de Carmelitas Descalzas de esta Corte, con aquellas plazas francas y exentas que practicaba Cabezalero, todo hecho con gran acierto por el natural, como también las historiejas que circundan el nicho.

Después se aplicó mucho a José Donoso, a quien acompañó en algunas obras, y especialmente en la de la entrada de la Serenísima Reina Doña María Luisa de Orleans (dignísima y primera esposa del Rey nuestro Señor Don Carlos Segundo), y desde entonces degeneró algo en la manera, con alguna dureza, pero siempre muy corregido. En este tiempo hizo aquel gran cuadro de las Señoras Comendadoras de la Orden de Calatrava, que estuvo en el altar mayor de su Convento, en la calle de Alcalá, y ahora está en el coro alto de dicha casa, donde también es de su mano el Salvador, que está en el sagrario. En que no se puede negar que aunque el dicho cuadro grande está muy corregido y bien historiado, parece pintado a el temple. No sucede así en los que executó para el oratorio de la celda de la Comisaría de Indias en este Convento de San Francisco, de Madrid, donde hay un cuadro bellissimo de Concepción de su mano, y San Francisco de Asís y Solano, ¡cosa de muy excelente gusto!

También pintó los dos cuadros de la Asunción y Coronación de la Virgen, que están en los costados de la capilla de Nuestra Señora de las Nieves, en el Real Colegio de Santo Tomás, de

esta Corte, junto con el del remate del retablo, y todo el demás ornato de la capilla, en la bóveda y entrada, executado a el fresco, con grande acierto, salvo lo de la parte inferior, que es a el óleo. Es también de su mano el cuadro de Santo Tomás, en el Sagrario del altar mayor, y otro de San José, que está en un altar del Cuerpo de la iglesia de San Felipe Neri, cuyo cuadro principal, que era de mano de José Donoso, lo retocó también con grande acierto. Hizo también un célebre cuadro del martirio de San Andrés para la iglesia de Casarrubios del Monte, por la traza, que había dexado para él Don Sebastián Muñoz, como ya diximos.

Pintó mucho al fresco nuestro Ignacio, y muy bien, como se ve en la capillita de Nuestra Señora de los Desamparados, sita en la iglesia del Real Hospital de los Aragoneses, en esta Corte, y otra de Jesús, María y José, que está a los pies de dicha iglesia, que ambas están enteramente pintadas a el fresco de su mano, con muy excelentes adornos, arquitectura y perspectiva, en que tuvo gran pericia. Pintó también a el fresco en el Retiro una de las piezas de la antecámara del cuarto de la Reina, por la traza de Don Claudio, en cuya ocasión le hizo el Señor Carlos Segundo la gracia de su pintor.

También pintó a el fresco la capilla de Nuestra Señora de los Remedios de San Ginés de esta Corte el año de 1697, la cual, por haberse abierto la cúpula por diferentes partes, fué preciso repararla y retocarla todo el año pasado de 1718, dando más ambiente a la historia y ligereza a las nubes, que, sin duda, con el humo de las luces y los inciensos y lo ahogado de la capilla, estaba muy apagada. También pintó a el fresco a San Juan y la Virgen a el pie de la Cruz, en el respaldo del nicho del Santísimo Christo Crucificado, que se venera en una capilla junto a la puerta de la iglesia de Nuestra Señora de Constantinopla, en esta Corte.

Llegó, pues, el año fatal de 700, y con él la muerte del Señor Carlos Segundo, tan lamentable para España quanto plausible la venida de nuestro Rey y Señor Don Felipe Quinto (que Dios guarde), con cuya ocasión (hallándose ausente de esta Corte el que tenía la gracia de pintor de Cámara desde el tiempo del Señor Carlos Segundo), solicitó Francisco Ignacio obtenerla, y después de varios contrastes, la vino a conseguir, juntamente con la

plaza de Ayuda de la Furriera. Y últimamente retrató a Su Majestad, aunque no tan a su satisfacción como quisiera, sin duda por la suma viveza del Rey en aquella edad, que apenas eran 17 años y el poco tiempo que Su Majestad podía estar presente. Sin embargo, hizo diferentes retratos con el traje de golilla para el público, como el del Hospital de los Aragoneses, el de San Antonio de los Alemanes y para las Casas de Ayuntamiento de esta Villa de Madrid.

Pintó también a el temple nuestro Ignacio con grande acierto, como lo manifestó en la entrada de la Serenísima Reina nuestra Señora Doña María-Ana de Neoburg, en el ornato de la plazuela de la Villa, que él y otro compañero suyo tuvieron a su cargo en aquella función. Como también en diferentes teatros y cortinas del coliseo del Buen Retiro, y especialmente se ve hoy en un cuadro grande a el temple, que ponen en el monumento del Real Hospital de los Aragoneses, la Semana Santa, en que están el sepulcro y las guardas y unos chicuelos arriba con un rótulo, todo alumbrado de la luz, que circunda a el sepulcro en el centro, maravillosamente, que a la verdad no se puede hacer más, y como dixé del otro cuadro, que parecía a el temple; de éste digo que parece a el óleo.

Ultimamente fué nuestro Ignacio sirviendo a Su Majestad como Ayuda de la Furriera hasta Barcelona el año 701, en que fué el Rey a celebrar sus primeras nupcias con la Serenísima Reina nuestra Señora Doña María Luisa Gabriela de Saboya, después de lo cual embarcándose el Rey para Italia, lo executó también Francisco Ignacio con la demás familia de la Casa Real. Pero fué tan corta su fortuna, que a pocas horas lo hubieron de sacar a tierra medio muerto de mareado, y se hizo a la vela el navío. Pero habiendo ya Ignacio convalecido de este accidente, fué a el Oficio de Contralor, a ver si le querían adelantar algún socorro competente para ir por la Francia a incorporarse con la familia del Rey, y no habiendo esto tenido hechura, se salió muy desconsolado. Pero un su amigo que le había oído la proposición le buscó después, compadecido de su cuita, y le consoló y socorrió con doce doblones, diciéndole que se volviese a Madrid y cuidase de su salud, que era lo que le importaba, pues ya había experimentado que no tenía aguante para lo demás. Con lo cual hubo de quedarse en asistencia de la Reina y venirse a Madrid,

sirviendo a Su Majestad. Donde nunca volvió nuestro Ignacio a recobrar su salud, que desde este lance le quedó muy quebrantada, y medicándose cada día iba de peor en peor, hasta que el año de 704 * murió, con gran sentimiento de todos los que le conocían, pues además de su eminente habilidad, era su virtud extremada y muy exemplar, asistiendo a la escuela de Christo y a el oratorio de San Felipe Neri y a otros muchos actos de virtud, con gran frecuencia de Sacramentos. Tendría de edad cuando murió cincuenta y seis años, con poca diferencia, y se enterró en la iglesia de San Felipe Neri, de esta Corte.

No puedo dexar de contar, para honra y gloria de Dios y de sus Santos, un célebre caso que me sucedió con el dicho Don Francisco Ignacio: fué, pues, que adoleció gravemente una temporada de dolor de riñones. Y yo, viéndole tan afligido, le dixese encomendara a San Zoilo, mártir de Córdoba, que era abogado de esa dolencia, porque al Santo en su martirio le sacaron los riñones y los echaron en un pozo (que hoy está en Córdoba, en su ermita), cuya agua hace maravillas en los que con devoción la toman, para remedio de este achaque. Apenas oyó esto mi Ignacio cuando me pidió con grandes instancias le hiciese traer un poco de aquel agua. Yo se lo ofrecí, y luego lo puse en execución, y con asistencia de un pariente mío y un escribano que diese fe, se llenó de la agua del pozo del Santo un pomo nuevo de vidrio, el cual, bien tapado y puesto en su vasera y caja, se lo entregaron a el ordinario con carta, dentro de la cual venía el testimonio del escribano. Llegó a Madrid, entregóme el portador todo lo dicho, y yo le envié a nuestro Ignacio la caja con su pomo de agua y el testimonio del escribano. Apenas comenzó a usar de ella cuando me avisó que aquel agua era una cosa celestial, porque además de sentirse ya con ella muy mejorado, ¡tenía una fragancia maravillosa! Con este aviso fuí allá, probé y olí el agua, y verdaderamente tenía razón, porque olía a agua de ámbar. Yo hice grande admiración del caso, como que alababa a Dios, maravilloso en sus Santos, y aunque entré en alguna sospecha (por haber yo muchas veces bebido el agua de aquel santo pozo), no se lo quise manifestar por dexarle en su buena fe. Aguardé, pues, a que volviese el ordinario, estrechéme con él, que me dixese la

* Después del 29 de febrero.

verdad, si era aquel que me había entregado el mismo pomo y agua que allá le entregaron. Entonces me dixo con ingenuidad que en el camino, a el descargar los machos, se le había caído la caxita y se había hecho pedazos el vidrio y derramádose el agua, y que él, discurriendo que sería agua de olor (porque entonces se gastaba mucha en Madrid y se traía en aquel género de pomos o vidrios), así que llegó compró uno que viniese bien a la vasera, y en él echó un cuartillo de agua de ámbar, y lo acabó de llenar de la común, y tapándolo muy bien me lo entregó. Yo quedé maravillado de lo que puede la buena fe y devoción fervorosa a los Santos, pues nuestro Ignacio no sólo llegó a estar enteramente bueno de su dolor de riñones mediante la buena fe del agua y la deprecación a San Zoilo, sino que otras muchas personas usaron de ella para éste y otros males, interponiéndose la protección del Santo, en que se experimentaron maravillosos efectos. Y estaban tan bien hallados con la fragancia del agua, que entiendo que si fuesen a el mismo pozo del Santo y viesen que el agua no tenía aquel olor, habían de decir que no era aquél el pozo milagroso de San Zoilo. ¡Tanto puede una aprensión fundada en buena fe! Y así yo los dexé en ella alabando a Dios, que así se complace de la devoción fervorosa de los fieles a sus gloriosos Santos.

CCXIV.—FRAY JOAQUIN JUNCOSA, RELIGIOSO CARTUJO
y pintor

Fray Joaquín Juncosa, religioso de obediencia en el Sagrado Monasterio de la Santa Cartuja de *Scala Dei*, en el Principado de Cataluña, de donde era natural, fué pintor excelente en el siglo y después en su religión, como lo testifican las pinturas que executó para la iglesia de dicho Monasterio, ¡que son cosa superior! Como también otras que hizo para el camarín del Monasterio de Monte-Alegre, pocas leguas distante de la ciudad de Barcelona, que son de la historia de Moisés, grandemente executados. Pintó también antes de ser religioso muchos cuadros de diferentes fábulas (en que era muy noticioso y erudito) para casas particulares. Y sobre todo hizo cuatro lienzos muy grandes, también de fábulas, para el Marqués de la Guardia en la ciudad de Caller, capital del reino de Cerdeña, ¡que son cosa excelente! Murió en dicho Monasterio de *Scala Dei* a los setenta y siete años de

su edad, en el de mil setecientos y ocho *, no sólo con créditos de gran pintor, sino de eximia aplicación a todo linaje de virtud.

CCXV.—*SENEN VILA, Y SU HIJO DON LORENZO, PINTORES, Y DON NICOLAS BUSI, ESCULTOR*

Senén Vila fué valenciano y discípulo muy aprovechado de Esteban Marc (que lo fué de Pedro Orrente) puntualísimo en el dibujo, tanto, que sus obras hacían notable efecto con solas las líneas del clarión. Trabajó incesantemente en Murcia más de treinta años, hasta el de 1707 o de 1708. Fué hombre de honradísimos respetos, histórico en lo sagrado y grande humanista, pues para descansar en sus tareas tenía en su obrador (que era célebre) un trozo de librería de selectísimos autores, en que se divertía; fué muy versado en las Academias de Valencia, él y su condiscípulo el célebre Juan Conchillos. Pintó muchas obras de conventos, mas nunca se le cumplió el deseo de hacer alguna al fresco, porque en su tiempo no se ofrecía; pero apenas hay templo que no tenga obra de su mano, especialmente todo el claustro de Santo Domingo el Real de Murcia (aunque en sus principios), muy acertado; el del Convento nuevo de Capuchinos y todos los lienzos de las capillas, tránsitos y refectorio, en que logró considerables intereses por premio de su trabajo. Y dexó su urbanidad el lienzo principal de el altar mayor de San Antonio a su condiscípulo Conchillos, quien lo pintó en Valencia. En la iglesia de las Madres Capuchinas son de su mano todos los lienzos de el retablo. También en el de la Madre de Dios, y sobre todos, en Santa Isabel, en que para confundir algunos émulos que tenía en la facultad, hizo una prodigiosa obra de historia en la capilla mayor y cuadros del retablo, en que ninguno pudo negarle la superioridad en público, que para sí en secreto habían conservado. Hizo en la enfermería de San Francisco superiores lienzos y otras muchas obras de claustros y pinturas principales de retablos para aquella ciudad de Murcia, y dentro y fuera de su reino fué muy extendido su nombre, y fué grande teórico y práctico, paisista, retratista y muy modesto en la expresión de las historias (proprio de su mucha virtud), sin embargo de ser tan grande anatomista. Se portó

* Había nacido en Cornudella en 1631.

siempre con mucha honra y estimación, y así por él en su tiempo se estimaba mucho la facultad.

Don Lorenzo Vila, su hijo, después de haberle dedicado a estudios mayores, aprendió esta facultad, que no parece sino que la heredó, y si no se ofendieran los respetos del padre, diera que tuvo más caudal en lo inventado, hermoso y tierno de sus obras, concluidas con gran práctica, limpieza y alma de dibujo, en que todos los días había de estudiar, ya por modelos, ya por academia, que del natural plantó en Murcia, y era tanta la afición, que de ordinario estaba modelando de cera y barro, con singular aprobación del grande Don Nicolás de Busi, italiano (que vivió en Murcia), escultor del Señor Felipe Cuarto, a quien retrató en bulto, y a la Serenísima Reina Madre, nuestra Señora. Le traxo de Italia el Señor Don Juan de Austria para hacer las fachadas de Palacio, y habiendo muerto Su Alteza, le dió el Señor Carlos Segundo un hábito de Santiago y caudal, con que lo pasase decentemente toda su vida. Murió Busi en la Cartuja de Valencia, cerca del año de mil setecientos y nueve, de larga edad, habiendo dexado insignes obras en Murcia, que a excesivos precios labraba; pero no hay ojos con que mirarlas ni palabras con que encarecerlas. Fué este caballero tan apasionado a la habilidad de Don Lorenzo, que cualquiera hechura de su estimación, en concluyéndola, solía copiarla Don Lorenzo al olio y dábasela a el autor del modelo, quien la estimaba, y decía ¡que sólo él pudiera imitar sus obras!, y esto con la ingenua realidad de su mucho conocimiento; hizo el Don Lorenzo algunas obras públicas a el óleo con notable acierto, y murió de unos treinta años, poco más por el de 1712 o 1713, habiendo seguido siempre el estado eclesiástico.

CCXVI.—DON JUAN VANCHESEL, PINTOR DE LA REINA

Don Juan Vanchesel, de nación flamenco, fué hijo y discípulo muy adelantado de Juan Vanchesel, el cual fué discípulo de David Teniers, y tan adelantado, que muchas pinturas de su maestro están ayudadas de su mano, especialmente algunas que tienen orla alrededor, como que fueron hechas para tapicería; donde hay pescados, trofeos, aves y animales con algunos chicuelos, de ordinario es de Vanchesel, padre de nuestro Don Juan, el cual imitó a su padre en la grande habilidad de pescados, aves, animales

y países, y aún creo que le excedió en los retratos, en que imitó tanto a Vandic, que no dudo yo que muchos retratos de Vanchesel sean tenidos con el tiempo por de Vandic. Vino, pues, a esta Corte por el año de 1680, y comenzó a exercitar su habilidad en casa de un paisano suyo, donde hizo cosas excelentes, y en especial un cuadro de retratos de toda la familia de su amigo y protector, historiado todo con tan grande arte, y él también retratado, asomándose por una ventana a escribir su nombre en la pared, que a no tener esta circunstancia fuera reputado por de Vandic*.

Pintó también un retrato a caballo tan al vivo, por el natural, en mediano tamaño, que fué providencia la desigualdad, para evitar la duda de cuál era el pintado o cuál el vivo. De éste y otros muchos retratos que hizo con extremadísimo primor y acierto y muchos también de las Señoras Damas de Palacio, llegó a noticia de la Reina nuestra Señora Doña María Luisa de Orleans su grande habilidad, y gustó que la retratase, como lo executó, muy a satisfacción de Su Majestad, y le hizo su pintor.

En este tiempo se trató de pintar la galería del Cierzo del cuarto de la Reina con la fábula de Siquis y Cupido, quien gustó que Vanchesel hiciese alguna de las historias que se habían de executar. Hízose así, y se le repartió el caso de cuando Cupido llevó a Siquis a aquel suntuoso Palacio, y apenas comenzó cuando el Señor Carlos Segundo (que frecuentemente asistía allí) le preguntó qué tiempo habría menester para acabarla. El respondió que seis semanas. Prosiguió pintando su historia, y, o bien por la poca curia que él tenía fuera de los retratos o porque naturalmente era muy detenido en el pintar, y más viendo que no conseguía todo lo que quisiera, detúvose mucho más de las seis semanas. El Rey, que, sin duda, se las debió de contar, le preguntaba cada vez que subía que cuándo acababa. Y él iba dando largas, de suerte que ya el Rey, enfadado, no le preguntaba nada, hasta que un día le dixo a otro que pintaba allí: ¿Este hombre es flamenco o flemenco? Respondióle el tal: Señor, de todo tiene un poquito. ¿Poquito? (dixo el Rey), no sino muy mucho. Señor (dixo el compañero), como es para el servicio de V. Majestad, él quisiera adelantarle cuanto fuera posible. ¡Pero dixo (replicó el Rey)

* Es el núm. 2.525 del Museo del Prado; firmado en 1680.

que acabaría aquella pintura en seis semanas! A que respondió el compañero (por no ponerle en mal con el Rey): Señor, puede ser que no se hayan cumplido, y el Rey dixo tan aprisa: *¿Hombre, estás loco? ¿Son las semanas de Daniel?* Que hubo el compañero de comerse la risa de ver la prontitud y agudeza del Rey, aludiendo a que nunca se cumplían aquellas semanas en el sentir de los judíos.

Concluyó finalmente Vanchesel esta pintura; pero mejor se desempeñó en otra que hizo en el mismo sitio, cuando Siquis, desaparecido el Palacio, se quedó desconsolada en un desierto poblado de fieras y vestiglos, en que pintó algunos leones, tigres y otras fieras, con un buen pedazo de país.

Pero habiendo muerto la Reina nuestra Señora Doña María Luisa no se atrasó por eso la fortuna de Vanchesel, pues continuó en la gracia de la Serenísima Reina nuestra Señora Doña Mariana de Neoburg, a quien retrató diferentes veces, como también al Señor Carlos Segundo, después de cuya muerte se fué en asistencia de la Reina viuda a Toledo, donde hizo muchos retratos, y después de haberse pasado a Bayona de Francia esta Señora, se vino Vanchesel a Madrid, donde logró la ocasión de retratar al Rey nuestro Señor Don Felipe V, aunque no con tanto acierto como se esperaba, o por causa de la turbación o de su poca salud, de que adoleció, de suerte que de allí a poco murió por el año de mil setecientos y ocho, a los sesenta y cuatro de su edad.

CCXVII.—*VIDA DE DON FRANCISCO PEREZ SIERRA*

Don Francisco Pérez Sierra, natural de la ciudad de Nápoles y vecino de esta Corte, fué hijo de Don Martín Pérez, español y natural de Gibraltar, el cual, sirviéndolo a Su Majestad en la milicia, fué a parar a Nápoles, donde casó con una señora hija del Gobernador de Calabria, de cuyo matrimonio tuvo, entre otros hijos, a el dicho Don Francisco, el cual salió en extremo inclinado a la pintura, y aunque en Italia tuvo algunos principios con Anelo Falconi, para las batallas, a que fué muy aficionado, la asistencia a su amo, Don Diego de la Torre, Secretario de el Consejo de Santa Clara de Nápoles, a quien servía de paje, no le dió lugar a adelantar todo lo que quisiera y su genio admitía; pero habiéndose venido a España con dicho su amo, que en esta Corte

fué Secretario de Italia, continuó su aplicación a las batallas con Juan de Toledo, que a la sazón estaba en Madrid, y habiendo aprovechado superiormente, dexó la ocupación de servir y se aplicó a pintar batallas con excelencia y gran manejo, y asimesmo otras historias de Cabañuelas, Nohecillas y cosas semejantes. Casóse con Doña Mónica de los Ríos, y continuó algunos años en este ejercicio y también en el de otras historias, como lo manifiesta la de San Francisco de Paula, cuando pasó el mar con el compañero sobre su manto, que está en el convento de la Victoria de esta Corte, a la entrada del refectorio, hecho con tanto acierto, que por sólo este cuadro merece este lugar.

Pintó al fresco y al temple y ayudó en algunas obras a Carreño y Rici, especialmente en la Huerta de Sora, camino del Pardo, que fué del Excelentísimo Señor Marqués de Heliche, y también son de su mano dos figuras de las Marias que están a los lados de la capilla del Santo Sepulcro, a los pies de la iglesia del Convento de San Plácido, de esta Corte, al temple, con todo lo restante del ornato de la hornacina y capilla, excepto las demás figuras de la bóveda y medio punto de sobre la rexa de el coro baxo, que son de mano de Rici. También son de mano de Pérez los cuadros antiguos de la capilla de Don Diego de la Torre, en que hay algunas copias del Españolito y otros de la invención de D. Francisco, la cual capilla está en la iglesia del Convento de los Angeles, en esta Corte, junto el altar mayor, donde también pintó un monumento, que permaneció hasta estos años, aunque muy deteriorado, y en él se ayudó de Matías de Torres y Mantuano. También hizo un célebre altar de prespetiva para la canonización de Santa Rosa de Lima, en el Real Convento de Santo Domingo, de esta Corte, y asimismo un carro triunfal muy célebre para la fiesta de la Canonización. También pintó otro altar de prespetiva para la fiesta que hacen los mercaderes en el Convento de nuestro Padre San Francisco, en obsequio de este glorioso Patriarca, y esto con extremado primor y acierto, de que yo vi varios despojos en su casa.

Después le pareció a Don Diego de la Torre darle ocupación de otra clase, y fué la de Agente general de los presidios de España, en que se ocupó algunos años, pero nunca dexando del todo el empleo de su afición. Y últimamente, habiéndose suspendido algo dicha Agencia, se aplicó a pintar flores y frutas por el na-

tural (con ocasión de un muy púlido jardín que tenía en su casa), que era en la calle de las Infantas, más abaxo de los Capuchinos de la Paciencia, y las llegó a hacer con tan superior gusto, que parecía no poderse adelantar. A cuyo intento Don Diego de Náxera (agudo ingenio castellano), escribiéndole un romance, tan célebre como suyo, entre otras coplas (aludiendo a las flores), dixo la siguiente:

*Vos, por quien duda la vista,
Cuando curiosa os contempla,
Si en el jardín o en el lienzo
Las producís más perfectas.*

También se aplicó a pintar algunos bodegoncillos, con diferentes baratijas, hechas por el natural, y algunas legumbres y hortalizas, colocadas con tanta arte y buen gusto, que era un milagro. Hizo también un retrato de Nuestra Señora de la Soledad en su mismo camarín, la cual dexó a los Capuchinos de la Paciencia, junto con su retrato; además de otros dos cuadros de San Buenaventura y San Félix, también de su mano, que están en la sacristía.

Ultimamente llegó a tiempo, con la edad de más de setenta años, que ya no podía pintar, y así pasó algunos, manteniéndose decentemente con su sueldo que le quedó y hacienda, que tenía bastante. Murió de accidentes de perlesía, ya fatuo y casi dementado, el año de 1709, a los ochenta y dos de su edad, y se enterró en el Convento de los Capuchinos de la Paciencia de esta Villa de Madrid, y dexó por heredero a aquel Santísimo Christo, para sus festividades y descubiertos.

CCXVIII.—DON PEDRO RUIZ GONZALEZ

Don Pedro Ruiz González, natural y vecino de esta villa de Madrid * aprendió el arte de la Pintura, ya en edad crecida, en la escuela de Juan Antonio Escalante, y aunque ya endurecido el genio, adelantó muy bien y le imitó mucho a su maestro en los principios, aunque después se aplicó a la comunicación de Carre-

* Nació en Arandilla (Cuenca) en 1640.

ño, y con efecto, se mejoró mucho, como lo acreditan diferentes cuadros particulares que yo he visto suyos. En la iglesia de la enfermería de la Venerable Orden Tercera de esta Corte hay uno a el lado de la Epístola, del Tránsito de San José, de su mano, en que se conoce su habilidad y buen gusto, y no menos en los tres que hizo para unos pilares de la iglesia de San Justo y Pastor de esta Corte, con gran capricho y buena composición, que el uno es del Nacimiento de Christo Señor Nuestro, otro de San Antonio Abad y otro de San Blas. Y también son de su mano los cuatro cardenales que están en la sacristía del Colegio Imperial *. Como también otros tres cuadros que hizo para la Iglesia Parroquial de San Millán, uno sobre la puerta de la sacristía y otros dos en el presbiterio, que todos tres perecieron en el incendio lastimoso de el año de 720, día 16 de marzo. Otro cuadro tiene de la Procesión del Santísimo sobre la puerta del costado de la callejuela, en la Parroquial de San Luis. Y también un estandarte muy caprichoso de la Congregación de San Millán, y otro de la Venerable Orden Tercera de Nuestro Padre San Francisco.

Fué hombre, especialmente en el pensar y componer, muy caprichoso y erudito, porque en sus primeros años estudió la gramática, y si lo digerido fuese como lo pensado, hubiera sido el primor hombre del mundo, porque verdaderamente sus borroncillos lo parecían. Yo vi uno del Pretorio de Pilatos con Christo Señor Nuestro cuando le iban a poner la Cruz acuestas, que verdaderamente parecía de Pablo Veronés. No sé si lo executó en Granada. Otro vi del Sepulcro de Christo, que aseguro parecía de Ticiano; aunque no corresponde la ejecución en lo grande, como se ve en el cuadro, para que lo hizo, que está en la sacristía de la Parroquial de San Ginés. Tiene un cuadro muy bueno en un ángulo del claustro chico del Convento de la Merced de esta Corte del martirio del Beato Fray Serapio, de esta Sagrada Religión, y otros retratos en la antesacristía.

Era hombre de lindo humor, discreto y chistoso, y habiéndole prestado un real de a cuatro un amigo suyo, pintor del Rey, dixerónle a Don Pedro en una conversación que si él era pintor de Su Majestad. Respondió que no, y otro que estaba presente, amigo suyo, dixo: Aunque el Señor Don Pedro no es pintor del Rey,

* Donde se conservan. Son retratos de los jesuítas Belarmino, Toledo, Lugo y Nithard.

no debe nada a ningún pintor del Rey. Y entonces dixo él: Con licencia de vmd., que a Don Fulano le debo cuatro de plata. Encontró un día a Don Juan de Laredo y le preguntó si tenía mucho que pintar. Y como Laredo asistía en los teatros del Retiro, le respondió: Que él ya no tenía que hacer ni sabía dónde vivía el imprimador de los lienzos. Volvióle a encontrar otro día con un mozo cargado con dos talegos de dineros, y díxole Don Pedro: Amigo, como vmd. sepa dónde vive ese imprimador, no le dé pena de no saber dónde vive el otro. Estaba un día en casa de Carreño a tiempo que éste hacía un retrato del Señor Carlos Segundo, de cuerpo entero, y para plantarle a su gusto se puso Carreño en la planta, y le dixo a Don Pedro que hiciese un apuntamiento, para gobernarse por él. Hízolo Don Pedro, según veía el natural (el cual era muy mal trazado de pies y piernas), y le pareció tan mal a Carreño, que le dixo a Don Pedro se pusiese en la planta, que él lo dibujaría (era Don Pedro más bien dispuesto que Carreño). Hízose así, y Carreño dixo: Vea vmd. ahora si es todo uno. Y respondió Don Pedro: No, señor, no es todo uno, que yo hice lo que veía, y no tengo yo la culpa de ser más bien trazado que vmd.

Tuvo gran facilidad en hacer dibujos de cualquier asunto, y así dexó hechos innumerables; pero al mismo paso tenía tal flujo de firmar, que aunque fuese una mala figura de Academia o un mal rasguño, no había de quedar sin firma. Y así no hay pintura suya grande ni pequeña que no esté firmada. Y motejándole este exceso algún amigo, decía que sus defectos no quería que se los atribuyesen a otro. Fué muy virtuoso y exemplar, y asistió muchos años a la Escuela de Christo y siempre se portó con grande estimación y decencia, no obstante que en los últimos años pasó gran trabajo por la falta de pulso y vista para pintar. Murió últimamente a los setenta y seis años de su edad, en el de mil setecientos y nueve* y se enterró en la Iglesia Parroquial de San Millán de esta Corte.

CCXIX.—DON JERONIMO SECANO, PINTOR Y ESCULTOR

Fué Don Jerónimo Secano natural de la ínclita ciudad de Zaragoza, y desde su niñez muy inclinado a el arte de la Pintura, y

* Murió el 3 de mayo de 1706.

habiendo tenido en aquella ciudad algunos ligeros principios de esta facultad, pasó a esta Corte, donde con el trato y comunicación de los eminentes pintores que había entonces, el estudio de las Academias y copiar excelentes originales, en que gastó algunos años, se hizo consumado artífice, hallándose dueño del dibujo y experto en el colorido, en que tuvo singular gusto.

Volvióse con esto a Zaragoza, donde hizo muchas y excelentes pinturas, como lo acreditan los cuadros de la capilla de San Miguel, de aquella ciudad, y su cúpula, pintada a el fresco de su mano con superior gusto.

Hallándose, pues, nuestro Secano con más de cincuenta años de edad, se aplicó a la escultura, en que logró con facilidad el salir eminente (que con el estrecho vínculo y vecindad de estas dos ilustres facultades, fácilmente se encuentra el pasadizo, y aun muy de ordinario habitan en una misma casa). Habiendo, pues, logrado Secano este nuevo empleo, executó, entre otras estatuas, las de la capilla de San Lorenzo de aquella ciudad con muy singular acierto. Murió en ella de edad de setenta y dos años, por el de 1710.

CCXX.—DON LORENZO MONTERO, PINTOR

Don Lorenzo Montero, natural de la ciudad de Sevilla, fué muy buen pintor a el temple, y con especialidad en arquitectura, adornos y tarjetas; pero, sobre todo, en frutas, flores y países. Bien lo acreditó cuando vino a esta Corte, por el año 1684, manifestando su grande habilidad en las ocasiones que se ofrecieron, así de jeroglíficos, en funerales y entradas de Reina, como también en algunas capillas, y, sobre todo, las mutaciones de las comedias que se hacían en el Coliseo del Buen Retiro, a que asistió siempre, por lo bien que se desempeñaba en todo, y especialmente en mutaciones de arboleda, jardín u otras donde hubiese algunos festones de flores, jarrones o guirnaldas, era una maravilla, y mucho más el ver la facilidad con que lo hacía, el silencio y la modestia, con una aplicación incansable e inseparable de su trabajo.

Pintó una capilla que está a los pies de la iglesia de San Jerónimo en esta Corte. Y también todas las tarjetas que están repartidas en diferentes sitios del cuarto de Indias de este Real Convento de N. Seráfico Padre San Francisco, junto con el ornato de

la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México, donde se conoce bien su eminente habilidad en esta materia y el superior gusto en los adornos y flores.

No fué tan sobresaliente nuestro Montero en las figuras; pero tan modesto e ingenuo en el propio conocimiento, que cuando se le ofrecía alguna cosa de importancia se valía de persona de satisfacción que le desempeñase; lo que no hacen muchos ignorantes, que no atendiendo a su crédito ni a su conciencia, a todo embisten, y salga lo que saliere, en grave perjuicio de los pobres dueños de las obras, que dexándose llevar del nombre de pintor (que indignamente usurpan muchos, que no lo son), discurren que sabrán hacer cualquiera cosa que sea pintura, y después se halla burlada su confianza, cuando no lo pueden remediar.

Murió, pues, nuestro Don Lorenzo en esta Corte por el año de setecientos y diez, y a poco más de los cincuenta de su edad, con grande exemplo de su mucha virtud y cristiana disposición, y se enterró en la Parroquial de San Sebastián.

CCXXI.—DON MATIAS DE TORRES, PINTOR

Don Matías de Torres fué natural de Espinosa de los Monteros y vecino de esta Corte, donde aprendió el arte de la Pintura en casa de un tío suyo llamado Tomás Torrino, pintor vulgar y de tienda. Siguió en sus principios aquella mala escuela, pintando adocenado, atendiendo sólo a el vil interés, sin corrección alguna. Después, con la comunicación de Don Francisco de Herrera, el maestro mayor, y la asistencia a las célebres Academias de aquel tiempo feliz y el trato de los pintores insignes que produjo aquella edad, mudó de estilo y entró en corrección, de suerte que llegó a ser por su camino uno de los eminentes de esta facultad.

Era hombre de mucho punto y vergüenza, y así la misma honra le hizo aplicarse y llegó a tener gran facilidad en el inventar, y también hizo países, historiejas y batallas muy bien, y no menos historias de magnitud, de que hay muy excelentes cuadros suyos de la historia de Josué en el Palacio de Boadilla, dos leguas de esta Corte, sin otras muchas en sitios públicos y casas particulares. Y especialmente en el Real Monasterio de San Jerónimo de esta Corte hay mucha pintura suya, como lo es el cuadro de San Matías, con el Señor Emperador Carlos Quinto (su devoto) adorándole, que está en el crucero de la iglesia a el lado.

del Evangelio. También el cuadro de la Purificación, que está a el mismo lado en el Pilar, junto a la rexa, y debaxo el de San Jerónimo y Santa Paula adorando a el Niño Jesús, cuyo pesebre visitaron en Belén. Y asimismo todo el Apostolado de el coro alto y otro cuadro del Máximo Doctor, a la entrada; sin otros muchos en el claustro alto y baxo. Era de genio muy altivo, y sucedió que habiendo comprado un caballero unas batallas suyas, de las que sacaban a vender en Palacio; preguntó dónde vivía el artífice, porque quería otras. Dixéronselo, y fué a buscarle, y habiendo preguntado si vivía allí uno que pintaba batallas, salió él y dixo: Señor mío, yo no pinto sólo batallas, que también pinto historias, Santos y retratos, aunque sean del demonio, y retrataré a vmd. si gustare. Lo cierto es que tuvo habilidad para todo, aunque de muy poca fortuna.

La pintura de la capilla y nicho del Santísimo Christo de la Paciencia, en el Convento de Capuchinos de este nombre, es suya también, como lo son los dos cuadros de San Francisco Solano, que están a los lados de la escalera grande del Convento de Nuestro Padre San Francisco, de esta Corte, que, cierto, son cosa excelente y de figuras del tamaño natural; también el cuadro del San Diego, que está en un pilar de la iglesia de la Victoria, junto a la capilla del Santísimo Christo del Amparo. Dos cuadros que están en el pasillo de la sacristía del Convento de Trinitarios Descalzos de esta Corte, el uno San José con el Niño Jesús dormido, y el otro de San Pedro en la prisión, cuando le libertó el Angel; sin otros muchos en casas particulares, así de Concepciones como de historias de la Vida de Christo y de su Madre Santísima, San José con el Niño Jesús, y otros Santos, de que he visto muchos y buenos cuadros. Pintó muy bien a el temple nuestro Torres, como lo manifestó en diferentes ocasiones de entradas de Reinas, funerales, monumentos y altares de perspectiva, especialmente en el de la Canonización de Santa Rosa de Lima, y en fiesta de los Mercaderes en el Convento de Nuestro Padre San Francisco, de que yo alcancé algunos fragmentos, cosa excelente; como se reconoce en un altarico fingido a el temple que está en la capilla (que llaman) del Obispo, contigua a la Parroquial de San Andrés, a el lado del Evangelio, junto a la puerta del costado de dicha capilla, con Santa Agueda y Santa Bárbara en los intercolumnios, y en el nicho Santa Lucía.

Afectó nuestro Don Matías con grande extremo la templanza del claro y obscuro, siguiendo el estilo de Herrera, de suerte que en tocando de luz en una parte de la historia, aunque no fuese en la figura principal del asunto, lo demás se lo dexaba a oscuras demasiadamente rebaxado. Y así el cuadro que dixé de San Diego, en la iglesia de los Mínimos, sucedió una cosa graciosa: está un pobre en primer término tocado de luz solamente en un brazo, y todo lo demás tan rebaxado, que como la iglesia estaba en aquel tiempo algo obscura por aquella parte, a poca distancia no se veía más que aquel brazo que está tocado de luz. Y hallándose allí un día Don Francisco de Solís (pintor de crédito en esta Corte), preguntóle un su amigo qué Santo era el de aquel cuadro. A que respondió Solís *que era San brazo*. Respuesta que aunque tuviese algo de mordacidad, tiene mucho de documento, porque a la verdad la figura principal del asunto o el héroe de la historia debe gozar de la luz y dominar a todo, de suerte que luego se haga por ella manifiesto el argumento de la obra, como diximos en el tomo I, lib. 1, cap. 8, § 1.

Tuvo gran curiosidad nuestro Torres en hacer de miniatura especialmente para privilegios, títulos, executorias y cosas semejantes. Para lo cual tuvo un hijo llamado Don Gabriel, a quien impuso muy bien en ello, y lo executaba con primor; pero su padre le hacía siempre los dibujos, en que tenía singular gracia y facilidad, ¡y así dexó hechos innumerables!

Llegó, pues, a tiempo nuestro Don Matías que habiendo sido hombre de gran fausto, muy bien portado, respetuoso y de linda traza, se fué aplanando de modo con los infortunios de los hijos y su mala estrella o mala conducta en la edad mayor, que se vió en suma miseria. Enviudó, y también se le murieron dos hijas que tenía casadas, las cuales tuvieron la habilidad de pintar laminitas, y esto después de haberse descarnado para dotarlas, de suerte que se quedó sin más que su habilidad, que ya con la decadencia de los años había declinado mucho, y así totalmente llegó a no pintar. El hijo, así, por su parte, como por la de su mujer, se portó muy mal con él, y alguna vez no faltó quien le dixo que había de experimentar el castigo del Cielo. Y así fué, porque murió con harta miseria mucho antes que su padre. Con que quedó el buen Don Matías tan solo y desamparado, que apenas le mantenían las obras de la commiseración de sus amigos. Y últimamente llegó

a postrarse tanto, que habiéndole albergado de caridad un su amigo abridor de buril, con el motivo (además de la caridad) de los dibujos que le había hecho para algunas cosas; se trató de que le recibiesen en el Hospital General de esta Corte, en la sala que llaman de los Carracos (porque el pobre mozo que le tenía en su casa, así por sus cortos medios como por ser solo y forastero, no podía suplir un todo), y ni aun este linaje de alivio llegó a lograr, pues estándose tratando murió consumido de la misma laceria, necesidad, senectud y pobreza, a los ochenta años de su edad, en el de mil setecientos y once, y se enterró en la Parroquial de San Luis, de esta Corte. ¡O fuerza de un destino fatal!

CCXXII.—*DON FRANCISCO LEONARDONI, PINTOR*

Don Francisco Leonardoni, natural de la ínclita ciudad de Venecia, aprendió en ella el arte de la Pintura, y habiendo aprovechado mucho en aquella eminente escuela, y especialmente en los retratos, se le ofreció un disgusto tan pesado, que le fué forzoso dexar su Patria. Y así, transmigrando por diferentes provincias de Europa, vino a parar a España, y a esta Corte por los años de 1680, con poca diferencia, donde hizo pie y donde comenzó a mostrar su habilidad en diferentes retratos de personas de todas clases con tan superior acierto, que no parece se pueden adelantar. Y aseguro que yo he visto algunos que califican bien esta verdad, y especialmente una cabeza, retrato de su misma persona y mano, que no parecía en lo definido y regalado sino de mano de Lucas de Holanda.

También los hacía en pequeño con singularísimo primor, de los cuales yo vi algunos, superior cosa, especialmente de Sus Majestades.

Pero no fué tan limitada su habilidad a los retratos, que no se extendiese también a las historias, si bien no en grado tan superior; pero siempre mostrando una gran manera, franca y de mucho relieve, por las buenas plazas de claro y obscuro. De su mano son los dos cuadros colaterales que están en la capilla de San José, en la iglesia del Colegio de Atocha, en esta Corte, de los Desposorios y Tránsito de este Glorioso Patriarca. También es de su mano un cuadro de la Encarnación, que está en el remate del retablo de Nuestra Señora de Guadalupe, en la iglesia

de San Jerónimo el Real de esta Corte, y el cuadro principal de la capilla mayor de la iglesia de Leganés.

Murió, finalmente, en esta Corte, en el Buen Retiro por el año de 1711, y a los cincuenta y siete de su edad. Y en dicho Palacio tuvo cuarto lo más del tiempo que vivió en España*. Fué hombre de todas maneras grande, porque su estatura fué desmesurada de lo común, pero con gran proporción, y a el mismo respecto era gruesísimo, de suerte que parecía de estatura gigantea, y era de trato muy amistoso, apacible, galante, bizarro y muy caballeroso, porque aseguran que en su patria lo era, y a la verdad lo calificaban sus honrados y desinteresados procederes.

CCXXIII.—JUAN CONCHILLOS, PINTOR

Juan Conchillos Falcó fué natural de la ciudad de Valencia y de muy ilustre familia, así por el apellido de Conchillos en Castilla como por el de Falcó en Valencia. Tuvo los principios del arte de la Pintura en la escuela de Esteban Marc, pintor insigne, especialmente en las batallas; pero de raro y extravagante humor (como diximos en su vida), por cuya causa pasó muchos trabajos Conchillos en su casa, que sólo su bondad los hubiera aguantado, en que hubo algunos lances preciosos, de que hicimos mención, aunque se omitieron otros muchos por indecorosos.

Salió, pues, nuestro Conchillos muy adelantado en el arte de la Pintura, y especialmente en el dibujo, y después de algunos años pasó a Madrid, a ver las eminentes obras y tratar los grandes hombres que entonces había, en que se detuvo una buena temporada, y con esta ocasión comunicó a Don José García, pintor, como paisano y condiscípulo que había sido de Conchillos, y respecto de que éste se hallaba desocupado, y García entonces, en el auge de su fortuna, le dió que hacer a Conchillos algunos cuadros de su cuenta, y entre ellos fueron dos bien grandes e historiados de la Vida de San Eloy, que están en la sacristía de la Parroquial de San Salvador, de esta Corte, en los cuales, no obstante que García, por hacer del maestro, los retocó (en que no les hizo merced alguna), todavía se conoce muy bien que son

* En 17 de junio de 1694 fué nombrado pintor del Rey (p. 110 de mi libro *Los Pintores de Cámara*, 1916).

de Conchillos y descubren su grande ingenio y capricho en la invención y composición armoniosa de lo historiado, con mucho fundamento de dibujo.

Volvióse, pues, Conchillos a Valencia muy mejorado en el colorido y no menos en el dibujo, porque asistió con gran frecuencia a las Academias que entonces hubo en esta Corte con grande formalidad, y a copiar las mejores pinturas que pudo, sin olvidar el estudio de las célebres estatuas de Palacio. Y así lo continuó toda su vida, de suerte que procuró establecer la Academia en Valencia, y aun la tuvo muchos años en su casa, con hallarse ya en edad muy adelantada, sin faltar a ella noche alguna, haciendo una figura de carbón cada noche, de suerte que eran innumerables las que tenía, y así, para cualquiera invención que se le ofreciese, sacaba un legajo de figuras de Academia y con facilidad encontraba lo que había menester y lo acomodaba a su intento, y componía su historia con muy buenos desnudos y galantes actitudes.

En este tiempo hizo Conchillos aquellos dos célebres cuadros de más de veinte palmos de alto: el uno de la milagrosa venida del Santísimo Christo de Berito, contra la corriente de aquel río Turia. Y el otro de los martirios y lanzada que unos bárbaros infieles de aquella región executaron en dicha santa imagen, a cuyo golpe salió tanta sangre, que recogida en diferentes vasijas, después de muchos prodigios, se enriquecieron con ella las santas iglesias de Oriente y aun de toda la cristiandad, como diximos en el tomo primero, que son de lo mejor y más bien historiado que hizo, los cuales están colocados a los lados de el coro de la iglesia Parroquial de San Salvador de dicha ciudad. Hizo también otro de la Concepción Purísima para el Convento de Religiosas Franciscas de la Puridad, ¡cosa excelente!, aunque él quedó disgustado con este cuadro, porque habiendo gastado mucho tiempo y estudio en gran tropa de Angeles alrededor de la Virgen, todos gentilmente dibujados y en diferentes coros de música y gloria, puesto el cuadro en su distancia, se confundían, de suerte que se perdían. Esto fué a tiempo que yo estaba recién ido a Valencia, por el año de 1697, y para la visura de la obra de San Juan del Mercado, y con este motivo se había traído el cuadro a su casa, y habiéndole yo ido a ver y consultádome la confusión en que se hallaba y de que deseaba saber en qué consistía, viendo

yo su ingenuidad y las veras con que me lo significaba, le dixe con la misma, que consistía en la falta de contraposición, la cual, especialmente en las distancias, es indispensable, para despegar unas cosas de otras. Cierto que me dió exemplo su gran modestia, ¡pues no sólo lo estimó mucho, sino que aún quería que yo lo retocase! A lo cual me excusé diciendo que los demás pintores lo conocerían y que no le estaría bien a su crédito, y así lo executó él con mucho acierto. ¡Tanta era su humildad, ingenuidad y modestia!

Hizo también dos muy grandes lienzos de la historia y vida del glorioso Patriarca San Benito para el Real Monasterio de Val digna, de la Sagrada Religión del Cister, los cuales vi yo, transitando por aquel célebre valle, camino de Gandía, y cierto que son cosa excelente, y están colocados en el presbiterio de aquel magnífico templo, que es de los mejores que he visto en aquel reino. Hizo también otro gran cuadro de la vida de San Luis Beltrán para el lado derecho de la escalera del Convento de Santo Domingo de la ciudad de Murcia. Y también hizo el lienzo principal de San Antonio, para el altar mayor del Convento de Capuchinos de dicha ciudad, a expensas del Conde del Valle de San Juan. Y otros para el claustro de San Sebastián en la ciudad de Valencia, Convento de los Mínimos.

Tuvo gran facilidad en hacer dibujos de aguada de cuanto se le ofrecía o de algún sitio caprichoso que hubiese visto. Y así sucedió, cuando yo fui a Valencia el dicho año de 1697, que habiendo salido Dionis Vidal (discípulo mío) a recibirme hasta la Venta de Chiva, cinco leguas de Valencia, quiso también Conchillos hacerme la honra de ir en su compañía, y habiéndose executado a la vista de dicha venta toda la función, pasamos a Valencia aquella tarde, y a el otro día me enseñó Conchillos un dibujo de aguada de todo el recibimiento, con las calesas, la venta y el pozo y pilar que hay enfrente, con todas las demás circunstancias del país, y a mi discípulo abrazándome, y todos los demás, y él mismo con tal propiedad, que en las acciones y el traxe se conocía quién era cada uno.

Lo mismo executó en otra caminata que hicimos hacia Villareal, a visitar el cuerpo de San Pascual Baylón y otros santuarios por aquel paraje (cosa que por allá se hace con gran frecuencia), en cuya ocasión hizo Conchillos diferentes dibujos, ya del

célebre Castillo de Murviedro y las ruinas de su anfiteatro (donde fué la antigua y memorable Sagunto), ya de otros sitios y ermitas que visitamos, y sobre todo de un fracaso, en que se volcó la galera donde iba Conchillos con otros amigos, y entre ellos un religioso y un clérigo, y era de ver el dibujo con la gracia tan extremada que estaba hecho, que convertía en placer el susto de la caída, pues un galero sofrenaba las mulas, otro estaba sacando la gente de la galera, otros salían a gatas, el religioso haciendo espantos, el sacerdote echando absoluciones, y yo también andaba en la fiesta ayudando a sacar la gente, y el criado teniendo el caballo de mi silla volante; de suerte que estaba todo con tal propiedad en sitio, adherentes y circunstancias, que cada vez que se veía el dibujo parecía que estaba sucediendo el caso.

Ultimamente le dió a los últimos años un accidente de perle-sía que le dexó baldado e inútil, tanto, que vino a cegar y verse en grandes trabajos, y más con los contrastes de aquel reino desde el año de cinco en adelante. Y finalmente murió en el de 1711, en el día 14 de mayo, a los setenta de su edad. Fué verdaderamente hombre amabilísimo, humilde, modesto y exemplarmente virtuoso y honrado y de una masa de ángel. Dexó innumerables dibujos, que heredó su hijo Juan Antonio, con todo lo restante de su estudio y hacienda, siguiendo la misma profesión que su padre.

CCXXIV.—*DON VICENTE VICTORIA, PRESBITERO,*
Canónigo y pintor

Don Vicente Victoria fué natural de la ciudad de Valencia, donde cursó las letras y algunos ligeros principios de la Pintura, a que fué notablemente aficionado. Pasó a Roma a pretender alguna congrua eclesiástica para poderse ordenar, y en este tiempo se aplicó mucho a la pintura en la escuela del insigne Carlos Maratí, donde aprovechó mucho, y en especial en los retratos y en la buena inteligencia de la simetría y anatomía, en que era muy observante. Obtuvo allí un canonicato de la Santa Iglesia de Xátiva (hoy San Felipe), mediante lo cual se ordenó de Sacerdote, y con eso se volvió a Valencia, donde de ordinario residía (después de haber tomado posesión de la prebenda), y siempre extramuros de ella, por lograr su apetecida quietud estudiosa y al-

gún desahogo de jardín y cercanía del campo, a que era muy aficionado.

Hizo en Valencia diferentes retratos, de los cuales vi yo algunos, que así en lo parecido como en lo bien pintado, no se podían adelantar, porque en esto, con especialidad, y en todo lo que era contrahacer el natural, fué verdaderamente insigne. Y así vi en su estudio algunas travesuras de esta calidad que me pusieron admiración, pues totalmente me engañaron, teniéndolas por naturales, hasta que él mismo me dió motivo al reparo; como son, una tabla fingida en un lienzo, sobre la cual pendían algunos papeles, dibujos y otras baratijas, ¡que yo confieso con ingenuidad que me engañé! Como también un trozo de librería fingido para llenar un vacío de la que tenía muy selecta, que yo, no hallando diferencia entre la fingida y la verdadera, pues una y otra estaban tocadas de una misma luz y con un mismo relieve; ¡la juzgué toda una! Y a este tenor tenía otras muchas cosas de su mano executadas por el natural, con grande observación y puntualidad.

Era muy curioso y aficionado a los libros, y así tuvo muchos y buenos, y especialmente de la pintura, nunca he visto tantos juntos. Pintó también algunas historias, aunque no con tanta excelencia y buen gusto como lo referido, según se ve en la sacristía de San Francisco de aquella ciudad. Y también pintó al fresco la cúpula de la capilla de San Pedro de la Seu (que la demás pintura es de mi corta inteligencia); también la cúpula de la capilla de la Purísima en la Casa Profesa. Fué muy espléndido y liberal y amigo de sus amigos, portándose con gran garbo en las ocasiones. Escribió un libro, que sacó a luz en toscano, intitulado *Observazioni sopra il libro della felsina pitrice*, donde muestra bien su erudición, inteligencia en el arte y en todas buenas letras y la nobleza de su genio en la defensa de Rafael, Aníbal y sus escuelas, y en que calificó bien su grande habilidad en grabar de agua fuerte, como lo muestra la empresa ingeniosa de las manos cortando la pluma: *Ut scribat, non ut feriat*. Y en otras muchas cosas que grabó, y en especial una estampa de Rafael con la Virgen arriba, y abaxo San Juan Bautista, sin otras muchas cosas. Y otro libro escribió en el mismo idioma, que le intituló *Historia Pittoresca*, que no he podido saber si lo sacó a luz en Roma, a donde se volvió por el año de setecientos con ese ánimo y de gozar de las delicias de su afición, así en la pintura como en otras Academias y

Arcadias pastoriles que allí se fomentaban, donde concurría nuestro Victoria con otros célebres ingenios, y donde se hacían grandes poemas y discursos de alta erudición, según los asuntos que se les repartían, y a que era sumamente aficionado nuestro Don Vicente, y a todo género de buenas letras, especialmente de Humanidad y de Historia, y sobre todo grande anticuario y observador de las lápidas, medallas, monedas y otros monumentos antiguos; prendas todas que constituían un sujeto verdaderamente recomendable y digno de la fama póstuma. Y así fué nombrado por anticuario del Papa, con salario señalado. Supo con gran perfección la lengua italiana, en cuyo idioma y el castellano hizo muy buenos versos y otros discursos de mucha erudición. Y así mereció un elogio, que se imprimió en Roma en el Libro de las Pinturas del Sepulcro de Ovidio, que está en medio de la planta de dicho edificio, que dice así: *Li disegni di quest Opera cavati da gli antichi originali, si ritrovano nella, Libreria dell Illustrissimo Signore Canonico D. Vincenzo Vittoria Spagnolo Nobile di Valenza; le cui generose qualità, si stendono ancorà nel eruditione delle antiche memorie, con le quali si rende celebre il suo nobilissimo genio: Il cui elevato ingegno risplende non meno nella chiarezza de natali, che nella cultura de suoi eruditi studii, si nel pennello, comme ne la penna.* Murió finalmente en Roma por el año de 712, y a los cincuenta y cuatro de su edad. Tuvo título (que vi yo) de pintor del Serenísimo Señor Gran Duque de Toscana, en cuyo Museo hizo este Príncipe colocar su retrato por hombre eminente, y como tal mereció de aquella ilustre Academia muy repetidos elogios, y especialmente un anagrama de suma agudeza e ingeniosidad, con que cerraremos este discurso, y con un soneto que hizo nuestro Victoria en elogio de la Pintura, en que se califica la eminencia de su ingenio en todo.

P R O G R A M M A

*Don Vincentius Vitoria, Canonicus,
Setabensis,
Excellentissimus Pictor.*

A N A G R A M M A

*Is in Orbe Unicus.
Credo coniuncti sunt in isto,
Apelles, Seuxis, ac Timantes.*

C R I S I S

A, B, C, D, E, I, L, M, N, O, P, R, S, T, V, X.
3, 1, 5, 1, 6, 9, 2, 1, 7, 4, 1, 2, 8, 5, 5, 1.
Omnes 61.

D I S T I C H O N

*Dogmata Pythagoroe, ni fallant, Seuxio, Apelles,
Sunt, ac Timantes, corpore quippe tuo.
Petrus Joannes Bogart.*

SONETO DEL MISMO CANONIGO D. VICENTE VICTORIA
EN ELOGIO DE LA PINTURA

*Emula del Criador, arte excelente,
Misteriosa deidad, muda canora,
Sin voz sirena y sabia encantadora,
Verdad fingida, engaño permanente;*

*De el alma suspensión, sombra viviente,
Erudita y no gárrula oradora,
Libro abierto, que más enseña y ora
Que el volumen más docto y elocuente,*

*Cuanto el juicio comprende, ama el anhelo,
Se advierte en ti, y en tu matiz fecundo
Otra naturaleza halla el desvelo.*

*¡Admiro en ti casi un criador segundo!
Pues Dios de nada crió Tierra y Cielo;
¡De casi nada tú haces Cielo y Mundo!*

CCXXV.—*GASPAR DE LA HUERTA, PINTOR VALENCIANO*

Gaspar de la Huerta fué natural del Campillo de Alto-Buey, de donde vino a Valencia (no sé por qué accidente) cuando apenas tenía seis años, y acomodóse en casa de Jesualda Sanchiz, pintora y viuda de Pedro Infant, también pintor, y con ella aprendió Gaspar aquellos primeros rudimentos de el arte que le pudo suministrar la corta pericia de su maestra. Y después él, con su buen natural y gran genio (que a la verdad le tuvo, juntamente con mucha honra y punto), por no ser menos que otro, se aplicó de suerte a el estudio de la pintura, que llegó a lograr la primera estimación del arte en aquella ciudad, porque su manera de pintar (demás de tener suficiente dibujo) era de muy grato colorido. Y así se llevó en su tiempo todo el aplauso popular, de suerte que apenas hay templo en aquella ciudad y reino de Valencia donde no haya pintura suya. Pero las más señaladas son: en el Convento de Nuestro Padre San Francisco, el lienzo del retablo principal, y en el presbiterio un lienzo de San Carlos en el primer cuerpo de un colateral, y otro de los Santos Cosme y Damián en el segundo. También en la capilla de la Concepción de dicha iglesia el lienzo principal, y otros cuatro a los lados son de su mano, como también en la de San Antonio el cuadro principal y el del Sagrario.

En la Parroquial de Santo Tomás Apóstol, dos lienzos grandes que hay en el coro (asuntos del Santo), y el de la capilla mayor (que es cuando tocó las Llagas de Christo Señor Nuestro) y el Salvador del Sagrario, son suyos. Y en la Parroquial de San Martín el Salvador del Sagrario y dos Angeles de cuerpo entero en las dos puertas del camarín, son también de su mano, y las pinturas de las puertas del órgano. También lo es el cuadro que cubre el nicho de la portentosa imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, y otros que hay en la sacristía de aquel célebre santuario. Fué hombre verdaderamente digno de inmortal memoria, pues lo debió todo a su estudio y virtuosa aplicación, dirigida de un gran genio. Porque llegar a ser eminente un hombre que ha tenido por maestro otro tal, gran cosa es, pero no lo tengo por gran maravilla. Pero que aquel a quien la fortuna le negó el sufragio de un eminente maestro llegue a colocarse en la eminencia

del arte, ¡esto sí que es maravilla! ¡Y a éste sí que con más justo título se le debe el inmarcesible laurel de la fama!

Fué tan curioso nuestro Huerta, que tenía anotado cuanto ganó a pintar en el discurso de su vida, y pasaba de 35.000 pesos, que para ser en Valencia y sin más obras que las de el caballete (porque él jamás pintó a el temple ni a el fresco), ¡fué buen ganar!; pero lo empleaba mejor, porque más de la mitad daba de limosna, y especialmente a los Religiosos de mi Padre San Francisco hacía mucho bien, y a el que le faltaba breviario se lo compraba. Anduvo siempre con el santo hábito exterior de la Tercera Orden de Penitencia, donde gastó mucho y adelantó aquel Santo Instituto en aquella ciudad. Fué casado con hija de la dicha Jesualda Sanchiz, su maestra. Murió en dicha ciudad a 18 de diciembre de 1714, y a los setenta y tres años de su edad, y se enterró en el Convento de N. P. S. Francisco de dicha ciudad.

CCXXVI.—DON JOSE DE MORA, ESCULTOR DEL REY

Don José de Mora, natural de la ciudad de Granada y de muy ilustre familia, aprendió el arte de la escultura en dicha ciudad, en la escuela del racionero Alonso Cano, y hallándose ya muy adelantado en ella, pasó a esta Corte, donde continuó en la escuela de Don Sebastián Herrera (insigne escultor, pintor y arquitecto), y aprovechó tanto en ella, que sus obras se equivocaban con las de Don Sebastián. Bien lo acredita una imagen de la Concepción Purísima que en este tiempo está en poder de los herederos o testamentarios del Señor Marqués de Mancera, Don Antonio Sebastián de Toledo, pues no sólo la imagen, pero los niños, totalmente parecen de mano de Herrera.

Comenzó su crédito viviendo en esta Corte, en la calle de Embaxadores, a los principios del reinado del Señor Carlos Segundo, quien atendiendo a la mucha habilidad y buenas partes de Mora, le hizo su escultor, con el goce de gajes y emolumentos correspondientes a el empleo, y en este tiempo sirvió a Su Majestad en diferentes efigies de su devoción con singular acierto y primor, y para el público hizo muchos, y en especial la efigie de la Concepción Purísima, que está colocada en la capilla de Doña Isabel de Tebar, inmediata a el crucero a el lado del Evangelio, en la iglesia del Colegio Imperial de esta Corte. Y los dos Angeles y niños de

Pasión que están en la capilla de Nuestra Señora de los Siete Dolores, en el Real Colegio de Atocha, ¡cosa superior!

Volvióse a Granada después de algunos años, abandonando el goce de su plaza por el interés de su salud, donde vivió más de treinta años, portándose en su persona y casa como un Príncipe. Hizo muchas y excelentes obras de escultura para dentro y fuera de Granada, y especialmente para el Sagrado Monasterio de la Cartuja de aquella ciudad, así de la Purísima Concepción como de San Juan Bautista; otro del Glorioso Patriarca San José con el Niño Jesús en las manos; dos del gran Patriarca San Bruno; una del tamaño del natural, que está en la capilla del Sagrario de dicha casa, y la otra de vara y media de alto en la Sala de Capítulo, ¡todas cosa superior! Y también hizo una célebre estatua de San Pantaleón, mártir, para la Congregación de los médicos y cirujanos de aquella ciudad. Es también de su mano una efigie de Christo Crucificado que se venera en la iglesia de los Padres clérigos menores, con el título de la Salvación. Y otra imagen de Nuestra Señora que tienen dentro de la clausura las Madres Capuchinas, que le llaman *la Maestra*.

Son también de su mano otras dos efigies de medio cuerpo, que son *Ecce Homo* y *Mater Dolorosa*, que se veneran en los colaterales de la iglesia de la Santísima Trinidad, de Calzados de aquella ciudad. También hizo para la sacristía o capilla del eminentísimo Señor Cardenal Salazar, en la Santa Iglesia de Córdoba, ocho estatuas de diferentes Santos de la devoción de Su Eminencia, del tamaño del natural, que están en el recinto de aquella gran fábrica (del eminente ingenio de Don Francisco Hurtado, insigne arquitecto). Y sobre todo, otra del mismo tamaño de Santo Tomás de Aquino para la misma iglesia, en la capilla del Doctor Don Alfonso de Nava, ¡cosa superior!

Yo le conocí y traté mucho a este artífice cuando estuve en Granada el año de doce (a pintar la célebre capilla del Sagrario de aquella Santa Cartuja, esmero primoroso del dicho Don Francisco), y verdaderamente era hombre amable y muy caballeroso y honrador de los artífices, pacífico, honesto, casto y en todo linaje de virtud muy aprovechado, y me aseguraron que cuando mozo había sido lo mismo.

Nunca se dexó ver trabajar, ni aun sus amigos sabían a donde estaba el taller, ¡teniéndole en su propia casa! Y culpándole yo

un día esta esquivéz, cuando yo no me recataba de que me viese pintar, me dixo: *Si yo pudiera exercitar mi profesión con una paleta y unos pinceles sin hacer más ruido del que vmd. hace cuando pinta ni usar de otros instrumentos, con gran gusto me dexaría ver obrar.* Y no había forma de sacarle de este dictamen, y por esto dicen trabajaba de noche, y de día se paseaba. Y, sin embargo, era tanta la estimación que hacía del arte, que para mostrar a los dueños cualquiera obra (aunque estuviese sólo desbastada), la ponía sobre un bufete grande, que para este fin tenía cubierto de terciopelo carmesí, con lo cual sus obras fueron muy bien pagadas y estimadas, porque además de su perfección, su gran porte y modo las sublimaba mucho. Y aunque vive en dicha ciudad este año de 1724 y en los 86 de su edad, con poca diferencia, me ha parecido escribir su vida por haber muerto para el mundo, a causa de estar totalmente privado de la razón*.

* Fué bautizado en la Iglesia mayor de Baza el 1.º de marzo de 1642, y enterrado en el convento de San Antonio de Granada el 25 de octubre de 1724. Para su vida y sus obras consúltese la excelente monografía de A. Gallego Burín, *José de Mora*. Granada, 1925.

F I N I S

INDICE DE PERSONAS CITADAS

1.º Los nombres de artistas van impresos en versales; los demás, en versalitas.
 2.º Se prescinde de los nombres mitológicos, los de personajes antiguos y los de Santos en sus representaciones iconográficas.—3.º Los números de las páginas correspondientes a las VIDAS de los artistas se imprimen en cursiva.—4.º Abreviaturas: *A.*, arquitecto; *E.*, escultor; *G.*, grabador; *O.*, orfebre; *P.*, pintor; *Trat.*, tratadista.

- | | |
|---|---|
| <p>ABADÍA (Pedro de la).
292.</p> <p>ACISCLOS.
P.—211.</p> <p>ADRIANO, donado Carmelita (El hermano).
P.—97-8.</p> <p>AFÁN DE RIBERA (Don Payo).
P.—354.</p> <p>AGÜERO (Benito Manuel de).
P.—223-4, 306.</p> <p>ALARCÓN Y COVARRUBIAS, Obispo de Córdoba (D. Francisco de).
P.—260, 267.</p> <p>ALBA (Duque de).
P.—19, 31, 34, 107.</p> <p>ALBA (Dr. Miguel de).
189.</p> <p>ALBERTI (León Bat).
Trat.—147.</p> <p>ALBERTI (Romano).
A. Trat.—147.</p> <p>ALBERTO (Archiduque).
105-10.</p> | <p>ALBERRO (P. Martín).
55.</p> <p>ALCALÁ (Duque de).
118.</p> <p>ALCÁZAR (D. Luis y D. Melchor).
149.</p> <p>ALEJANDRO VI.
9.</p> <p>ALEXANDRO.
V.: MAYNER (Alessandro).</p> <p>ALFARO (Dr. D. Enrique de).
4, 318.</p> <p>ALFORO (D. Francisco).
210, 259.</p> <p>ALFARO Y GAMEZ (D. Juan de).
P.—4, 191, 196, 208, 257, 259-63, 318.</p> <p>ALGARDI (Alessandro).
E.—167, 182.</p> <p>ALMANSA, madre de Cano (D.^a María de).
244.</p> |
|---|---|

- ALMIRANTE ENRÍQUEZ DE CABRE-
RA (El).
262-3, 264, 268, 283, 286, 291.
- ALLENDE-SALAZAR (Juan).
242.
- AMANATO (Bartolomé).
E. A.—72.
- AMAZURINO (Nicolás).
G.—297.
- ANGULO, veedor de las Reales Ca-
ballerizas (Don Diego de).
120.
- ANGUSCIOLA (Amilcare).
31.
- ANGUSCIOLA (Ana).
P.—33.
- ANGUSCIOLA (Asdrúbal).
31.
- ANGUSCIOLA (Europa).
P.—33.
- ANGUSCIOLA (Lucía).
P.—33.
- ANGUSCIOLA (Minerva).
P.—31.
- ANGUSCIOLA (Sofonisba).
P.—31-3.
- ANTOLINEZ (Don José).
P.—240-2, 280, 352.
- ANTONIO (Pedro).
P.—211, 239-40.
- AQUILIS (Giulio d').
P.—11-2.
- ARAUJO SALGADO (Pedro de).
196.
- ARBASIA (César).
P.—64, 86.
- ARCE, regidor de Madrid (D. Pe-
dro de).
261, 262, 291-2.
- ARCO (Alonso del).
P.—346-8.
- ARCOS (Duque de).
89, 158.
- ARCOS (D. Luis de los).
361, 362.
- ARDEMANS (D. Teodoro).
P. A.—309, 332.
- ARELLANO (Juan).
P.—221-2, 337.
- ARELLANO (Juan de).
221.
- ARES (Fr. Antonio de).
23-7.
- ARETINO (Pietro).
34.
- ARFE (Antonio de).
O.—52.
- ARFE (Enrique de).
O.—52.
- ARFE (José de).
E.—200.
- ARFE (Juan de).
E. O. y Trat.—4, 27, 52-3, 200.
- ARGENVILLE (D').
VII.
- ARGÜELLO (Andrés Alonso).
P.—337.
- ARIAS (Antonio).
P.—98.
- ARIAS (Hija de Antonio).
P.—275.

ANTOLINEZ (Francisco OCHOA y)
P. 352-3

- ARIAS FERNANDEZ (D. Antonio de).
P.—274-5.
- ARIAS MONTANO (Benito).
71.
- ARLEGUI (D. José).
242.
- ARMENINI (Giov. Bat.).
Trat.—147.
- ARNAU (Juan).
P.—336-7.
- ARNOLFO (D.^a Antonia de).
262.
- ARTIER (Don Francisco).
295.
- ARREDONDO (Isidoro).
P.—279, 316, 357-9.
- ARROYO (Diego de).
P.—15.
- ASCARGORTA, Arzobispo de Granada (Don Martín de).
250.
- ASENSIO.
P.—356.
- ASTORGA (Marqués de).
269.
- ATANASIO (Pedro).
V.: BOCANEGRA.
- AUSTRIA.
V.: Nombres propios.
- AYALA (Don Antonio de).
256.
- BACA DE ALFARO (Dr. D. Enrique).
191.
- BAEZA (Salvador de).
259.
- BAGLIONI.
P. y Trat.—146.
- BALBARES (Marqués de los).
273.
- BALTASAR CARLOS (Príncipe).
157, 160, 246, 249.
- BANDINELLI (Baccio).
E.—12.
- BARAS (Francisco de).
115.
- BARBARO (Daniello).
147.
- BARBERINO (Cardenal Antonio).
166.
- BARBERINO (D. Francisco).
155.
- BARCO (Alonso del).
P.—280.
- BARRIENTOS, Carmelita (P.).
315.
- BARROSO (Miguel).
P.—47.
- BARRAGÁN (D.^a Lucía), esposa de Solís.
272.
- BASSANO.
P.—114, 355.
- BATEVILLA (Barón de).
188.
- BAUSA (Gregorio).
P.—130.
- BECERRA (Gaspar).
P. E.—20, 21-7, 47, 51, 59.
- BEITIA, Secretario del Despacho (D. José de).
298.

- BÉJAR (D.^a Teresa Sarmiento, Duquesa de).
239, 310.
- BELTRAN (El Hermano Domingo).
A. E.—49-50.
- BELLINI (G.).
P.—34.
- BELLORI.
Trat.—107.
- BEMBO (Cardenal).
34.
- BENAVENTE (Conde de).
39, 330, 331.
- BENAVIDES (D. Vicente).
P.—273, 360-1.
- BENAVIDES (Patriarca Sr.).
291.
- BENÍTEZ, franciscano (Fray Juan).
257.
- BERDUSAN (Vicente).
P.—289.
- BERGAMASCO (El).
V.: CASTELLO (G. B.).
- BERNINI (Lorenzo).
E.—167.
- BERRUGUETE (Alonso).
P. E. A.—11, 12-3, 15, 21, 50.
- BOCANEGRA (Pedro Atanasio).
P.—255, 307-10, 338.
- BOCÁNGEL (Gabriel).
103, 163.
- BORGHINI (Rafaello).
Trat.—147.
- BORGIA, Duque de Valentinois (César).
9.
- BORJA Y VELASCO (Cardenal Don Gaspar).
161.
- BOVADILLA (Jerónimo de).
P.—258-9.
- BRU (Mosén Vicente).
P.—359-60.
- BUONARROTTI.
Vide: MIGUEL ANGEL.
- BRANDANO. Oficial de la Secretaría del Papa (Ferdinando).
167.
- BURGOS/MATILLA (Francisco de).
P.—98.
- BUSI (D. Nicolás).
E.—393-4.
- BUTRON (Juan de).
Trat.—4.
- CABALLERO (Tomaso del).
67.
- CABRERA (Jerónimo de).
P.—51.
- CABEZALERO (Juan Martín de).
P.—232-3, 240-1, 388.
- CAJES o CAXES (Eugenio).
P.—63, 101, 104, 111-3, 114, 120, 121, 137, 138, 149, 212, 336.
- CAJES o CAXES (Patricio).
P. A.—74, 85, 111.
- CALDERÓN (D.^a Ginesa).
196.

- CALDERÓN DE LA BARCA (D. Pedro).
262.
- CALVETE DE ESTRELLA (Juan Cris-
tóbal).
15.
- CALVO (Lázaro).
165.
- CAMILO (Domingo).
228.
- CAMILO (Francisco).
P.—98, 124, 202, 203, 215, 228-
31, 233, 387.
- CAMPAÑA (Pedro de).
P.—13-4, 27, 43, 45.
- CANGUIASO "Luqueto" (Lucas).
P.—40-1, 60, 376.
- CANO (Alonso).
P. E. y A.—4, 110, 137, 196,
204, 211, 212, 226, 234, 244-
55, 257, 307, 333, 334, 343,
414.
- CANO (Miguel).
A.—244.
- CANO DE AREVALO (Juan).
P.—339-41.
- CARAMUEL (D. Juan de).
299.
- CARAVAGGIO (M. A. Merissi da).
P.—126, 146, 194, 270.
- CARBAJAL (Luis de).
P.—51-2.
- CARDENAS (Bartolomé de).
P.—64-5, 83.
- CÁRDENAS, Duque de Nájera (Don
Jaime Manuel de).
107, 164.
- CARDONA LUSIGUTANO (D. Nicolás de)
161.
- CARDUCHO (Bartolomé).
P.—ix, 71-3, 83, 99.
- CARDUCHO (Vicencio).
P. y Trat.—vii, ix, 4, 19, 26,
62, 67, 73, 85, 93, 95, 96,
99-102, 113, 115, 121, 130,
134, 135, 136, 140, 149, 222.
- CARIGNANO (Princesa de).
157.
- CARLOS V.
11, 14, 17, 18, 27, 34, 36, 37,
39, 51, 73, 194, 274, 365-6.
- CARLOS II.
162, 200, 220, 227, 290-1, 297,
298, 314, 317, 322, 330, 351,
362, 363, 364, 374, 385, 394,
395, 396, 400, 414.
- CARLOS, hijo de Felipe II (Prínci-
pe Don).
45, 49, 79.
- CARLOS, hijo de Felipe III (Infan-
te Don).
149.
- CARLOS ESTUARDO, Príncipe de Ga-
les y después Rey.
38, 106, 109, 150, 177.
- CARO (Don Francisco).
P.—204-5.
- CARPIO (Marqués del).
150.
- CARRACCI (Anibale).
P.—96, 294.
- CARRANZA, prior de la Vereda (Don
Pedro).
210.
- CARRASCO (Rodrigo).
A.—302.

- CARRASQUILLA, mujer de Valdés Leal (D.^a Isabel de).
318.
- CARREÑO DE MIRANDA (Juan).
P.—VIII, 4, 98, 124, 136, 137, 178, 179, 181, 204, 223, 231, 232, 235-6, 277, 278, 284, 285, 286-92, 300, 326, 330, 355, 384, 385, 388, 397, 398-9, 400.
- CASTEL-RODRIGO (Marqués de).
150.
- CASTELO (Félix).
P.—130-1.
- CASTELLO (Fabricio).
P.—20.
- CASTELLO (Giovan Battista).
A. P.—20, 26, 59.
- CASTELLO (Granelo).
P.—20.
- CASTILLO (Fulano del).
P.—252.
- CASTILLO (Agustín del).
P.—91, 110, 206.
- CASTILLO (Antonio del).
P.—91, 206-11, 213, 240, 257, 259, 260, 263.
- CASTILLO (Juan del).
P.—110, 198, 206, 244, 293.
- CASTILLO (D. Juan Antonio del).
298.
- CASTILLO, jurado de Córdoba (Tomás del).
319.
- CASTREJON (Antonio).
P.—312-3, 337.
- CASTRILLO (D. García de Avellana), Conde de.
177.
- CASTRO (D. Leonardo Antonio de).
228.
- CASTRO (El Arzobispo Don Rodrigo).
49.
- CATALANO (G.).
33.
- CATALINA, mujer de Juan III de Portugal (Doña).
17.
- CEAN BERMUDEZ (Juan Agustín).
Trat.—v, vi, 4.
- CELLINI (Benvenuto).
E.—64.
- CEREZO, padre.
P.—235.
- CEREZO (Mateo).
P.—235-8.
- CERONI (Juan Antonio).
E.—105.
- CESPEDES (Pablo de).
P. E.—3, 4, 43, 64, 66-71, 85, 86, 98, 102, 120, 135, 262.
- CÉSPEDES, racionero (Pedro de).
67.
- CIEZAR (D. José de).
P.—338-9.
- CIEZAR (Miguel Jerónimo de).
P.—255, 257-8, 338.
- CIEZAR (D. Vicente).
P.—339.
- CINCINATTI (Rómulo).
P.—20, 26, 62-3, 85, 91, 148.

- COBOS "el Simple".
107.
- COELLO (Claudio).
P.—129, 232, 240, 279, 300,
302-3, 308, 313, 314, 321,
324-33, 357, 364, 384.
- COELLO (Faustino).
Br.—324.
- COLONA (Miguel).
P.—166, 177-81, 182, 217, 268,
290, 348.
- COLLANTES (Francisco).
P.—133-4.
- CONCHILLOS (Juan).
P.—141, 360, 393, 406-9.
- CONCHILLOS (Juan Antonio).
P.—409.
- CONTRERAS (Antonio de).
P.—120.
- CONTRERAS (Don Antonio).
204.
- CONTRERAS (Manuel de).
E.—125.
- CORCUERA (D.^a María de).
221.
- CÓRDOBA Y FIGUEROA (D. Gómez de).
208-9, 210.
- CÓRDOVA (Don Fernando de).
123.
- CÓRDOVA (Don Diego Ignacio de).
303, 331.
- CORTE (Francisio de la).
P.—337.
- CORTE (Gabriel de la).
P.—312, 337.
- CORTE (Juan de la).
P.—142.
- CORTES, Duquesa de Alcalá (Doña Juana).
46.
- CORTONA (Pietro Berrettini da).
P.—167, 364, 387.
- CORVETE (D. Pedro).
321.
- CORREGGIO (Antonio Allegri da).
P.—25, 70, 166, 247, 294, 363,
377.
- COSTELA (D. Simón de).
309.
- CRESCENCIO, Marqués de la Torre (Juan Bautista).
A. P.—108, 142, 151, 215, 216.
- CRESCENCIO (Cardenal).
108, 142, 215.
- CRISTOBAL DE UTRECHT.
P.—17.
- CUEVAS (Eugenio de las).
P.—98, 203-4.
- CUEVAS (Pedro de las).
P.—98, 124, 203, 215, 228, 270,
272, 286, 304.
- CUMBERLAND (R.).
VIII.
- CUQUET (Pedro).
P.—134, 198.
- CHAGAS (Fr. Felipe das).
Trat.—VII.
- CHAVARRI (Dr. Pedro de).
189.
- CHAVES, madre de los Rici (Doña Gabriela de).
238.
- CHIRINOS (Juan de).
P.—65, 83.

- DELEITO (Andrés).
V.: LEITO.
- DELGADO (Don Lorenzo).
265.
- DELGADO (Manuel).
E.—203.
- DIAZ DEL VALLE (Lázaro).
3, 59, 187-8.
- DIERICX (Adriano).
214.
- DOMENICHINO.
P.—127.
- DOMÍNGUEZ BORDONA (Jesús).
3.
- DONOSO.
V.: XIMENEZ DONOSO.
- DORIA (Príncipe).
335.
- DORIA (Andrea).
165.
- DURÁN (D.^a Juana).
304.
- DURERO (Alberto).
P. y Trat.—12, 14-5, 147.
- DYCK (Antonio van).
P.—38, 181, 198, 260, 291, 293,
294, 395.
- EMINENTE (Don Francisco).
295, 297.
- ENCINA (Don Fernando de la).
200.
- ENRIQUE VIII.
9.
- ENRÍQUEZ, Obispo de Málaga (Fray Antonio).
343, 344.
- ENRÍQUEZ (D.^a Mariana).
343.
- ENRÍQUEZ DE RIBERA, Duque de Alcalá (Don Fernando).
91.
- EQUICOLA DE ALBETO (Mario).
150.
- ESCALANTE (D.^a Francisca).
224.
- ESCALANTE (Juan Antonio de).
P.—224-5, 270, 278, 398.
- ESMIT (Andrés).
P.—167.
- ESPINOSA (Jacinto Jerónimo de).
P.—266, 299.
- FALCONI (Aniello).
P.—197, 396.
- FAMON (Juan).
P.—320.
- FARNESIO (Cardenal Alejandro).
40.
- FATTOR (Fray Nicolás).
P.—41-3.
- FAURES (D. Luis).
326.
- FEDERICO GONZAGA, Duque de Mantua.
34.
- FELIPE II.
15, 17, 18, 26, 28, 34, 35, 36,
37, 38, 40-1, 44, 45, 47-8, 50,
52, 60-2, 66, 72, 73, 74, 79,
88, 107, 157, 175, 274, 365.
- FELIPE III.
38, 73, 74, 85, 151.
- FELIPE IV.
26, 92, 105, 119, 132, 140, 150,
152, 153, 158, 159, 161-2,

- 174, 175-5, 180, 186-7, 192,
195, 202, 205, 218, 224, 227,
229, 245, 246, 249, 253, 269,
271, 279, 281, 290, 394.
- FELIPE V.
386, 389, 390, 396.
- FELIPE DE BORGONA (Maestre).
E.—12.
- FELIPE PRÓSPERO, hijo de Felipe IV
(Príncipe).
185.
- FERNANDEZ (Francisco).
P.—115, 300.
- FERNANDEZ (Gregorio).
V.: HERNANDEZ.
- FERNANDEZ (Jerónimo).
E.—57.
- FERNANDEZ DE NAVARRETE
el Mudo (Juan).
P.—28-31, 40, 60.
- FERNANDEZ (Luis).
P.—120-1.
- FERNÁNDEZ ARIAS (Bartolomé).
274.
- FERNÁNDEZ BERMÚDEZ, madre de
Carreño (D.^a Catalina).
286.
- FERNANDEZ MACHUCA (Juan).
P.—198-9.
- FERNANDO I DE LEÓN.
3.
- FERNANDO V DE ARAGÓN.
3, 7, 8.
- FERNANDO, REY DE ROMANOS.
34.
- FERNANDO III (Emperador).
156.
- FERNANDO, hijo de Felipe II (Infante
Don).
38, 149.
- FERNANDO DE AUSTRIA (Cardenal In-
fante).
108, 149, 159.
- FERRER (Jerónimo).
E.—172.
- FILIPIN (D. Francisco), Relojero.
284.
- FINELLI (Giuliano).
E.—125, 182.
- FIRMICO (Giulio).
187.
- FLORES (Antonio).
V.: FRUTET (Francisco).
- FLORIS (Franz).
P.—14.
- FONSECA (Alonso de).
224.
- FONSECA Y FIGUEROA (D. Juan
do).
Trat.—149.
- FRACASTORIO.
34.
- FRANCISCO (Manuel).
P.—211.
- FRANCISCO ESFORZA, Duque de Mi-
lán.
34.
- FRANCISCO MARÍA, Duque de Ur-
bino.
34.
- FRUTET (Francisco).
P.—13-4, 45.

- FUENSALIDA (D. Bernardino López de Ayala, Conde de).
175.
- FUENSALIDA (D. Gaspar de).
190, 191-2.
- GALEAS (P. Francisco).
P.—77-8.
- GALVAN (Don Juan).
P.—135.
- GALVERZ (P. Carlos).
199.
- GALLEGO, o Gallegos (Fernando).
P.—14-5.
- GALLEGO BURÍN (Antonio).
349, 416.
- GAMBERA (Lactancio).
P.—166.
- GARCI-FERNÁNDEZ, emisario de Felipe II.
36.
- GARCIA (Jerónimo).
P. E.—196.
- GARCÍA (Juana).
221.
- GARCIA (Miguel).
P. E.—196.
- GARCIA HIDALGO (D. José).
P.—312, 357, 406.
- GARCÍA REY (Verardo).
50.
- GARCIA REYNOSO (Don Antonio).
P.—256-7.
- GARCIA SALMERON (Cristóbal).
P.—199.
- GASSEN (Francisco).
P.—134-5.
- GAUDIN (P. Luis Pascual).
P.—84.
- GAURICO (Pomponio).
Trat. 12.
- GAVIRÍA (Don Cristóbal de).
185.
- GENTILESCA (Sofonisba).
V: GENTILESCHI (Artemisia).
- GENTILESCHI (Artemisia).
P.—VIII, 45.
- GIL DE MENA (Felipe).
P.—234-5.
- GILARTE (D.^a Magdalena).
P.—355.
- GILARTE (Mateo).
P.—354-5.
- GIORGIONE da Castelfranco (G.).
P.—34.
- GOICORRETEA (Marqués de).
237.
- GOMEZ (Jerónimo).
E.—335.
- GOMEZ (Juan).
P.—60, 66.
- GÓMEZ MORENO GONZÁLEZ (Manuel).
199, 255.
- GÓMEZ MORENO-MARTÍNEZ (Manuel).
22, 256.
- GÓNGORA Y ARGOTE (Don Luis de).
149.
- GONZALEZ (Bartolomé).
P.—74.
- GONZÁLEZ, Presidente de Indias (José).
248.

- GONZÁLEZ DÁVILA (Gil).
71, 150, 172-3.
- GONZALEZ DE LA VEGA (Don Diego).
P.—341-3.
- GRANELA (Cardenal).
17, 18, 49.
- GRECO (El).
P.—86-91, 116, 119, 146.
- GREGORIO XIII.
48.
- GUARDIA (Marqués de la).
392.
- GUEBARIO (Gaspar).
109.
- GUERCINO.
P.—155, 351.
- GUERRA (Eugenio).
E.—226.
- GUICHO Conde de).
184.
- GUIRRO (Francisco).
P.—353.
- GUSI (P. C.).
238
- GUTIERREZ (Manuel).
E.—304.
- GUTIERREZ DE TORICES (Fr. Eugenio).
P.—348-9.
- GUTIÉRREZ DE TORICES (D. Juan).
349.
- GUZMAN (Fray Juan de).
V.: SANTÍSIMO SACRAMENTO.
- HELICHE (Marqués de).
128, 160, 180, 181, 271 .
- HEREDIA, mujer de Alfaro (D.^a Isabel de).
260.
- HERNANDEZ (Gregorio).
E.—74-7.
- HERNANDEZ (Jerónimo).
E.—115-6.
- HERVÁS, madre de Arias (Juana).
274.
- HERRERA “el Rubio”.
P.—132.
- HERRERA BARNUEVO (D. Antonio de).
E.—226.
- HERRERA (D. Francisco de).
295.
- HERRERA “el Mozo” (Francisco de).
P.—131, 132, 238, 280-5, 292, 316, 328, 330, 382, 402, 404.
- HERRERA “el Viejo” (Francisco de).
P.—131-3, 144, 244, 280.
- HERRERA (Don Gaspar de).
263.
- HERRERA (D. Ignacio de).
227.
- HERRERA (Sebastián de).
208, 260.
- HERRERA BARNUEVO (D. Sebastián de).
P. A.—226-7, 281-2, 288, 290, 414.
- HIERRO (Don Francisco de).
265.
- HIPÓLITO (Monseñor Abad).
167.

- HORFELIN (Antonio de).
P.—137.
- HORFELIN DE POULTIERS (Pedro P').
P.—137.
- HORNACHUELOS (Conde de).
210.
- HUERTA (Gaspar de la).
P.—249, 413-4.
- HURTADO IZQUIERDO (Don Francisco).
A.—415.
- HURTADO DE MENDOZA (D. Diego).
34.
- HYMANS (David).
19.
- IGNACIO DE LOYOLA (San).
48.
- INFANT (Pedro).
P.—413.
- INFANTADO (D. Juan Hurtado de Mendoza, Duque del).
149-50.
- INOCENCIO X.
164, 167.
- IÑIGUEZ DE ABARCA, abad de Roncesvalles (D. José).
265.
- IRIARTE (Ignacio de).
P.—280, 299.
- ISABEL DE PORTUGAL (La Emperatriz).
38.
- ISABEL DE VALOIS, mujer de Felipe III.
23, 31-2, 45.
- ISABEL DE BORBÓN, mujer de Felipe IV.
160, 172.
- ISABEL CLARA EUGENIA (Ia Infanta).
105-10.
- JIMENEZ DE ILLESCAS (Bernabé).
P.—228, 266.
- JORDAN (Lucas).
P.—VIII, 35, 88, 162, 173, 176, 292, 308, 309, 332, 333, 363-87.
- JOVELLANOS
Trat.—VI.
- JUAN III DE PORTUGAL.
17, 20.
- JUAN DE AUSTRIA, hijo de Carlos V (Don).
44.
- JUAN JOSÉ DE AUSTRIA, hijo de Felipe IV (Don).
204, 291, 300, 334, 355-6, 394.
- JUANA *la Loca* (Doña).
25.
- JUANA, princesa de Portugal (Doña).
38, 47, 79.
- JUANES (Juan de).
P.—53-6.
- JUÁNEZ DE ECHALAZ, oidor (Juan).
54.
- JULIO II.
34, 171.
- JULIO.
V.: AQUILIS (Giulio d').
- JULIO ROMANO.
69.

- JUNCOSA (Fray Joaquín).
P.—392-3.
- JUNI (Juan de).
E.—32, 74-7.
- JUSTI (Carl).
58.
- KESSEL.
V.: VANCHESEL.
- LABRADOR (Juan).
P.—56-7.
- LAFUENTE (Enrique).
238.
- LANCHARES (Antonio).
P.—104-5, 121, 124.
- LANFRANCO.
P.—146.
- LAPILLA (D. Fernando Ruiz de Contreras. Marqués de la).
161, 168, 217.
- LAREDO (D. Juan de).
P.—322-3, 361, 400.
- LÁYNEZ DE CÁRDENAS (D. Alonso).
120.
- LEAL (Simón de).
V.: LEON LEAL.
- LEDESMA (José de).
P.—223.
- LEGOT (Pablo).
P.—110.
- LEITO (Andrés de).
P.—237.
- LEIVA (Antonio de).
34.
- LEÓN Y HERMOSILLA (D.^a Manuela de).
343.
- LEON LEAL (Diego de).
P.—304.
- LEON LEAL (D. Simón de).
P.—98, 304-5.
- LEONARDO (El P. Agustín).
P.—98, 304-5.
- LEONARDO (Jusepe).
P.—98, 124-5, 149.
- LEONARDO DONI (D. Francisco).
P.—405-6.
- LEONI (Leone).
E.—64.
- LEONI (Ponpeo).
E.—51, 63-4.
- LERMA (Duques de).
64, 65, 161.
- LIAÑO (Felipe de).
P.—84-5.
- LICHE (Marqués de).
V.: HELICHE.
- LOMAZO (Paolo).
Trat.—41.
- LÓPEZ (Cristóbal).
P.—20.
- LOPEZ CARO (Francisco).
P.—193-4, 204.
- Losá (Canónigo).
299.
- LOVINI (Conde de).
184.
- LUCAS DE HOLANDA.
P.—405.
- LUCENA (Don Diego de).
P.—117-8.
- LUDOVISO (Príncipe).
166.

- LUDOVISO DE BOLONIA (Cardenal Nicolás).
155.
- LUIS XIV.
188, 191, 386.
- LUQUETO.
V.: CANGUIASO.
- LLANO VALDES (Don Sebastián de).
P.—245.
- MACIP o MASIP.
V.: JUANES.
- MACHUCA Pedro).
P. A.—198-9.
- MAINO (Fray Juan Bautista).
P.—90, 119, 151, 238, 245.
- MALAGÓN (Marqueses de).
80.
- MALPICA (Marqués de).
227.
- MANCERA (D. Pedro y D. Antonio Sebastián de Toledo, Marqueses de).
308-10, 414.
- MANRIQUE, limosnero mayor (Don Luis).
28.
- MANRIQUE (D. Miguel).
P.—343.
- MANTUANO (Dionis).
P.—272-3, 278, 360, 397.
- MARATTI (Carlo).
P.—305, 313, 409.
- MARCH (Esteban).
P.—140-1, 222, 231, 393, 406.
- MARCH (Miguel).
P.—222-3.
- MARGARITA DE AUSTRIA (Reina D.^a).
90, 107.
- MARGARITA, hija de Felipe IV (Emperatriz).
174-6, 185.
- MARI BÁRBOLA.
175.
- MARÍA DE INGLATERRA, mujer de Felipe II.
18.
- MARÍA, Reina de Hungría, hija de Felipe III.
156.
- MARÍA LUISA GABRIELA DE SABOYA.
390.
- MARÍA LUISA DE ORLEANS, mujer de Carlos II.
291, 305, 313, 314, 315, 328, 331, 388, 395.
- MARIANA DE AUSTRIA, mujer de Felipe IV (La Reina).
164, 172, 176, 180, 186, 219, 220, 227, 245, 253, 331, 335, 384, 394.
- MARIANA DE NEOBURG (La Reina Doña).
26, 316, 331, 332, 358-9, 390-396.
- MARIANO, carmelita (Ambrosio).
79.
- MARÍA TERESA, hija de Felipe IV.
157, 184, 188-9, 191.
- MARINAS (Enrique de las).
P.—265-6.

- MARIO NUZZI.
P.—221, 337.
- MARONA (R. P. M.º).
299.
- MARTINEZ (Ambrosio).
P.—234.
- MARTINEZ (Fray Antonio).
P.—269-70.
- MARTINEZ (Jusepe).
P.—269-70.
- MARTINEZ (Sebastián).
P.—205-6, 256, 258.
- MARTÍNEZ ARIAS (D.ª Juana).
310.
- MARTINEZ DEL MAZO.
V.: MAZO.
- MARTINEZ MONTAÑES (Juan).
E.—110-1.
- MASCAREÑAS (D.ª Leonor).
79.
- MATEIS (Pablo de).
P.—387.
- MATEO (Lorenzo).
211.
- MATÍAS, maestro de armas (Don).
242.
- MATILLA, dominico (Fray Pedro).
332.
- MAURICIO DE SAJONIA.
107.
- MAXIMILIANO II.
34.
- MÁXIMO (Monseñor Camilo).
166, 167.
- MAYER (A. L.).
14, 113.
- MAYNER (Alessandro).
P.—11-2.
- MAZO (Juan Bautista Martínez del).
P.—183, 219-20, 223.
- MÉDICIS (Lorenzo de).
8, 9.
- MÉDICIS (Pietro de).
9.
- MEDINA, viuda de Carreño (Doña María de).
292.
- MEDINA (Ana de).
212.
- MEDINA DE LAS TORRES (Duque de).
185.
- MENA (Alonso de).
E.—333.
- MENA (Pedro de).
E.—196, 250, 255, 333-6, 350.
- MENA (Las hijas de Pedro de).
E.—336.
- MENA Y VILLAVICENCIO (Doña Teresa de).
350.
- MÉNDEZ DE HARO (Don Luis).
171, 185.
- MENDIETA (Don Juan).
203.
- MENÉNDEZ Y PELAYO (Marcelino).
VII, IX.
- MERCELI.
E.—186.

- MESA (Alonso de).
P.—212.
- MESA (Gregorio de).
E.—356-7.
- MEXÍA (Don Diego).
107.
- MEZCORTA (D. Francisco).
314.
- MICHAEL ANGELO, barbero del Papa.
167.
- MIGUEL ANGEL.
P. E. A.—8, 9, 12, 20, 21, 24,
51, 57, 59, 65, 67, 73, 90,
155, 166, 168, 171, 294.
- MIGUEL ANGEL DE LAS BATA-
LLAS.
P.—197.
- MILLINI (Nuncio Don Sabo).
291.
- MINGOT (Teodosio).
P.—51.
- MISERIA (Fray Juan de la).
P.—78-81.
- MITELLI (Agustín).
P.—166, 177-81, 348.
- MODENA (Francisco III, Duque de).
157, 166.
- MOHEDANO (Antonio).
P.—59, 85-6, 118.
- MOLES (D. Vicencio).
189.
- MOLINA (Fray Manuel de).
P.—256, 258.
- MONEGRO (Juan Bautista).
A. E.—VIII, 50-1.
- MONSTRUA, Eugenia Martínez Valle-
jo (La).
291.
- MONTALVO (Marqués de).
308.
- MONTEBELO (Marqués de).
343.
- MONTELEÓN (Duque de).
323.
- MONTERO (D. Lorenzo).
P.—401-2.
- MONTERO DE ROJAS (Juan).
P.—98, 225, 270.
- MONTERSOLI (Fra Angelo de).
E.—165.
- MONTERREY (D. Domingo de Haro,
Conde de).
351.
- MONTERREY (D. Manuel de Zúñiga
y Fonseca, Conde de).
155.
- MONTUFAR (Juan de).
133.
- MORA (José de).
E.—106, 247, 414-6.
- MORALES (Don Juan de).
263.
- MORALES *el Divino* (Luis de).
P.—43-4, 54, 56-7, 194.
- MORELLI (Giov. Bat.).
E.—182-4.
- MORENO (Fray Cristóbal).
42.
- MORENO (José).
P.—234.

- MORENO (Melchor).
A. (?)—211.
- MORO (Antonio).
P.—17-9, 47.
- MOYA.
147.
- MOYA, de la Compañía de Jesús (P. Mateo de).
262.
- MOYA (Pedro de).
P.—110, 198-9, 307, 337-8.
- MUDO (El).
V.: FERNANDEZ DE NAVARRETE.
- MUÑOZ (D. Sebastián).
P.—313-7, 332, 389.
- MURILLO (Bartolomé Esteban).
P.—110, 211, 259, 280, 293-9, 320, 345, 351, 352.
- MURILLO (D. Gaspar de).
297, 298.
- MURILLO (D. José).
294.
- NARDI (Angelo).
P.—102, 139-40, 149.
- NARDUCK (Juan).
V.: MISERIA.
- NARROS (Marqués de).
181.
- NAVA (Dr. D. Alfonso).
415.
- NAVAS Y COLLANTES, mujer de Alfaro (D.^a Manuela de).
264.
- NÁXERA (D. Diego de).
398.
- NEVE (Don Justino de).
297.
- NIEBLA (D. Gaspar de Guzmán, Conde de).
187.
- NIEREMBERG (P. Eusebio).
199, 214.
- NIETO VELÁZQUEZ (José).
176, 188.
- NIÑO DE GUEVARA (D. Juan).
P.—252, 255, 343-5.
- NIÑO DE GUEVARA (Don Luis).
343.
- NITHARD (P. Juan Everardo).
199, 305.
- NUÑEZ (Pedro).
P.—121.
- NUÑEZ DE VILLAVICENCIO (Don Pedro).
P.—351.
- OBREGÓN (Contador).
111.
- OBREGON (Don Marcos de).
G.—134.
- OBREGON (Pedro de).
P.—134.
- OCHOA Y ANTOLINEZ (Licdo. D. Francisco).
P.—352-3.
- OLIVARES (Conde-Duque de).
106, 108, 114, 149, 150, 155, 156, 158, 160, 245, 283.
- OLMO (Don José del).
A.—381.
- ONTAÑÓN (D. Cristóbal).
261, 308, 333, 361, 365.

- OÑATE (Conde de).
166, 185, 222.
- ORGAZ (D. Gonzalo Ruiz de Toledo,
Conde de).
87.
- ORUETA (Ricardo de).
336.
- ORRENTE (Pedro).
P.—114, 140, 199, 200, 201, 393.
- PABLO (Micier).
P.—137.
- PACHECO (Francisco).
P. Trat.—vii, 4, 12, 16, 20, 21,
26, 27, 45, 54, 56, 57, 64, 66,
70-1, 77, 84, 85, 88, 90-1, 95,
97, 116, 118, 119, 121-3, 131,
132, 133, 138, 144, 147, 244.
- PACHECO (D.^a Juana).
147.
- PALACIOS (Francisco).
P.—243.
- PAMPHILI (Cardenal Astali).
166, 167.
- PANTOJA DE LA CRUZ (Juan).
P.—73-4.
- PARAVICINO (Fray Hortensio).
89-90.
- PAREJA (Juan de).
P.—167, 218-9.
- PAMIGIANINO.
P.—166.
- PARRILLA (Miguel de).
228.
- PASTRANA (Duque de).
92.
- PAULO III.
34.
- PEDROSO (Marqués del).
296.
- PEÑALOSA (Juan de).
P.—98-9.
- PEÑARANDA (D. Gaspar de Braca-
monte, Conde de).
290.
- PEÑARANDA (Un hijo del Conde de).
149.
- PEREDA (Antonio).
P.—98, 215-8, 346.
- PERETI (Abad).
166.
- PEREYRA, Caballero de la Orden de
Cristo.
161.
- PEREYRA (Manuel).
E.—202-3, 220.
- PEREYRA (Don Bartolomé).
203.
- PEREZ (D. Bartolomé).
P.—323-4.
- PÉREZ (Doña Clara).
203, 228.
- PÉREZ (Don Francisco).
285.
- PÉREZ (D. Martín).
396.
- PEREZ DE ALESIO (Mateo).
P.—45-6, 57-8.
- PÉREZ DE BUSTAMANTE (Doña Ma-
riana).
217-8.

- PÉREZ DE GUZMÁN, Patriarca de las Indias (D. Alfonso).
190.
- PÉREZ DE MONTALBÁN (Dr. Juan).
99, 138.
- PÉREZ PACHECO (Juan).
123.
- PEREZ SIERRA (D. Francisco).
P.—396-8.
- PEROLA (Juan y Francisco).
P.—59-60.
- PERTUS.
P.—356.
- PERTUSA (Don Juan).
182.
- PERTUSATO (Nicolasio).
175.
- PESCARA (Marqués de).
34, 38.
- PIER MARÍA DE CREMONA, médico.
33.
- Pío IV.
31-3.
- PLANO (Francisco).
P.—356.
- POLO.
356.
- POLO (Diego).
P.—58-9, 124.
- POLO el Menor (Diego).
P.—124.
- POMERANCIO.
P.—146.
- PONCE (Roque).
P.—312..
- PONTONS (Pablo).
P.—201.
- PORTA (Gio. Bat.).
147.
- PORTA (G. della).
E.—168.
- PORTERO, escribano (Alonso).
124.
- PORTOCARRERO (Cardenal).
88.
- PORTUGAL (Don Fadrique de).
23.
- POTENKIN (Pedro Ivanowitz).
291.
- POUSSIN (Nicolás).
P.—167.
- PRADO (Blas de).
P.—15-6, 92.
- PRETTI (Mattía).
P.—167, 351.
- PRIEGO (Conde de).
210.
- PULIDO PAREJA (D. Adrián).
158.
- PUNZONA, madre de Sofonisba Angosciola (Blanca).
31, 33.
- QUEVEDO (Don Francisco de).
58, 161.
- QUÍÑONES (Ana).
92.
- QUIROGA (El Arzobispo Don Gaspar de).
49, 87.

- RABIELLA.
P.—356.
- RAETH (El hermano Ignacio).
P.—199.
- RAFAEL DE URBINO.
21, 27, 47, 54, 58, 96, 97, 145,
155, 165, 167, 294, 363, 477,
387.
- RAMIREZ (Dr. Don José).
P.—299-300.
- RATES (José).
A.—219.
- REY, camarista (D.^a Juana).
314.
- REINA (Francisco).
P.—194.
- REINOSO (D. Antonio).
P.—206, 340.
- RENI (Guido).
P.—146.
- REVENGA (Don Juan de).
E.—275-6.
- RIBALTA (Francisco).
P.—95-7, 126, 130, 266, 357.
- RIBALTA (Juan).
P.—95-7.
- RIBERA (El Patriarca y Arzobispo
Don Juan de).
42.
- RIBERA (Anastasio Pantaleón de).
117-8.
- RIBERA (Jusepe).
P.—97, 126-30, 146, 166, 363,
377, 387, 397.
- RICALDE (Juan de).
P.—98.
- RICI (Antonio).
P.—238.
- RICI (Francisco).
P.—99, 179, 181, 204, 224, 240,
241, 276-9, 287, 290, 301,
323, 324-5, 330, 341, 357,
358, 360, 384, 397.
- RICI (Fray Juan Andrés).
P.—238-9, 276.
- RIDOLFI (Carlo).
Trat.—5, 35, 40.
- RINCON (Antonio del).
P.—7-8.
- RINCON DE FIGUEROA (Fer-
nando del).
P.—7-8.
- RIOJA (Domingo de la).
E.—125, 172.
- RIOS (Francisco Alonso de los).
E.—353.
- Ríos, mujer de Pérez Sierra (Doña
Mónica de los).
397.
- RIOS (Pedro Alonso de los).
E.—304, 353.
- RIVADENEYRA (P. Pedro de).
48.
- RODRIGUEZ (El hermano Adria-
no).
P.—214.
- RODRÍGUEZ DE SILVA (Juan).
143.
- ROELAS (Juan—erróneamente lla-
mado Pablo—de las).
P.—81-3, 133, 193, 194, 318.
- ROJAS (Beato Simón de).
164.

- ROJAS Y CONTRERAS (Don Francisco).
172.
- ROJAS Y SANDOVAL (D. Cristóbal).
67.
- ROLDAN (D.^a Luisa).
E.—350, 361-3.
- ROLDAN (Pedro).
E.—349-50, 361.
- ROLDAN, hijo (Pedro).
E.—350.
- ROMAN (Bartolomé).
P.—136, 286.
- ROMANI (José).
P.—268-9.
- ROMULO.
V.: CINCINATTI (Rómulo).
- ROMULO (Diego de).
P.—91-2.
- ROMULO (Francisco de).
P.—92.
- ROSA, mujer de Solimán.
34.
- RUBENS (Alberto).
106.
- RUBENS o RUBENIO (Filipo).
105.
- RUBENS (Pedro Pablo).
P.—4, 68, 105-10, 137, 148, 152-3, 181, 213, 220, 260, 293, 294, 338, 343.
- RUBIALES (Miguel de).
E.—357.
- RUEDA (D.^a Teresa de).
338.
- RUIZ DE LA IGLESIA (Francisco Ignacio).
P.—231, 282, 301, 308, 317, 387-92.
- RUIZ GONZALEZ (D. Pedro).
P.—398-400.
- RUIZ DE SARABIA (Andrés).
P.—213.
- SACHETI (Cardenal Giulio).
154.
- SADELER (Rafael).
G.—213.
- SALAMANCA (Don Miguel de).
287.
- SALAZAR (Cardenal).
68.
- SALCEDO DE CORONEL (Don García).
160.
- SALDAÑA (Conde de).
150.
- SALGADO (Doña María).
215.
- SALINAS (Don José de).
190.
- SALINAS, Regidor de Valladolid (Don Pedro).
236.
- SALIZANES (Fray Alonso).
206, 264, 335, 350.
- SALVATIERRA (Conde de).
128.
- SAN CLEMENTE (Conde de).
137.
- SAN ROMÁN (Francisco de B.).
117.

- SÁNCHEZ, madre de Sebastián Herrera (D.^a Sebastiana).
226.
- SANCHEZ BARBA (Juan).
E.—220-1.
- SANCHEZ COELLO (Alonso).
P.—20, 38, 47-9, 73, 79, 84, 157, 324.
- SÁNCHEZ COTÁN (Bartolomé).
92.
- SANCHEZ COTAN (Fray Juan).
P.—92-5.
- SANCHIZ (Jesualda).
P.—413.
- SANDRART (Joaquin de).
Trat.—293.
- SANGUINETO, Regidor de Madrid (D. Rafael).
249.
- SAN MIGUEL (D. Francisco de Mendoza, Marqués de).
349.
- SANTA CRUZ (Marqués de).
215.
- SANTIAGO (Marqués de).
295, 347.
- SANTISIMO SACRAMENTO (Fray Juan del).
P.—265, 266-8.
- SANTISTEBAN (Conde de).
386.
- SANTO DOMINGO (Fray Vicente de).
P.—28.
- SANTO TOMÁS, Obispo de Málaga (Fray Alonso de).
251, 334, 344.
- SANTOVO, Secretario de Felipe II.
29.
- SARABIA (José de).
P.—206, 213-4, 260.
- SARMIENTO (Menina Doña María Agustina).
175.
- SARTO (Andrea del).
P.—12.
- SCOREL (Jan van).
P.—17.
- SCUT (Cornelio).
P.—243.
- SCUT *el Viejo* (Cornelio).
G. P.—243.
- SCHUT (Cornelio).
V.: SCUT.
- SECANO (D. Jerónimo).
P. E.—400-1.
- SECHERS (Daniel).
P.—199.
- SENA (Conde de).
166.
- SESSA, embajador en Roma (?) (Duque de).
33.
- SEVILLA ROMERO (Juan de).
P.—308, 337-8.
- SIGÜENZA (Fr. José de).
Trat.—vii, 28, 41, 60, 63.
- SILVA, Obispo de Guadix (Fray Diego de).
238.
- SIMONELLI.
P.—387.

- SIXTO IV.
34.
- SIXTO V.
48.
- SNYDERS (Franz).
P.—106.
- SOLIMAN, emperador de los turcos.
34.
- SOLIMENA (Francesco).
P.—387.
- SOLIS (D. Francisco de).
P.—VII, 234, 271-2, 404.
- SOLIS (Juan de).
P.—221, 271.
- SOTO (Juan de).
P.—83.
- SOTO (D. Lorenzo de).
P.—306-7.
- SOTOMAYOR (Don Antonio de).
283.
- SOTOMAYOR (Luis de).
P.—231-2.
- SPADA (Cardenal Baltasar).
155.
- SPÍNOLA, Marqués de los Balbases
(Ambrosio).
153, 164, 351.
- SURIO (Laurencio).
54, 56.
- TABARA (Marqués de).
187.
- TEBAR (Doña Isabel de).
247, 414.
- TEJADA, oidor (Don Francisco).
215.
- TENIERS (David).
P.—394.
- TERESA DE JESÚS (Santa).
79-80.
- TERRANOVA (Duque de).
177, 182.
- THEOTOCOPULI.
V.: GRECO (El).
- THEOTOCOPULI (Jorge Manuel).
P.A.—90.
- TIBALDI DE BOLONIA (Peregrín).
P.—28, 60, 62, 66-7, 71.
- TINTORETTO (Jacopo Robusti).
P.—153, 154, 165, 220, 225, 363,
387.
- TIRADO DE LEIVA (D. Bernardino).
171-2.
- TITI (Filipo).
69.
- TIZIANO.
P.—VIII, 5, 19, 28, 29, 30, 33-40,
48, 58, 81, 86, 87, 88, 97,
105, 106, 107, 124, 154, 167,
175, 181, 220, 225, 260, 291,
292, 293, 294, 363, 377.
- TOLEDO (Juan Bautista de).
A.—VIII, 50.
- TOLEDO (Juan de).
P.—196-8, 354, 397.
- TOLEDO (Miguel de).
196.
- TORMO (Elías).
23, 58, 63, 233, 235, 238.
- TORRE (D. Andrés de la).
278.

- TORRE, Secretario en Nápoles (Don Diego de la).
396, 397.
- TORRE (Marqués de la).
V.: CRESCENCIO.
- TORRES (D. Gabriel de).
P.—404.
- TORRES (Matías de).
P.—308-9, 328, 337, 397, 402-5.
- TORRES (Don Pedro de).
172.
- TORRES LIÑÁN (Don Francisco de).
210.
- TORRIGIANO (Pietro).
E.—8-11.
- TORRINO (Tomás).
P.—402.
- TOSCANA (1630) (Gran Duque de).
156.
- TRAMOYESES (Luis).
266.
- TREJO PANIAGUA (Cardenal).
92.
- TRISTAN (Luis).
P.—83, 90, 116-7, 146.
- TRIUNFI (Flaminia).
P.—167.
- UCEDA (Duque de).
150.
- UDINE (Giov. d').
P.—11.
- ULLOA (D.^a Marcela de).
175.
- UNGO (Diego).
Restaurador.—262.
- URBANO VIII.
92, 151, 155.
- USSEL (Jacoba).
128.
- UTANDE (Gregorio).
P.—288.
- VACARO (Andrea).
P.—261.
- VAGA (Perin del).
P.—45.
- VALDES LEAL (Juan de).
P.—213, 297, 317-22, 350.
- VALDES (D. Lucas, D.^a Luisa y -D.^a María).
P.—321-2.
- VALENZUELA (Don Fernando).
291.
- VALPUESTA (Licdo. Pedro de).
P.—212.
- VALPUESTA, Agente de negocios (Pedro de).
212.
- VALVERDE (Dr. Juan de).
21.
- VANCHESEL (D. Juan).
P.—394-6.
- VANKESSEL *el Viejo*.
P.—394.
- VAN DER HAMEN LEON (Juan).
P.—138-9, 235.
- VANELA (D.^a María).
221.
- VANDERTE (Catalina).
214.

- VARELA (Francisco).
P.—133.
- VARGAS (Andrés de).
P.—233-4.
- VARGAS (Luis de).
P.—45-6, 57, 77, 110, 118.
- VARGAS, médico (Nicolás de).
213.
- VASARI (Giorgio).
3, 8, 11, 31, 147, 180.
- VASTO (Marqués del).
34.
- VAZQUEZ (Alonso).
P.—86, 118-9, 122.
- VÁZQUEZ, Arcediano de Carmona (Mateo).
111.
- VEEN (Otto van).
P.—105.
- VEGA (Lope de).
30, 49, 100, 112, 121, 133, 138.
- VEGUILLAS (D.^a María).
358.
- VEJARANO (Juan de).
E.—125.
- VELA (Don Antonio).
P.—242-3.
- VELA (Cristóbal).
P.—103, 135-6, 206, 242.
- VELASCO, mayordomo mayor (Don Iñigo).
339.
- VELASCO (Menina D.^a Isabel de).
175.
- VELASCO (Matías de).
P.—102.
- VELASCO (Don Pedro de).
204.
- VELAZQUEZ (Diego).
P.—VIII, 3, 4, 38, 108, 117, 123, 124, 125, 132, 136, 138, 143-93, 205, 218, 243, 259, 260, 262, 269, 287, 290, 293, 311, 312, 318, 326.
- VELÁZQUEZ (Doña Jerónima).
143.
- VÉLEZ DE GUEVARA.
150-1.
- VENTURI (Adolfo).
11.
- VERA CABEZA DE VACA (Don Francisco de).
P.—355-6.
- VERONES (Paolo Cagliari).
P.—105, 139, 153, 165, 181, 220.
- VESALIO (Andrea).
147.
- VIANA (Don Rodrigo Pimentel, Marqués de).
204.
- VICENTE (Bartolomé).
P.—355.
- VICTORIA (D. Vicente).
P.—409-12.
- VIDAL (Dionis).
P.—408.
- VIGARNI (Felipe).
V.: FELIPE DE BORGOÑA (Maestre).

- VIGNOLA.
A. Trat.—85, 147.
- VILA (Lorenzo y Senén).
P.—393-4.
- VILLACASTIN, el Obrero (Fray Antonio de).
A.—41, 62.
- VILLACIS (D. Nicolás Alonso de).
310.
- VILLACIS (D. Nicolás de).
P.—310-2.
- VILLA-MANRIQUE (Marqués de).
299, 320.
- VILLA-REAL (José de).
A.—188, 189.
- VILLA-TORO (Don Diego de).
275.
- VILLEGAS (Alonso de).
42.
- VINCI (Leonardo de).
P.—64, 165.
- VIONDO (M. A.).
Trat.—147.
- VITELLI (Paulo).
9.
- VOS (Pedro de).
P.—106.
- XIMÉNEZ, madre de *el Mudo* (Doña Catalina).
30.
- XIMENEZ (Don Francisco).
P.—201.
- XIMENEZ DONOSO (Antonio).
P.—300.
- XIMENEZ DONOSO (José).
P. A.—vii, 115, 232, 278, 300-3,
308, 326, 327, 328, 329, 388,
389.
- YAÑEZ DE LA ALMEDINA (Fernando).
P.—58.
- ZAMBRANO (Juan Luis).
P.—102-3.
- ZARCO (P. Julián).
220.
- ZAYAS (D. Miguel de).
E.—336.
- ZARIÑENA (Cristóbal).
P.—58.
- ZUCARO (Federico).
P.—60-2, 65-6, 67, 69, 71, 147,
155.
- ZURBARAN (Francisco).
P.—194-6, 206, 213, 244, 258.

INDICE DE LOCALIDADES

- AGUILAR.
Convento.—267-8.
- ALBA DE TORMES.
Castillo del Duque.—12.
Carmelitas.—278, 342.
- ALCALÁ DE GUADAIRA.
122.
- ALCALÁ DE HENARES.
49.
Magistral.—102, 113.
San Bernardo.—140, 202.
Capuchinos.—230.
Clérigos menores.—230.
Colegio de la Compañía.—50,
108, 139-40, 341.
San Diego.—136, 247, 362.
Magdalena.—216, 241, 278, 288.
Recoletos agustinos.—271.
Trinitarios descalzos.—198, 288.
Archivo.—230.
- ALCALÁ LA REAL.
110.
- ALCÁZAR DE CONSUEGRA.
92.
- ALCORCÓN.
290.
- ALHENDÍN.
333.
- ALMAGRO.
59.
- ALMEIDA.
290.
- AMBERES.
19, 109.
- ANDILLA.
96.
- ANDÚJAR.
Capuchinos.—256.
- ANIAGO (Cartuja de).
76.
- ANTEQUERA.
85.
- ARANDA DE DUERO.
77.
- ARANJUEZ.
35, 183, 223, 377.
- ASTORGA.
Catedral.—22.
- AVILA.
Catedral.—53.
- BADAJOS.
43, 44, 56.
- BAENA.
98.
- BAEZA.
21.

- BARCELONA.
35.
Agustinos.—135, 337, 353.
El Carmen.—198.
San Francisco de Paula.—135,
198, 337.
Santa María del Mar.—337.
- BAYONA DE TITULCIA.
88.
- BOADILLA.
Palacio.—269, 271, 402.
- BOLONIA.
27, 34, 165-6.
- BOSQUE DE SEGOVIA.
V.: VALSAÍN.
- BRUSELAS.
27, 35.
- BUJALANCE.
San Francisco.—120.
- BURGO DE OSMÁ.
Catedral.—76.
- BURGOS.
234.
Catedral.—22, 239.
San Pablo.—53.
Miraflores.—202.
San Juan (Monasterio de).—239.
- CÁDIZ.
110, 296, 298.
- CALATAYUD.
Santa María.—356.
- CAMBRIDGE.
117.
- CARCAGENTE.
96.
- CASARRUBIOS DE MONTE.
317, 389.
- CAZALLA.
Cartuja.—78.
- CENTO.
155.
- CINTRA ?
23.
- COGOLLA (San Millán de la).
239.
- CÓRDOBA.
67-71, 91.
Catedral.—53, 59, 64, 68-71, 86,
101, 103, 114, 136, 206, 257,
415.
Convento de la Arruzafa.—99,
209, 213.
Casa de los Señores Acevedos.—
129.
Hospitalico de los Santos Acis-
clo y Victoria.—136.
Agustinos.—103, 129, 135, 243,
268, 338.
Capuchinos.—257.
Santa Clara.—69.
Carmen Calzado.—318.
Hospital de la Caridad.—209,
243.
Carmelitas descalzos.—97, 260,
267.
Sta. Catalina.—43, 69, 83, 102.
Hospital de Ntra. Sra. de la Con-
solación.—91, 209.
Corpus Christi.—205.
San Francisc.—91, 213, 260,
318, 335.
S. Felipe Neri.—210.
Ntra. Sra. de la Fuensanta.—
265.
Inquisición.—208.
Sta. Isabel de los Angeles.—208.
Hospital de Jesús Nazareno.—
207.
Convento de los Mártires.—103.

- San Pablo.—91, 195, 207, 240.
Convento de Regina.—242-3
La Ribera.—213.
Portada de la Puente.—10.
Trinitarios descalzos.—350.
Convento de la Victoria.—99,
214, 297.
- CORELLA.
Monjas benitas.—225, 301, 329.
- CREMONA.
31.
- CUENCA.
Catedral.—233.
La Compañía.—63.
San Francisco.—200, 233.
- CHELVA.
Convento.—42.
- ESCORIAL.
20, 28-30, 36, 38-9, 40, 41, 44,
47, 48, 50-1, 52, 58, 60-1, 62-
3, 64, 65-6, 71-2, 73, 85, 88,
105, 124, 128, 129, 142, 152,
156, 177, 226, 279, 284, 292,
330, 349, 362, 364, 365-77,
387.
- ESTRELLA (Monasterio de la).
28, 30.
- FERRARA.
154.
- FRAGA.
159.
- FUENSALDAÑA.
109.
- FUENTE DE CANTOS.
194, 195.
- FUENTERRABÍA.
188-9.
- GETAFE.
361.
- GRANADA.
7, 110.
Catedral.—9, 249-50, 307, 335.
Alhambra.—11, 13.
San Agustín.—344.
El Angel.—250, 258, 297, 334.
San Antón.—234.
Capuchinas.—415.
Capuchinos.—250.
El Carmen.—234.
Cartuja.—92-5, 297, 307, 415.
Sta. Catalina.—250.
Colegio de la Compañía.—307,
338.
Hospital del Corpus.—258.
Sta. Cruz.—251.
San Diego.—250.
San Felipe Neri.—338, 415.
S. Francisco.—197.
Ntra. Sra. de Gracia.—198, 307.
S. Jerónimo.—234, 338.
Trinidad calzada.—415.
- GUADALAJARA.
7.
Palacio del Infantado.—62.
- GUADALUPE.
377.
- HINIESTA.
233.
- ILLESCAS.
La Caridad.—88.
- JAÉN.
Catedral.—205, 350.
Compañía.—205.
S. Francisco.—258.
- JÁTIVA.
126.

- JEREZ DE LA FRONTERA.
110.
- LEBRIJA.
245.
- LEÓN.
52, 53.
- LÉRIDA.
159.
- LOECHES.
106, 159.
- LOGROÑO.
28.
- LONDRES.
Apsley House.—145.
- LORCA.
196.
- LORETO.
155.
- LUCENA.
228.
Iglesia mayor.—86, 205.
- MADRID.
15, 20, 45, 47, 50, 51, 52, 53.
Alcázar.—13, 20, 26, 35, 47-8,
51, 58, 63, 73, 85, 107, 115,
121, 124, 125, 131, 157, 163,
164, 172, 176, 177, 180, 183,
184, 200, 220, 229, 246, 271,
273, 278, 287, 313-4, 328,
331, 358, 382, 387, 395.
Casa del Tesoro.—177, 227.
Buen Retiro.—114, 119, 125,
128, 134, 142, 156, 160, 164,
195, 215-6, 224, 226, 241,
273, 279, 316, 339, 358, 360,
364, 376, 378-80, 389, 390,
400, 401, 406.—Ermita de
S. Pablo.—180.—S. Bruno.—
221.
Agonizantes.—221, 226, 236.
Agustinos Recoletos.—74, 223,
226, 236, 271, 282, 302.
Almudena.—386.
S. Andrés.—202, 241, 325.
Convento de los Angeles.—275,
278, 397.
Hospital de Aragón.—282, 284.
Antón Martín.—125, 203, 231,
268, 346, 385.
San Antonio de los Portugueses.
101, 112, 202, 287, 384.
Atocha.—42, 65, 83, 88, 129,
139, 197, 217, 230, 238, 268,
270, 281, 284, 290, 306, 316,
382, 405, 415.
Ayuntamiento.—277.
Sta. Bárbara de Mercedarios
descalzos.—101.
Convento de la Baronesa.—386.
Los Basillos.—300, 301.
San Bernardo.—113, 221, 276,
347.
Hospital del Buen Consejo.—
212, 222.
Buena Dicha.—157.
Caballero de Gracia.—287, 302,
329, 385.
Calatravas.—388.
Capuchinas.—101, 216, 287.
Capuchinos de la Paciencia.—
131, 233, 271, 276, 398, 403.
Capuchinos del Prado o de San
Antonio.—217, 305, 326, 247,
385.
Cárcel Real.—226.
El Carmen.—101, 139, 200, 217,
221, 224, 225, 295, 304, 313,
315, 357.
Carmelitas descalzos de S. Her-
menegildo.—79, 139, 230,
281, 342, 388.

- Hospedería de la Cartuja.—202, 230.
Casa del Duque de Alba (comienzos del XVIII).—12.
Casa del Almirante.—216, 232, 241, 262, 268, 286.
Casa de Campo.—195.
Casa Profesa.—104, 214, 229, 278, 335, 387.
Real Casa de los Desamparados. 98.
Jardín del Marqués de Heliche, cerca de S. Joaquín.—180, 278.
Huerta de Sota, del mismo, en el Camino del Pardo.—181, 397.
Casa de los herederos de Don Juan de Montúfar.—133.
Casa del Marqués de los Balbases.—271, 360.
Casa del Conde de Priego.—210.
San Cayetano.—133, 137.
Santa Clara.—212.
Concepción Francisca.—212.
Constantinopla.—282, 358, 389.
Corpus Christi.—43, 96, 101, 283.
Santa Cruz.—101, 112, 121, 134, 221, 278, 302, 326, 353, 360.
Descalzas Reales.—22, 42, 64, 114.
Sto. Domingo el Real.—99, 113, 397.
Encarnación.—99, 136, 210.
Espíritu Santo de Clérigos menores.—225.
San Felipe el Real.—73, 97, 100, 111, 229, 274, 281, 313, 353.
Gradas de San Felipe.—150, 221, 277.
San Felipe Neri.—389.
S. Francisco.—100, 113, 139, 212, 301, 341, 347, 353, 388, 397, 401, 403.
San Gil.—100, 101, 246, 289, 292, 329.
San Ginés.—101, 246, 274, 278, 288, 301, 313, 330, 387, 389, 399.
Virgen de Gracia.—313.
San Hermenegildo.—V.: Carmelitas descalzos.
Hospicio.—385.
Hospital.—347.
Hospital de Aragoneses.—389, 390.
Inclusa.—305.
Inquisición.—235.
S. Ildefonso.—287.
Santa Isabel.—129, 224, 236, 326.
Iglesia del Colegio Imperial o San Isidro.—25, 43, 50, 199, 202, 214, 226, 243, 247, 261, 271, 277, 282, 300, 327, 328, 335, 341, 387, 399, 414.
Capilla de San Isidro.—204, 277, 289, 347.
Italianos.—268.
San Jerónimo.—38, 44, 48, 73, 226, 347, 401, 402, 406.
San Juan.—288, 326.
Don Juan de Alarcón.—197, 270, 342.
San Justo.—139, 283, 303, 399.
Niñas de Leganés.—347.
Niñas de Loreto.—216, 301.
San Luis.—303, 331, 385, 399.
Santa María.—124, 246.
Colegio de D.^a María de Aragón. 74, 88, 96, 112, 137, 286.
San Martín.—112, 202, 239, 287, 302, 328, 336, 353.
Merced Calzada.—81, 101, 104, 111, 121, 124, 131, 134, 181, 182, 217, 221, 224, 230, 232,

- 239, 270, 342, 346, 357, 385, 399.
Mercedarias descalzas.—339.
S. Miguel.—101, 212, 216, 225, 246, 272, 312.
San Millán.—301, 399.
Montserrat.—253.
San Nicolás.—232, 302, 329.
Noviciado de la Compañía.—276, 282, 304, 305.
Capilla del Obispo de Plasencia. 16, 112, 403.
Orden Tercera.—100, 114, 139, 232, 241, 268, 290, 399.
Panadería.—302, 327.
San Pascual Bailón.—129.
San Pedro.—16r 277, 282, 304.
San Pedro de los Naturales.—262.
San Plácido.—157, 202, 232, 276, 325, 397.
Premostratenses.—304.
Puerta de Guadalajara. — 219, 245, 306.
Recogidas.—286.
El Rosarico.—100, 202, 231, 330.
El Salvador.—262, 277, 314, 341-2, 347, 358, 406.
Santiago.—246, 276.
Comendadoras de Santiago.—385.
S. Sebastián.—101, 347.
Sta. Teresa, Carmelitas descalzas.—289.
Colegio de Santo Tomás. — 101, 223, 226, 282, 302, 330, 357, 386, 388.
Trinidad de calzados.—100, 112, 138, 239, 277, 300.
Trinitarios descalzos.—230, 234, 272, 304, 346, 403.
La Victoria y Capilla de la Soledad.—23, 43, 101, 112, 115, 236, 277, 301, 339, 360, 386, 397, 403, 404.
Monjas Vallecas.—230, 287.
Museo del Prado.—38, 54, 73, 74, 87, 88, 100, 119, 125, 128, 134, 156, 164, 205, 219, 224, 246, 261, 272, 281, 289, 326, 351, 395.
MÁLAGA.
Catedral.—251, 334, 344.
S. Francisco.—344.
Sto. Domingo.—334.
La Victoria.—344.
La Compañía.—335.
La Caridad.—343.
S. Pedro de Alcántara.—345.
MARCHENA.
Sto. Domingo.—272.
MARTOS.
257.
MARRUECOS.
15, 16.
MEDINA DE RÍOSECO.
53.
Santa María.—76.
San Francisco.—76, 235.
MEJORADA (La).
12.
MÉRIDA.
Pinturas en los acueductos.—12.
MODENA.
166.
MONTSERRAT.
238-9.
MONTE-ALEGRE (Monasterio de Barcelona).
84, 392.

MONTE CASINO.

239.

MURCIA.

50.

Capuchinas.—393.

Capuchinos.—393, 408.

La Concepción.—114.

La Compañía.—197, 354.

Sto. Domingo.—312, 354, 393,
408.

San Francisco.—114, 393.

Sta. Isabel.—393.

La Madre de Dios.—393.

Trinidad Calzada.—311.

MURTA (La).

114.

NAMUR.

109.

NÁPOLES.

Catedral.—127.

Palacio de los Virreyes.—127.

San Martín.—127.

NAVA DEL REY.

76.

NAVALCARNERO.

241.

OLIVARES.

81, 82, 123.

ORGAZ.

92, 290.

PALLARÉS.

195.

PAMPLONA.

220.

Trinitarios.—289.

PARACUELLOS.

288.

PARDO (El).

7, 13, 19, 20, 26, 35, 40, 49, 51,
73, 74, 83, 85, 99, 113, 194,
220.

Convento.—75, 229, 271, 276,
347.

Torre de la Parada.—106, 159.

Zarzuela.—291, 351.

PAREDES DE NAVA.

12, 13.

PARÍS.

Louvre.—117.

PARMA.

166.

PASTRANA.

Carmelitas descalzos.—79, 81.

PAULAR (Cartuja del).

94, 100, 104, 138, 230, 232, 236,
249, 300, 327, 353.

PEÑARANDA.

195, 290.

PIACENZA.

31.

PONTEVEDRA.

75.

PORRIÑO.

233.

PUEBLA DE SANABRIA.

San Francisco.—35.

ROBLEDO DE CHAVELA.

7.

ROMA.

Trinita dei Monti.—22, 69.

San Lorenzo.—92.

Villa Medici.—155.

Panteón.—167.

Palacio de Torre Borgia.—9.

SAHAGÚN.

53.

SALAMANCA.

14, 23.

Catedral Vieja.—14, 76.

Agustinas de Monterrey.—129.

Clérigos menores.—230.

Universidad: Capilla de S. Jerónimo.—15.

Capuchinos.—100.

S. Esteban.—105, 119, 332.

San Vicente.—239.

SANTA MARÍA DE JESÚS, cerca de Valencia (Convento de).

42.

SANTIAGO DE COMPOSTELA.

53, 300.

SCALA-DEI (Cartuja de).

84.

SEGORBE.

301.

SEGOVIA.

Catedral.—76.

Alcázar.—73.

Capuchinos.—289.

Santa Cruz.—289.

S. Francisco.—204, 235.

La Fuencisla.—230.

Congregación de Santos Justo y Pástor.—230.

SEVILLA.

14, 45, 69, 194.

Catedral.—27, 43, 45, 46, 53, 57, 70, 82, 110, 116, 118, 195, 200, 281, 295, 297, 349.

San Alberto.—122, 132, 195, 244.

Colegio de las Becas.—350.

San Bernardo.—131.

San Buenaventura.—132, 195.

Capuchinos.—296.

Cárcel.—11.

Casa Profesa.—70, 82, 111.

La Caridad.—296, 318-9, 350.

Cartuja de las Cuevas.—77-8, 84, 111, 122, 350.

San Clemente el Real.—122

S. Francisco.—86, 118, 293.

S. Hermenegildo.—122, 132.

Santa Inés.—131.

Santa Isabel.—122.

San Isidoro del Campo.—82, 111.

San Jerónimo.—10.

San Lorenzo.—27.

Santa María la Blanca.—350.

Merced Calzada.—82, 110, 118, 122, 132, 133, 194, 245.

Mercedarios descalzos.—195.

Monte Sión.—244.

San Pablo.—27, 46, 111, 116, 195, 350.

Santa Paula.—245.

S. Pedro.—82.

Portaceli.—111.

Casa de Pilatos.—118, 122.

Puerta de Carmona.—243.

Regina.—350.

Colegio de Sto. Tomás.—82.

Los Venerables.—296.

San Vicente.—133.

SISANTE.

362.

TALAVERA DE LA REINA.

Sta. Catalina.—28.

TARDOU (Desierto del).

79.

TOLEDO.

15, 30, 50-1.

Museo.—119.

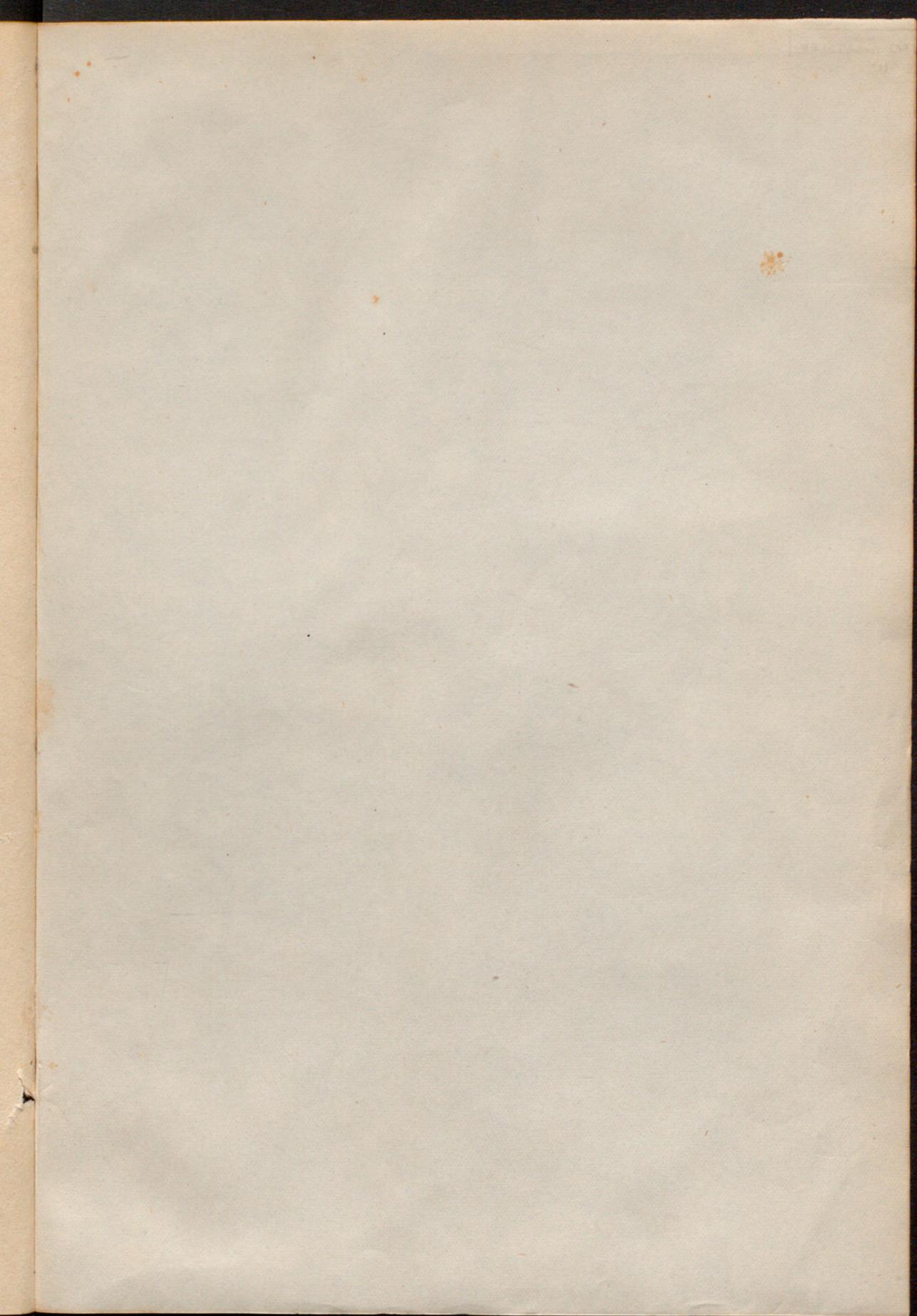
Catedral.—12-3, 16, 53, 87, 89, 113, 114, 225, 326, 336, 380, 387.

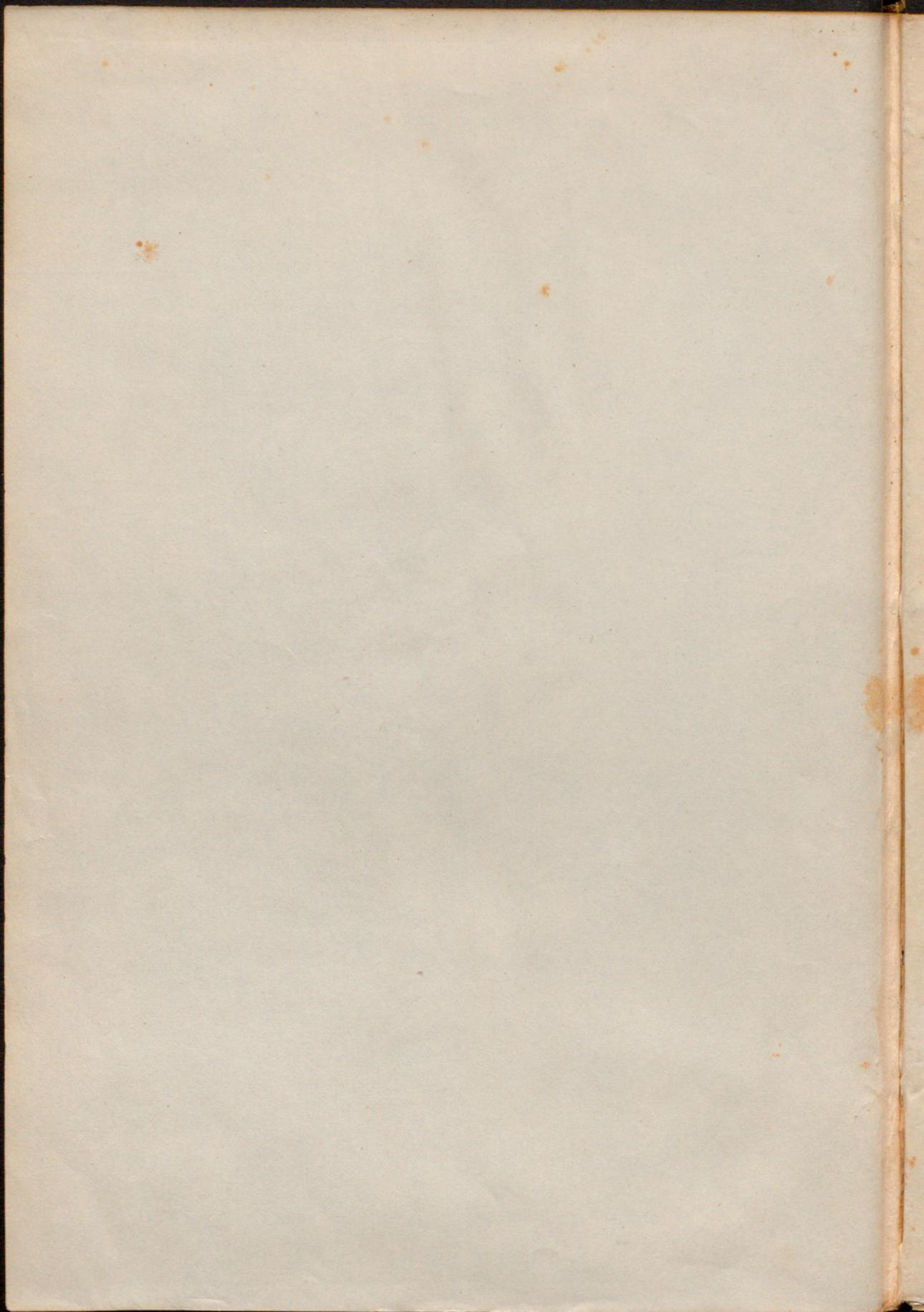
Catedral: Capilla de la Virgen

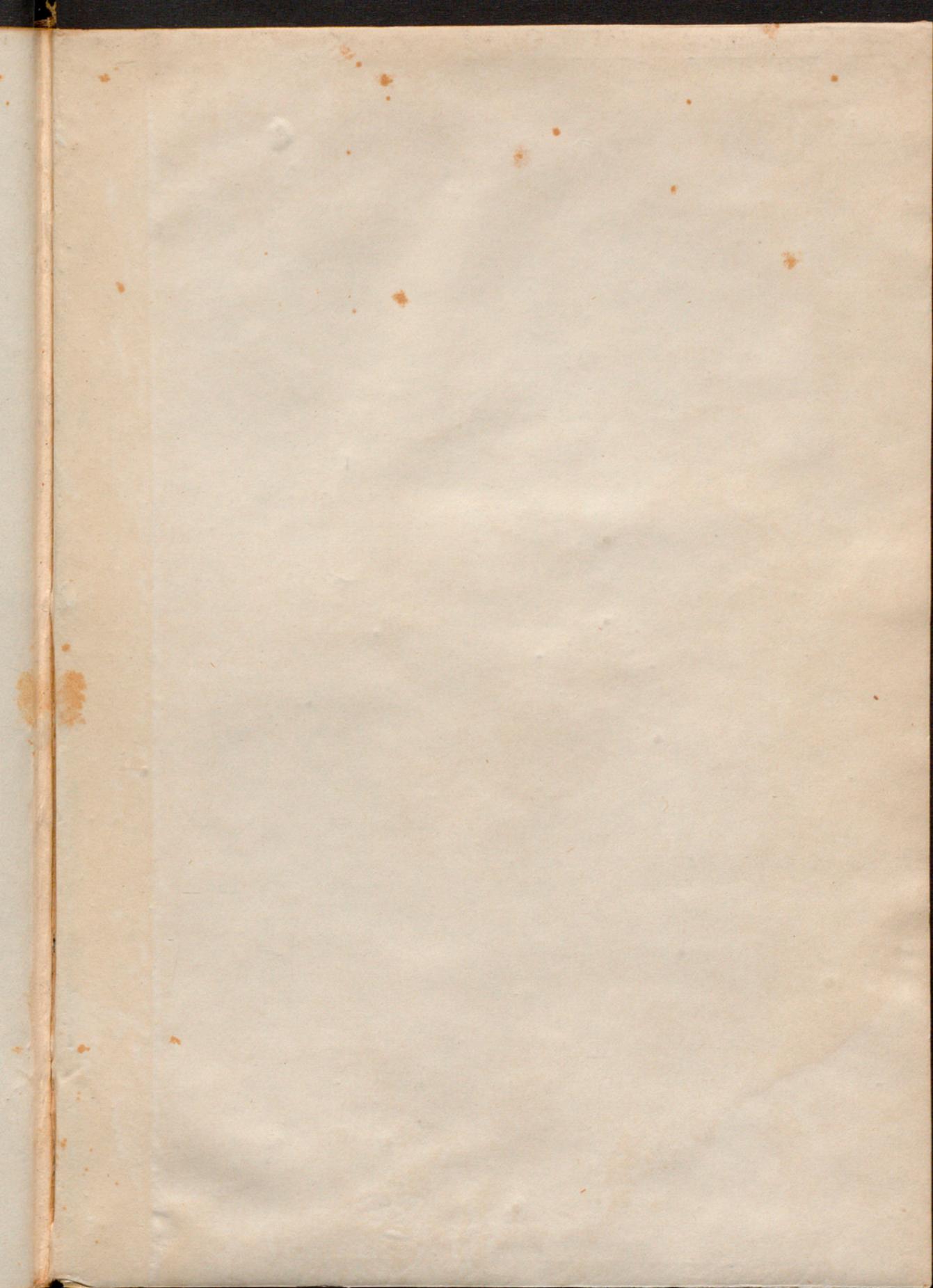
- del Sagrario.—101, 113, 277, 287.
Hospital de Afuera.—88.
Agustinos calzados.—304.
San Bartolomé.—90.
Puerta del Cambrón.—13.
Capuchinas.—305.
Capuchinos.—231, 247, 277.
El Carmen calzado.—274.
Casa Profesa.—87.
Sto. Domingo el Antiguo.—88.
San Juan de los Reyes.—7.
La Merced.—104.
San Pedro Mártir.—117, 119.
Convento de la Reina.—87, 114, 117.
La Sisle.—88, 116.
Sto. Tomás.—87.
Puerta de Visagra.—13.
- TORRENTE.**
96.
- UBEDA.**
Casa de Cobos.—11.
Hospital de Santiago.—11.
- URBINO.**
60.
- VALDECRISTO.**
301.
- VALDEMORO.**
329, 341.
- VALENCIA.**
41-2, 58.
Catedral.—54, 114, 410.
S. Agustín.—54.
El Carmen.—54.
Sta. Catalina.—96.
Agustinas de S. Cristóbal.—222, 231.
Casa Profesa.—55, 410.
Capilla de los Desamparados.—413.
- S. Esteban.—266.
S. Felipe Neri.—299.
S. Felipe de Carmelitas descalzos.—130.
S. Francisco.—410, 413.
S. Juan del Mercado.—140, 359, 407.
S. Julián, agustinas.—54.
S. Martín.—96, 413.
Merced Calzada.—301.
S. Miguel de los Reyes.—58, 96.
Orden Tercera.—222.
S. Nicolás.—55, 266.
Colegio del Patriarca.—96.
Portaceli.—248.
El Puig.—201, 264.
La Puridad.—407.
La Ribera.—248.
El Salvador.—407.
San Sebastián de mínimos.—54, 408.
Trinitarios Calzados.—130.
Sto. Tomás.—413.
La Valdigna.—408.
Valde Cristo.—182.
- VALSAÍN.**
29.
- VALLADOLID.**
53.
Catedral.—237.
San Agustín.—72.
San Andrés.—72.
Las Angustias.—77.
La Antigua.—76.
S. Bartolomé.—237.
S. Benito.—12.
Carmelitas Calzados.—75.
Carmelitas Descalzos.—64, 75.
Sta. Catalina.—75.
Colegio de la Compañía.—75.
Descalzas Reales.—102.
San Diego.—72, 102.
S. Francisco.—65, 76, 235, 237

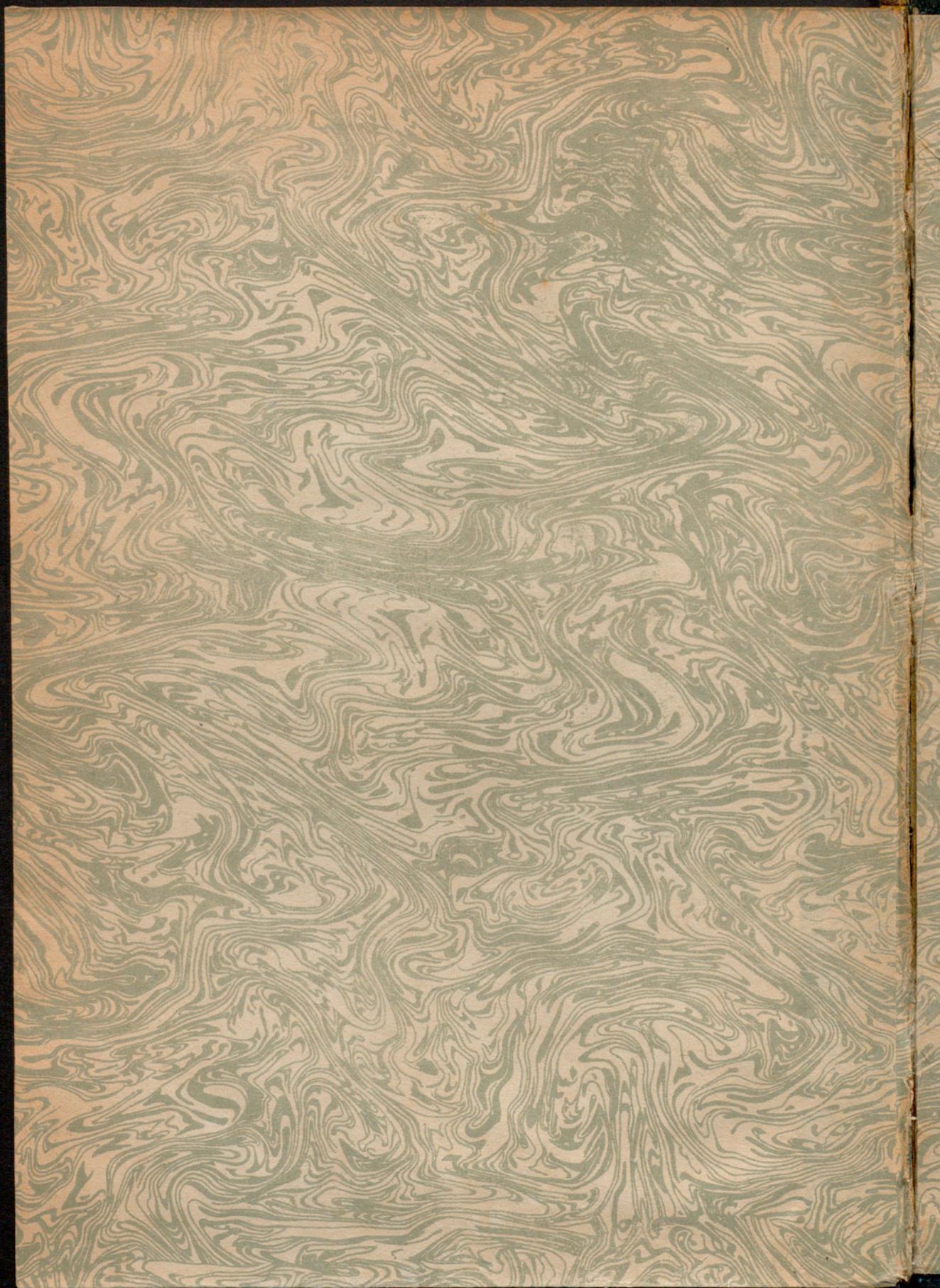
Numero: 933
: Hist. Art.

- Las Huelgas.—75.
Inquisición.—235.
S. Lorenzo.—75, 237.
S. Martín.—76.
Mesón de los Reyes.—77.
S. Nicolás.—75.
Niñas huérfanas.—49, 235.
San Pablo.—64, 65, 75, 102.
Palacio.—102.
Puerta del Campo.—75.
Santiago.—77.
Museo.—19, 22, 109.
- VALLECAS.
277.
- VENECIA.
34, 40, 165.
S. Marcos.—153.
Palacio Ducal.—153.
- VENTOSA (Lugar de la).
13.
- VIANA.
271.
- VILLAGARCÍA.
La Merced.—195.
- VILLANUEVA DE LOS INFANTES.
Iglesia.—59.
Dominicas.—271.
- VILLARRUBIA DE LOS OJOS.
271.
- VILLANUEVA Y GELTRÚ.
119.
- VISO DEL MARQUÉS.
Palacio.—59.
- VITORIA.
49.
- YECLA.
306.
- ZAMORA.
76.
San Jerónimo.—22.
San Francisco.—22.
- ZARAGOZA.
220.
La Seo.—135, 201.
Agustinos descalzos.—137, 355.
Cartuja de Aula-Dei.—357.
Carmelitas calzados.—201.
Jerónimos.—269.
San Lorenzo.—401.
Colegio de la Mantería.—313,
329.
San Miguel.—401.
Universidad.—355.









INSTITUTO AMATLLER
DE ARTE HISPÁNICO

N.º Registro: 933 ⁴⁰

Signatura:

Documentos

Sala P.º 1.º

Armario

Estante



SÁNCHEZ CANTON
FUENTES LITERARIAS
PARA LA HISTORIA
DEL ARTE ESPAÑOL



IV

